



Università
Ca' Foscari
Venezia

Dipartimento degli studi sull'Asia e sull'Africa mediterranea
Scuola in Economia, Lingue e Imprenditorialità per gli Scambi Internazionali

Corso di Laurea magistrale

in

Interpretariato e Traduzione Editoriale, settoriale

Tesi di Laurea

Proposta di traduzione di alcuni capitoli del romanzo

“Todas las Hadas del Reino” di Laura Gallego

Relatore

Ch. Prof. Patrizio Rigobon

Correlatore

Ch. Prof. Trovato Giuseppe

Laureanda

Rosa Cesaride

Matricola 887738

Anno Accademico

2023/2024

Índice

Índice.....	2
Abstract en español	3
Abstract en italiano.....	4
Introducción	5
1. La traducción.....	6
1.1 La traducción infantil	6
1.2 La literatura fantástica para jóvenes	9
2. Análisis del texto.....	11
2.1 La autora.....	11
2.2 Descripción general de la novela	11
2.2.1 Referencias a los cuentos clásicos.....	12
2.3 Las funciones del lenguaje	15
2.4 Narrador, registro y sintaxis	18
2.4.1 <i>Falsos amigos</i>	19
2.4.2 Refranes y modismos	21
3 Texto original y propuesta de traducción.....	23
4. Comentario.....	109
4.1 La traducción y el proceso traductivo	109
4.2 Los riesgos de la traducción	113
4.3 Enfoque traductivo	114
4.4 Puntos de resistencia y microestrategias traductivas.....	116
Conclusión.....	123
Bibliografía.....	124

Abstract en español

Este trabajo pretende ofrecer una propuesta de traducción literaria del español al italiano de algunos capítulos del cuento *Todas las Hadas del Reino*, escrito por Laura Gallego.

La novela en cuestión pertenece al género literario de fantasía juvenil. Narra la historia de un hada madrina que ayuda a los humanos a cumplir sus deseos. Sin embargo, cuando acepta una tarea especialmente difícil, descubre que incluso la magia tiene sus límites, lo que pone a prueba su papel y sus sentimientos.

Después de una pequeña introducción, el trabajo consta de cuatro capítulos principales. Se habla de la importancia de la traducción para niños y sus características. Luego, se presenta el género fantástico relacionado con la narración para muchachos.

El segundo capítulo se centra en el análisis del texto de origen, que se abre con una breve introducción a la figura de la autora Laura Gallego y la descripción de la novela examinada. Luego, el trabajo se centra en la estructura del texto, en las funciones del lenguaje e en otras características del texto, como narrador, registro y sintaxis.

En el tercer capítulo se presenta el texto original, seguido de la propuesta de traducción de algunos capítulos de la novela.

Por último, el cuarto capítulo, se centra en el comentario, en el cual se aclara el enfoque de traducción elegido. Se proporcionan información sobre el acto de traducir y las dificultades que enfrenta el traductor al abordar el texto. A continuación, se presenta una lista de los puntos de resistencia, acompañada de aclaraciones sobre las estrategias adoptadas para resolverlos.

El trabajo se cierra con la conclusión y la bibliografía.

Abstract en italiano

Il presente lavoro ha lo scopo di fornire una proposta di traduzione letteraria dallo spagnolo all'italiano di alcuni capitoli scelti dal libro *Todas las Hadas del Reino*, di Laura Gallego.

Il romanzo in questione appartiene al genere letterario fantasy per ragazzi. Racconta di una fata madrina che aiuta gli umani a realizzare i propri desideri. Tuttavia, quando accetta un incarico particolarmente difficile, scopre che anche la magia ha dei limiti, mettendo alla prova il suo ruolo e i suoi sentimenti.

Dopo una breve introduzione, l'elaborato è diviso in quattro capitoli principali, nel primo dei quali si parla dell'importanza della traduzione per l'infanzia e le sue caratteristiche.

Nel secondo capitolo viene trattata l'analisi del testo di partenza che, dopo una breve introduzione alla figura di Laura Gallego e la descrizione dei racconti, si concentra sulla struttura del testo, sulle funzioni del linguaggio e sulle altre caratteristiche del testo, come narratore, registro e sintassi.

Nel terzo capitolo viene presentata la proposta di traduzione preceduta dal testo in lingua originale, caratterizzato da alcuni aspetti del genere fantasy.

Infine, nel quarto capitolo ci si concentra sul commento traduttologico in cui viene chiarito l'approccio traduttivo scelto, vengono fornite informazioni in merito all'azione del tradurre e alle difficoltà che il traduttore incontra nell'approccio al testo. Successivamente viene presentato un elenco dei punti di resistenza con chiarimenti in merito alla strategia adottata per il loro scioglimento.

L'elaborato termina con i capitoli di conclusione e bibliografia.

Introducción

El trabajo pretende ofrecer una propuesta de traducción de algunos capítulos de la novela *Todas las Hadas del Reino*, escrito por Laura Gallego.

La novela en cuestión pertenece al género literario fantástico para jóvenes. Cuenta la historia de un hada madrina que ayuda a los humanos a cumplir sus deseos. Sin embargo, cuando acepta un encargo especialmente difícil, descubre que incluso la magia tiene límites, y se ponen a prueba su papel y sus sentimientos. Se entrelazan elementos que caracterizan los cuentos con temas más profundos, creando una historia que va más allá del simple final feliz.

Se ha optado intencionadamente por este tipo de texto ya que representa un verdadero desafío. El texto en cuestión está lleno de juegos de palabras, expresiones y modismos, lo que pone al traductor ante decisiones que no siempre resultan sencillas. Por lo tanto, la decisión de enfrentarse a un texto con un nivel de dificultad no siempre bajo, se debe al deseo de lidiar con un género literario cada vez más difundido en la cultura italiana. Además, he intentado reproducir lo más posible la perspectiva y la intención de la autora, preservando los matices lingüísticos y estilísticos del texto original. Con este fin, ha sido necesario poner una particular atención a la elección léxica y la estructura sintáctica, de manera que el metatexto no solo sea fiel al original, sino también fluido y accesible para el joven lector italiano.

Otra motivación que llevó a la elección del libro *Todas las Hadas del Reino* ha sido, sin duda, la trama cautivadora que mezcla elementos reales y fantásticos, dando lugar a un mundo imaginario lleno de aventuras y giros inesperados. Además, la novela aborda cuestiones universales como lo del amor, del sacrificio y del crecimiento personal, que conciernen a lectores de todas las edades, invitando a una reflexión sobre cómo los deseos y las aspiraciones influyen en nuestras vidas.

1. La traducción

1.1 La traducción infantil

La literatura para la infancia siempre ha sido objeto de reescrituras y traducciones. En la mayoría de los casos, está dirigida a un público infantil, a quienes se lee el texto; en otros casos, sin embargo, está destinada también a jóvenes y adolescentes.

Intentar definir qué es, es una cuestión bastante complicada. En su volumen *Questioni di letteratura giovanile*, Angelo Nobile presenta diferentes ensayos que abordan este tema. La literatura juvenil es una disciplina que todavía está en busca de un estatuto epistemológico: se trata de un género que aún presenta una contradicción editorial y crítica. Por un lado, es una de las literaturas más leídas, por otro lado aparece como "literatura fácil", mediocre. Además, genera muchas ambigüedades, la primera de ellas relacionada con su destinatario: el joven, en un sentido amplio. De hecho, se habla de "literatura infantil" o "literatura para la infancia" o "literatura juvenil". Como Nobile especifica:

"La differente denominazione la dice lunga circa la perimetrazione epistemologica di tale istituzione" (Nobile, 2019: 19)

Además, la literatura juvenil representa un desafío para las ciencias de la educación. Desde el punto de vista de los procesos de "interculturación" y socialización, puede ser una fuente de enriquecimiento: a nivel personal, puede transmitir valores y modelos de conducta moral; en el plano cultural, puede poner en contacto a pueblos cercanos y lejanos

"[...] stimolando a vivere identità e differenza, inserimento nel proprio ambiente e sentimento di mondialità, appartenenza alla propria cultura e vicinanza alle culture 'altre'". (Nobile, 2019: 24-25)

Más recientemente, se ha introducido el término "literatura *crossover*" para referirse a las obras que trascienden las franjas de edades tradicionales, que son adecuadas tanto para un público joven como para un público adulto. Un ejemplo de ello son las obras escritas para adultos que se convierten en literatura para niños y viceversa. La estudiosa estadounidense

Sandra L. Beckett sostiene que la literatura infantil puede fascinar también a los lectores adultos y, por lo tanto, se dirige a un público intergeneracional que incluye lectores de todas las edades.

En *Metodi e ambiti nella ricerca sulla traduzione, l'interpretazione e l'interculturalità: una panoramica interdisciplinare*, se sostiene que

La letteratura per l'infanzia appartiene inoltre a una doppia sfera, letteraria ed educativa. [...] Benché il concetto stesso di cosa sia “adatto” per un bambino o una bambina sia sfuggente e mutevole, tanto dal punto di vista etico quanto per ciò che concerne le competenze di lettura e conoscenze del mondo di questo pubblico, chiunque si occupi di letteratura per l'infanzia non può in effetti ignorare che tale produzione influenza lo sviluppo personale, intellettuale ed etico del destinatario. (Illuminati, Pederzoli, 2020: A223)

A pesar de que la traducción ocupa un papel destacado en la literatura, la literatura infantil a menudo es subestimada y subordinada a la traducción literaria propiamente dicha. Lucha por ser reconocida como un género literario autónomo, ya que el hecho de tener que preocuparse por su destinatario continúa representando para muchos un límite a la libertad de creación. Sin embargo, este tipo de traducción puede revelar con mayor claridad los principios que se esconden detrás de la escritura de un libro para niños y hace explícitos los mecanismos difíciles que, de otro modo, habrían sido difíciles de identificar.

En los últimos años, este estatus ha mejorado notablemente y se han establecidos prestigiosos premios, entre que hay el *Premio Strega Ragazzi e Ragazze* en Italia el *Premio Andersen*, a nivel internacional.

Gracias al aporte de algunos estudiosos, la traducción se percibe como un proceso de comunicación intercultural. El traductor, de hecho, no puede analizar los textos sin que haya considerado antes la cultura de referencia ya que, como sostiene Sapir:

Non esistono due lingue che siano sufficientemente simili da essere considerate come rappresentanti della stessa realtà sociale. I mondi in cui vivono differenti società, sono mondi distanti, sono semplicemente lo stesso mondo con etichette differenti. (Sapir, 1972: 58)

Todas las características de esta producción literaria y editorial se reflejan en la traducción, que requiere un ajuste para un nuevo público y también para un intermediario adulto, que pertenece a un contexto sociocultural diferente.

Un simple cuento para niños, por lo tanto, puede transmitir características distintivas de una cultura y no solo eso: puede ser útil para comprender características del paisaje o la razón detrás de ciertos usos y costumbres.

En términos del estilo y de la narrativa del género, los libros para niños y adolescentes presentan características diferentes de la literatura en general. Tiene un lenguaje y una trama más simples, y por supuesto, temas adecuados a la edad.

Ciertamente, al escritor también se requieren competencias y conocimientos para dirigirse a los jóvenes. En primer lugar, se requiere un conocimiento de la literatura para la edad evolutiva, además de creatividad, dotes literarias y estilo. Para atraer a un joven lector, el escritor deberá utilizar una escritura ágil, que capte la atención y sea clara. Finalmente, debe conocer la infancia real, estar familiarizado con la juventud para abordar temas cercanos al lector. Así, además de las necesidades del joven, sus intereses, miedos e inseguridades. La novela en cuestión puede considerarse parte de la literatura juvenil porque refleja plenamente las temáticas que aborda. En primer lugar, destaca el conflicto interpersonal, un tema común entre los lectores jóvenes. En este caso, se puede observar en la relación conflictiva entre personajes como Camelia y los humanos a los que ayuda, donde a menudo surgen malentendidos y dificultades para conciliar sus deberes con sus sentimientos personales. Esto refleja las tensiones entre la responsabilidad y los deseos, características de la adolescencia.

Después está el conflicto parental, un tema muy común entre los preadolescentes y adolescentes. A pesar de que el conflicto parental no ocupa un papel central en *Todas las hadas del reino*, Laura Gallego aborda este tema, que es muy común entre preadolescentes y adolescentes. Un ejemplo evidente es la relación entre Asteria y sus padres. Asteria no tiene ninguna intención de casarse, mientras que sus padres, preocupados únicamente por sus propios intereses y la estabilidad del reino, ignoran los deseos de su hija y buscan desesperadamente un matrimonio conveniente que beneficie su posición y poder.

1.2 La literatura fantástica para jóvenes

El texto analizado pertenece a la categoría de literatura fantástica para jóvenes. El término tiene orígenes anglosajones y se refiere al género literario narrativo fantástico.

Gianna Marrone, en *Fantasy. Enciclopedia per ragazzi* explica que el género literario fantástico se caracteriza por la lucha entre el bien y el mal. La temática principal en torno al cual se desarrolla una historia de fantasía es la celebración de las hazañas del héroe, que destacan sus virtudes que le permitirán de enfrentar su propio destino. La historia se desarrolla en un mundo alejado de la realidad, donde lo mágico y lo surrealista forman el telón de fondo para el relato. (Marrone, 2005)

Sin embargo, no se limita solo a mundos mágicos y criaturas fantásticas, sino que también aborda otras temáticas, entre las cuales se encuentran: el crecimiento personal, la lucha interior, la amistad, la identidad y la resistencia al poder; temas que también caracterizan los desafíos cotidianos de los adolescentes. Es un medio para ayudar al joven a comprender que no está solo, que todos los miedos que siente, todas las preguntas que se hace, ya han sido vividas por alguien más y que hay muchas otras realidades y situaciones en el mundo que aún debe descubrir.

Los personajes de las historias son inventados, por lo tanto, son fruto de la imaginación del escritor. El protagonista tiene la tarea de luchar contra el mal, confiando en aliados que, gracias a su fuerza o magia, eligen protegerlo y acompañarlo en sus hazañas y aventuras hasta la prueba final y decisiva. En la mayoría de los casos, la historia termina con un final feliz, en el que el bien triunfa sobre el mal.

Gianna Marrone, nos señala también que hay similitudes entre el relato de fantasía y el cuento de hadas. En ambos casos, hay elementos mágicos, el triunfo del bien sobre el mal y la redención de los protagonistas. Sin embargo, la trama de los relatos de fantasía, es mucho más rica en intrigas del cuento de hadas. El protagonista tiene que enfrentar una doble lucha: contra los obstáculos externos y contra su propia fuerza interior.

Otra diferencia entre los dos tipos de textos es, sin duda, el lector. Mientras que el cuento de hadas se destina a un público infantil, el lector de los textos de fantasía es adolescente. Esto permite al escritor crear personajes más dinámicos y diversificados y no tener que asociar

necesariamente el protagonista con el bien y el antagonista con el mal, que es una característica del cuento de hadas.

El género fantástico por adolescentes en Italia ha ganado mucha popularidad en los últimos años, tanto a través de obras de autores italianos como con traducciones de textos extranjeros.

Muchos lectores se han acercado a este mundo gracias a sagas internacionales como *Harry Potter*, *El Señor de los Anillos*, *Las Crónicas de Narnia* y *Los fuegos del Hambre*. Su éxito ha sido impulsado por series de televisión, películas y juegos que han permitido a los adolescentes descubrir la conexión entre la narrativa escrita y las adaptaciones visuales.

2. Análisis del texto

2.1 La autora

Laura Gallego García (Quart de Poblet, Valencia; 11 de octubre 1977) es una escritora española de literatura infantil, especializada en temática fantástica. Estudió Filología Hispánica en la Universidad de Valencia y en 1999 ganó el premio *El Barco de Vapor con Finis Mundi*, una novela ambientada en la Edad Media. Después de tres años ganó el mismo premio con La leyenda del Rey Errante. A lo largo de su carrera, ha publicado veintisiete novelas para adolescentes y varios cuentos para niños, vendiendo más de un millón de copias solo en España. Sus obras han sido traducidas en dieciséis idiomas, entre los cuales se incluyen el inglés, francés, alemán y japonés. Entre sus libros más conocidos hay: *Crónicas de la Torre*, *Donde los árboles cantan*, *Alas de fuego* e la trilogía *Memorias de Idhún* y *Guardianes de la Ciudadela*. En 2011 recibió el Premio Cervantes Chico por el conjunto de su obra, y en 2012 ganó el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil gracias a *Donde los árboles cantan*. En 2015 publicó la novela *Todas las Hadas del Reino*, gracias a la cual obtuvo el premio a la mejor novela independiente española de la revista *El Templo de las Mil Puertas*, seguido de su última publicación *Todos los Hombres del Rey*. Laura Gallego continúa escribiendo libros, la mayoría de los cuales están relacionados con el género fantástico.

2.2 Descripción general de la novela

Laura Gallego presenta una obra literaria extraordinaria, caracterizada por historias entrelazadas y personajes fantásticos que quedan grabados en la memoria de los lectores. *Todas las Hadas del Reino* presenta a Camelia, un hada madrina que vive en un reino donde magia, objetos mágicos y criaturas como orcos, brujas y deseos cumplidos, forman parte integrante de la realidad. Como es habitual entre las hadas madrinas, Camelia dejó el reino de las hadas y

durante trescientos años ha ayudado de manera eficaz a jóvenes damas y aspirantes héroes a alcanzar su final feliz. Estos últimos deben enfrentar a padres o madrinas insoportables.

La trama se centra en particular en Simón, un joven mozo de cuadra que se enamora de la princesa Asteria, una figura moderna que, en cambio, no siente la necesidad de casarse para gobernar su reino.

Camelia nunca se había fallado con su magia e ingenio, pero las cosas empiezan a complicarse cuando Camelia termina experimentando sentimientos humanos. Al mismo tiempo, las hadas madrinas se cuestionan la verdadera necesidad de su intervención en el mundo de los humanos, planteándose preguntas sobre su relevancia y su labor. La complejidad de los personajes y los escenarios mágicos reflejan la habilidad de Gallego para crear una historia llena de profundidad y referencias a los cuentos clásicos.

Los numerosos y breves capítulos de la novela permiten mantener un ritmo trepidante y envolvente para el lector, así que se siente motivado a leer cada vez más. Al mismo tiempo, esta fragmentación podría resultar pesada para otros lectores, que se encuentran con escenas interrumpidas sin una transición clara, seguida de un cambio repentino de capítulo e, en consecuencia, de tema.

2.2.1 Referencias a los cuentos clásicos

Todas las hadas del reino nos traslada al mundo de los cuentos de hadas, donde un héroe corre el riesgo de convertirse en piedra, siete cuervos pueden ser en realidad siete hermanos y las princesas saben muy bien que no deben tomar las manzanas que les regalen desconocidos. Algunos de esos cuentos aparecen en versiones similares a las que conocemos, otros presentan cambios sustanciales y todos ellos van encajando a la perfección en la trama general. (Echevarria, 2015: 56)

En el texto aparecen las siguientes referencias:

- Blancanieves (Jacob e Wilhelm Grimm, 1812)

Verena calló, avergonzada, evocando sin duda el día en que había atendido a una amable vendedora de fruta sin sospechar siquiera que se trataba de una asesina enviada por su tío—. La manzana envenenada, Verena —le reprochó Camelia—. ¿Cómo pudiste caer en un truco tan viejo? Si yo no hubiese llegado a tiempo... (Gallego, 2015: 21)

- Cenicienta (Jacob e Wilhelm Grimm, 1812)

—Claro, no hay problema —cortó Camelia con cierto sarcasmo—. Puedo hacer aparecer el lote completo: un vestido de rayos de sol, otro de luz de luna y otro de brillo de estrellas; una carroza-calabaza y unos zapatos de cristal. Seguro que te sientan divinamente. (Gallego, 2015: 38)

- Aladino y la lampara maravillosa (AA. VV)

—¿Por quién me has tomado, por el genio de la lámpara? —protestó Camelia, que empezaba a enfadarse.

—¿Qué genio? —preguntó Arnaldo.

—¿Qué lámpara? —preguntó Arlinda.

Camelia se esforzó por calmarse, recordando que, después de todo, era poco probable que los mellizos hubiesen tenido acceso a una copia del volumen de cuentos orientales que atesoraba en su cabaña. (Gallego, 2015: 85-86)

- La bella y la bestia (Jeanne-Marie Leprince de Beaumont, 1756)

—Hubo una vez una bruja que se enamoró de un apuesto príncipe. Él, naturalmente, estaba comprometido con una bella princesa, y la rechazó con cajas destempladas. Ella no se lo tomó nada bien; de modo que lanzó un hechizo sobre el príncipe y lo transformó en un horrible monstruo...

—Esta historia ya la conozco —interrumpió Simón—. Tiempo después llegó a su castillo una joven de buen corazón, que se enamoró de él a pesar de su aspecto y...

—No —cortó Camelia, molesta—. Conoces la historia del príncipe monstruoso y de la hermosa joven que deshizo el hechizo. Pero ellos son solo personajes secundarios del cuento que estoy relatando. ¿Acerca de quién trata esta historia? (Gallego, 2015: 135)

- Caperucita Roja (Jacob e Wilhelm Grimm, 1812), La capra y el lobo (Esopo, siglo VI a.C.)

—No es un lobo cualquiera —protestó Camelia—. ¿Conoces a los lobos de los cuentos? ¿Esos lobos de inteligencia retorcida, que hablan, trazan planes complejos para cazar a sus presas y lo mismo devoran cerdos que niños perdidos?

—Claro. Y sigo pensando que no son enemigos tan terribles. Siempre los mata un cazador. En uno de mis cuentos favoritos, de hecho, hasta una cabra armada con unas tijeras era capaz de derrotar a uno de ellos. (Gallego, 2015: 280)

- Hansel y Gretel (Jacob e Wilhelm Grimm, 1812)

A simple vista parecía una cabaña más... pero despedía un inquietante olor dulzón y, cuando se aproximaron a ella lo suficiente para poder apreciar con detalle sus paredes de bizcocho, sus ventanas glaseadas y sus tejas recubiertas de chocolate, comprendieron que habían encontrado lo que buscaban. [...] Tenemos entendido que se le da bien encontrar niños perdidos.

El rostro de la mujer se iluminó con una amplia sonrisa.

—¡Naturalmente! —exclamó—. Todos vienen a parar aquí, tarde o temprano. Los niños son muy golosos, ¿sabéis? (Gallego, 2015: 352-353)

- Las aventuras de Pinocho. Historia de un muñeco (Carlo Collodi, 1881)

—Un hada madrina que conozco tenía un método infalible para quitarles a sus ahijados el feo vicio de mentir —comentó con frialdad—. Los encantaba para que les creciera la nariz cada vez que faltaban a la verdad.

Felicia se cubrió su propia nariz, alarmada. En la mirada de Camelia brilló un destello de ira. (Gallego, 2015: 423)

- El gato con botas (Charles Perrault, 1697)

Camelia alzó la cabeza, sobresaltada, y miró a su alrededor. Estaba sola en la celda... con la excepción del gato del carcelero, que se las había arreglado para colarse por entre los barrotes y ahora se acicalaba con parsimonia en un rincón.

—Oh, eres tú —murmuró el hada; el gato dejó de lamerse la pata y alzó hacia ella sus ojos intensamente verdes—. Oh —repitió Camelia, sorprendida.

—¿Ya sabes quién soy? —maulló el animal.

—Ahora sí —contestó ella—. Disculpa que no te haya reconocido antes, pero es que estoy en una situación un tanto crítica, no sé si me entiendes. ¿Qué ha sido de tus botas?

—Hace tiempo que dejé de usarlas —respondió el gato con indiferencia—. Corren malos tiempos para nosotros, los Ancestrales, ¿sabes? Es mejor ir de incógnito. Pero no creo que tengas ganas de hablar de botas ahora mismo, ¿me equivoco? —concluyó, echando un vistazo de soslayo a los pies de Camelia. (Gallego, 2015: 466)

2.3 Las funciones del lenguaje

Roman Jakobson (1896-1982) fue uno de los lingüistas y teóricos más influyentes del siglo XX. Representa una figura central por su contribución del campo de la lingüística con sus estudios sobre fonología, semiótica y teoría de la comunicación.

Identifica seis componentes necesarias para un acto de comunicación lingüística: emisor, receptor, referente, código, mensaje y canal. A cada uno de estos elementos del proceso de comunicación, asigna una función comunicativa particular: emotiva, referencial, poética, fática, metalingüística y conativa. A través de este modelo, Jakobson busca atribuir un carácter específico a los diferentes textos literarios, advirtiendo que no existe un mensaje que cumpla exclusivamente una única función, sino que puede desempeñar varias simultáneamente. No obstante, siempre hay una función que prevalece sobre las demás y que determina el carácter funcional general del mensaje. En la novela analizada hay todas las funciones.

La función referencial se refiere al contexto espacio-temporal, a la información y a las descripciones. En este caso, el mensaje tiene un carácter denotativo y tiene el objetivo de comunicar información objetiva y precisa sobre un elemento de la realidad. Según lo que afirma Jakobson:

“It dominates ordinary discourse because we designate objects and bestow them with meaning” (Jakobson 1995, 156)

Esta función prevalece en el texto analizado, especialmente cuando la autora describe los lugares en los cuales se desarrolla la historia. Un ejemplo de función referencial en la novela es:

En aquella parte del mundo existían muchos pequeños reinos. Camelia recordaba la época en que solo había siete, todos ellos tan vastos que contenían frondosos bosques, estremecedoras cadenas de montañas y praderías interminables. Y, según le habían contado, aquellos siete procedían en realidad de uno solo, enorme e inconmensurable, que las leyendas llamaban el Viejo o el Antiguo Reino. Pero en aquel entonces había también muchos monstruos terribles, malvados hechiceros y poderosos demonios, por lo que los reyes tomaron la costumbre de ofrecer, como reclamo para héroes y aventureros, la mano de su hija y la mitad de su reino en recompensa por llevar a cabo alguna hazaña particularmente notable. Como resultado, al cabo de varios siglos había muchos más monarcas, por supuesto; pero gobernaban sobre territorios mucho más reducidos que los de sus antepasados.

Vestur era uno de esos pequeños reinos. Sus últimos soberanos lo habían administrado de forma inteligente y eficaz, por lo que se contaba entre los más ricos y florecientes. Se encontraba situado, además, en el centro mismo del continente, de modo que por allí pasaban algunas de las rutas comerciales más importantes. (Gallego, 2015: 33)

Otra función del texto es la emotiva, que se realiza cuando el mensaje está centrado en el emisor, en sus estados de ánimo, actitudes, etc.; cuando el mensaje se orienta predominantemente hacia el mensaje, destacando la especificidad del signo lingüístico en relación con su referencia al objeto real comunicado.

“L’interiezione (lat. interiectio «atto di gettare in mezzo») è una categoria di parole (tradizionalmente, una parte del discorso) invariabili con il valore di frase, usata per esprimere emozioni o stati soggettivi del parlante. Priva di legami sintattici con le altre parti del discorso, corrisponde, da un punto di vista pragmatico, a un intero atto linguistico.” (Poggi, 1995; 403- 404)

Un ejemplo de función emotiva en el texto es:

Camelia se detuvo de golpe y sintió que se quedaba sin aire, como si hubiese recibido un puñetazo en la boca del estómago. Lo miró, atónita, incapaz de reaccionar; pero Simón le dio la espalda nuevamente y se alejó de ella, internándose en el bosque mientras el hada percibía como el vínculo que los conectaba se iba desvaneciendo rápidamente hasta desaparecer por completo. Se dejó caer de rodillas sobre la hierba, sin poder asimilar lo que estaba sucediendo. Tenía un espantoso agujero en el corazón, una carencia insoportable, un dolor agudo y profundo, como si las palabras de Simón le hubiesen arrancado las entrañas de un zarpazo. Impotente, lo vio desaparecer entre la maleza, con el zurrón al hombro y la espada mal ceñida golpeándole incómodamente el muslo. Tenía menos aspecto de héroe que nunca, pero había alzado una barrera entre ambos que el hada no podía franquear en contra de su voluntad. Camelia abrió la boca para gritar, pero solo fue capaz de proferir un angustioso gemido. Sintió las mejillas húmedas, y se dio cuenta de pronto de que estaba llorando. Cuando el bosque se tragó definitivamente a Simón, el último hilo invisible que los unía se rompió para siempre. (Gallego, 2015: 287)

En esta porción del texto, la narración permite al lector identificarse perfectamente con la historia, gracias a la descripción de las emociones de Camelia a través de metáforas como “agujero en el corazón” o “dolor agudo y profundo”. La atención se centra, por lo tanto, en el sufrimiento interior del hada, en su desesperación y en su incapacidad de reaccionar.

No falta la función metalingüística, que se refiere a la presencia de elementos destinados a definir el propio código dentro del mensaje. Aparece cuando se piden explicaciones y se proporcionan aclaraciones sobre términos, conceptos o sobre la gramática. Por ejemplo:

Después, claro, los dos príncipes quisieron casarse con ella. El rey optó por echarlo a suertes, pero el perdedor nunca aceptó el resultado. Cosa lógica, por otra parte, pues un rey que plantea una *queste* está obligado a cumplir sus propias condiciones a rajatabla. El asunto desembocó en una guerra larga y sangrienta. — Camelia suspiró—. Hay que tener mucho cuidado con este tipo de cosas.

—¿Qué es una *queste*? —inquirió Asteria.

—Es una variante de la clásica prueba de valor. Se convoca públicamente una especie de concurso que consiste en realizar alguna gran hazaña que implique una larga búsqueda llena de peligros y dificultades. El premio suele estar a la altura del reto, naturalmente: la mitad de un reino, la mano de una princesa o las dos cosas al mismo tiempo. Pero hace ya mucho tiempo que no se hacen este tipo de pruebas. (Gallego, 2015: 110)

En la novela en cuestión también hay la función poética que, según Jakobson, se realiza cuando el mensaje obliga al oyente a regresar en el propio mensaje, para apreciar la forma en que está formulado. No se refiere, por lo tanto, solo a la información, sino también a la estética del lenguaje, que puede derivarse de la elección de sonidos, palabras, etc.

“La funzione poetica, o estetica, è quella parte della comunicazione che si ripiega su sé stessa, che si rivolge a sé stessa, che in ogni sua manifestazione ricorda a sé stessa e a chi riceve il messaggio di far parte del mondo della letteratura. Il messaggio poetico è un messaggio self- conscious, non spontaneo, carico dell’impegno di chi scrive. Il ritmo, il metro, il suono sono elementi essenziali della funzione poetica.” (Osimo, 2011; 59)

Un ejemplo de función poética es:

Así, cuando el zorro saltó hacia la espesura, Camelia lo siguió; y ambos se fundieron con el bosque, dos criaturas mágicas que daban la espalda a los mortales para vivir en su propio mundo encantado por toda la eternidad. (Gallego, 2015: 477)

En cambio, la función fáctica, tiene el objetivo de establecer, mantener, verificar o interrumpir el contacto entre el emisor y el destinatario. En el texto en cuestión se utiliza con mucha frecuencia. Un ejemplo es:

—... te están buscando marido, ¿verdad? —adivinó Camelia—. Porque piensan que ya lo has demorado demasiado y, por otro lado, no pueden arriesgarse a que hagas una elección que..., digamos..., no se ajuste a sus intereses. Pero tú sigues esperando a la persona adecuada, ¿me equivoco? (Gallego, 2015: 100)

En fin, también hay varios ejemplos de función conativa en la novela. Esta función se activa cuando el emisor intenta inducir al destinatario a adoptar una cierta actitud como, por ejemplo:

Pero... ¿podrías hacerme un favor? ¿Podrías...? —dudó un instante antes de concluir la frase—. ¿Podrías ir a visitar a Asteria y decirle... despedirte de ella en mi lugar?

—Claro que sí —suspiró Camelia, aunque no tenía la menor intención de hacerlo; bastante problema le había dado ya a Simón aquella princesita caprichosa y egoísta —. Pero tú, mientras tanto, no hagas ninguna tontería. Lo más probable es que me reúna contigo en la linde del bosque, así que, si me retraso, espérame. Y, sobre todo —concluyó, levantando el índice con tono admonitorio—, que no se te ocurra, bajo ningún concepto, adentrarte en él sin mí. (Gallego, 2015: 267)

2.4 Narrador, registro y sintaxis

En *Todas las Hadas del Reino*, el narrador se puede definir omnisciente. Este tipo de narrador tiene la capacidad de observar los personajes del exterior y al mismo tiempo, puede entrar en sus mentes para revelar aspectos que no resultan aparentes o que ni siquiera los personajes conocen. Además, el narrador guía al lector a través de la trama, revelando no solo los eventos, sino también los sentimientos de los personajes, dándole a la historia un toque más rico y envolvente. A veces narra un único acontecimiento desde diferentes puntos de vista, ofreciendo la perspectiva de varios personajes. La novela presenta varias historias que se desarrollan simultáneamente, aun manteniendo un orden cronológico para cada una de ellas. Solo en algunos capítulos se hace referencia a eventos pasados.

La novela está escrita en un registro medio, en que prevalecen verbos en modo imperativo y condicional. El uso del imperativo refleja un tono de urgencia e invitación a la acción, de hecho, se utiliza por las hadas madrinas; el modo condicional, que expresa posibilidades y deseos, se utiliza por los humanos. Hay muchos diálogos entre los personajes, a menudo relacionados por vínculos de amistad o familiares, por lo que rara vez se usa un registro formal. Las únicas excepciones ocurren cuando los personajes autoritarios, como reyes y reinas, donde se adopta un lenguaje más elevado, acorde a sus posiciones y al contexto real. Por ejemplo:

—¿Solo dos? —se extrañó su madre—. ¿Seguro que no son siete?^[SEP]

—No, madre. Seguro que no son siete. Ya os he dicho...^[SEP]—Sí, sí, has dicho muchas cosas, pero ella todavía no ha dicho nada. ¿Acaso no sabe hablar? ¡No será una sirena! —aventuró, alarmada.

La aludida se aclaró la garganta.^[SEP]

—No, majestad, yo...^[SEP] Pero la reina no la escuchaba. Seguía haciendo cábalas, cada vez más alterada.

(Gallego, 2015: 9)

Además de los numerosos diálogos entre personajes, no faltan los monólogos interiores, útiles para describir los estados de ánimo y los flujos de conciencia de los personajes. De esta manera, la autora busca centrar la atención en todo lo que ven, sienten y piensan los personajes. Entre otros:

Camelia no respondió; pero se preguntó, no sin cierta inquietud, en qué momento habían decidido las hadas que no era necesario someter a los mortales a aquellas pruebas de valor a las que tan aficionados habían sido los Ancestrales. Algunas hadas, como Gardenia, aún lo hacían de vez en cuando; pero la pobre Gardenia vivía perdida en el sueño de un pasado que no volvería y, por otro lado, nadie se sentía ya impresionado por los méritos de «un joven de buen corazón». No, reflexionó Camelia. Si un muchacho cualquiera, como Simón, por ejemplo, deseara ganar el amor de una princesa, no le bastaría la bondad ni, probablemente, tampoco el ingenio. Debería demostrar que era fuerte, valiente y poderoso. (Gallego, 2015: 52)

La sintaxis varía en función del contexto. Si se consideran las digresiones y las descripciones, las oraciones son largas y elaboradas, en las cuales predomina la hipotaxis. En cambio, al analizar la complejidad de los textos, prevalecen oraciones breves y concisas, debido a la abundancia de diálogos.

De hecho, al observar el plano formal, el joven lector no aprecia historias planas y banales ni historias con significados filosóficos y simbólicos. La narración debe ser muy dialogada y contener “un número limitado de personajes, con nombres fácilmente reconocibles y memorizables”, cuya historia “concluya con un mensaje de optimista esperanza”. Además, se deben evitar digresiones, enumeraciones y momentos descriptivos muy largos, de modo que la trama sea ágil y llegue rápidamente a la solución final. (Nobile, 2019; 69)

2.4.1 *Falsos amigos*

A lo largo del texto es posible notar la presencia de los llamados *falsos amigos*.

La expresión falsos amigos se emplea para referirse a aquellas palabras que, a pesar de pertenecer a dos lenguas distintas, presentan cierta semejanza en la forma mientras que su significado es considerablemente diferente. Se dan en lenguas emparentadas en mayor o menor rango, como el español y el francés o el español y el inglés, pero no en lenguas distantes como, por ejemplo, el chino y el español. (Centro Virtual Cervantes, *Diccionario de términos clave de ELE*)

Asistentes

La definición propuesta por el DRAE es “que asiste (estar presente)”. La traducción correcta al italiano es *partecipanti, invitati*, y no tiene que ser confundido por el termino italiano *assistente*, cuyo correspondiente en español es *ayudante*.

Caldo

Según el DRAE, el significado del término caldo es “líquido que resulta de cocer o aderezar algunos alimentos”. Por lo tanto, se traduce como *brodo* en italiano. La elección del termino *caldo* es incorrecta, ya que su equivalente en español es *calor*.

Espalda

La definición propuesta por el DRAE es “parte posterior del cuerpo humano, desde los hombros hasta la cintura”. La traducción al italiano es *schiena*, que no debe confundirse con el termino *spalla*, cuyo equivalente en español es *hombro*.

Guardar

La definición del verbo guardar, según el DRAE, es “Tener cuidado de algo o de alguien, vigilarlo y defenderlo”. La traducción correcta del verbo en italiano es *conservare* y no debe confundirse con el verbo *guardare* que, aunque es idéntico desde el punto de vista fonético, tiene como equivalente español el termino *mirar*.

Ilusión

“Esperanza cuyo cumplimiento parece especialmente atractivo” es la definición del DRAE de la palabra *ilusión*, que en italiano se traduciría con el termino *desiderio* y no con la palabra similar desde el punto de vista fonético: *illusione*.

Largo

La definición propuesta por el DRAE es “largo”. Por lo tanto, sería incorrecto traducirlo como el adjetivo *largo*. El equivalente correcto en la lengua italiana es *lungo*, cuyo equivalente en español es *ancho*.

Nariz

Según el DRAE, el significado de la palabra *nariz* es “Órgano prominente del rostro humano, entre la frente y la boca, con dos orificios, que forma parte del aparato respiratorio”. Por lo tanto, se traduce en italiano como *naso*. Es incorrecta la elección del termino *narice*, cuyo equivalente en español es *orificio*.

Pavo

“Ave del orden de las galliformes, oriunda de America, más grande que la gallina, cuello largo y sin plumas, del que cuelgan, al igual de la cabeza, unas carnosidades rojas” es la definición del DRAE del termino *pavo*. La traducción correcta es *tacchino*, y no *pavone*.

Seta

La definición del DRAE es “cualquier especie de hongo, comestible o no, con forma de sombrilla, sostenida por un peridcielo”. El equivalente en italiano es *fungo*, que no debe confundirse con el termino *seta*, a pesar de que suene igual fonéticamente. El correspondiente del termino italiano *seta* es *seda*.

2.4.2 Refranes y modismos

Los refranes y los modismos reflejan la cultura y las tradiciones de la lengua y contribuyen a enriquecer la narración, además de otorgar profundidad a los diálogos. Para lograr una buena traducción, es necesario identificar el refrán o la expresión idiomática en la lengua de origen y luego encontrar el equivalente en la lengua de llegada.

Si en esta última no hay un equivalente, será necesario hacer una paráfrasis o aceptar una pérdida que, según Eco, a veces es inevitable. En los relatos examinados aparecen:

Colgar en la horca

—Bueno, una muerte en combate puede ser larga y dolorosa —opinó Camelia—, pero puedo entender que no te haga especial ilusión la idea de colgar en la horca al amanecer. —Se estremeció solo de imaginarlo— (Gallego, 2015: 266)

Dejar en el olvido

Su juventud, apostura y valentía, por no hablar del título y las tierras que acababa de obtener, bastaron para despertar las simpatías del pueblo y hacer caer a su predecesor en el olvido. (Gallego, 2015: 323)

Felices y comer perdices

—Algunas de nosotras llevábamos siete años sin vernos; sin duda hemos estado ocupadas, protegiendo a nuestros ahijados en todos los reinos y ayudándolos a cumplir sus sueños para que puedan ser felices y comer perdices. (Gallego, 2015: 63)

Lustro arriba, lustro abajo

Qué casita tan encantadora. ¿Hace mucho que vives aquí? —Ciento setenta años, lustro arriba, lustro abajo —respondió Camelia. (Gallego, 2015: 60)

Meter la pata

Cuando sabían algo, ya empezaban a creer que lo sabían todo, y terminaban metiendo la pata incluso más que cuando no sabían nada. (Gallego, 2015: 140)

Poner por las nubes

Aunque os informo de que el precio de las perdices se está poniendo por las nubes —añadió, tras un instante de reflexión—. (Gallego, 2015: 63-64)

Por siempre jamás

Y cuentan que allí sigue todavía, soñando, viviendo eternamente en el mundo onírico donde habita su amor verdadero, el reino al que ambos pertenecen... por siempre jamás. (Gallego, 2015: 105)

3 Texto original y propuesta de traducción

Soy tu hada madrina

En aquella parte del mundo existían muchos pequeños reinos. Camelia recordaba la época en que solo había siete, todos ellos tan vastos que contenían frondosos bosques, estremecedoras cadenas de montañas y praderías interminables. Y, según le habían contado, aquellos siete procedían en realidad de uno solo, enorme e incommensurable, que las leyendas llamaban el Viejo o el Antiguo Reino. Pero en aquel entonces había también muchos monstruos terribles, malvados hechiceros y poderosos demonios, por lo que los reyes tomaron la costumbre de ofrecer, como reclamo para héroes y aventureros, la mano de su hija y la mitad de su reino en recompensa por llevar a cabo alguna hazaña particularmente notable. Como resultado, al cabo de varios siglos había muchos más monarcas, por supuesto; pero gobernaban sobre territorios mucho más reducidos que los de sus antepasados.

Vestur era uno de esos pequeños reinos. Sus últimos soberanos lo habían administrado de forma inteligente y eficaz, por lo que se contaba entre los más ricos y florecientes. Se encontraba situado, además, en el centro mismo del continente, de modo que por allí pasaban algunas de las rutas comerciales más importantes.

Aunque Camelia estaba al tanto de la situación política y económica de Vestur, hacía tiempo que no visitaba el reino, por lo que no recordaba con exactitud dónde se hallaban las caballerizas del palacio real. Optó, pues, por aparecerse en los jardines del palacio, en un rincón discreto. Dejó caer las alas, para asegurarse de que quien la viera las tomara por una capa vaporosa y no por lo que eran en realidad. Aunque a Orquídea le encantase ser el centro de atención, Camelia detestaba que la distrajeran cuando estaba tratando de hacer su trabajo. Y la presencia de un hada madrina, aunque fuera en un palacio, siempre resultaba todo un acontecimiento.

Rodeó los jardines en busca del establo; a lo lejos paseaba una doncellita seguida de una nube de sirvientes. Era demasiado joven para ser Asteria, por lo que Camelia dedujo que se trataría de su hermana menor, la princesa Delfina. Se aseguró de que no la habían visto y se dirigió a la parte delantera del palacio. Allí, junto al patio principal y no lejos de la entrada, se hallaba el corredor que conducía a las caballerizas.

Se detuvo en la puerta de los establos y miró a su alrededor. Vio a un muchachito de unos diez años que barría afanosamente el suelo, pero que se detuvo al ser consciente de su presencia.

—¿Buscas a alguien? —le preguntó, sin duda extrañado de verla allí.

Aquel no podía ser el ahijado de Orquídea; Camelia trató de recordar si ella había llegado a mencionar su nombre en algún momento.

—Simón —dijo por fin—. Busco a Simón.

—Al fondo, a la izquierda —señaló el niño.

Camelia siguió en la dirección que le indicaba. A su paso, los caballos resoplaban suavemente, saludándola.

Los animales siempre reconocían a las hadas, dondequiera que estuviesen. Incluso aquellos que llevaban milenios siendo domesticados por los mortales conservaban aquel raro instinto que les permitía detectar lo sobrenatural mucho antes que sus amos humanos.

Camelia se asomó por fin a una caballeriza en la que había un joven cepillando con brío a un hermoso caballo ruano.

—Buenos días, ¿eres Simón? —lo saludó.

El muchacho se detuvo un momento y se volvió hacia ella, ligeramente sorprendido. Tendría unos diecisiete o dieciocho años, cabello oscuro y ojos claros. Camelia lo repasó con la mirada, examinándolo con detalle. Sí, era bien parecido. Podría llegar a llamar la atención de la princesa, aunque Orquídea tenía razón: se notaba de lejos que no era de noble cuna. Le faltaba elegancia en el porte y tenía la piel demasiado bronceada, los hombros demasiado anchos y las manos demasiado grandes y encallecidas por el trabajo. Volvió a fijarse en su rostro; carecía de la nariz recta y aristocrática típica de los príncipes, y sus cejas eran muy espesas, si bien se arqueaban de forma interesante. Y sus ojos, de color pardo, quizá tuvieran una tonalidad más verdosa a la luz del sol. Y...

—¿Quién eres tú? —dijo el joven entonces, sobresaltándola.

Camelia parpadeó un instante y volvió a la realidad.

—¿Yo? —Carraspeó y adoptó su pose más profesional—. Bien; si tú eres Simón, entonces yo soy tu hada madrina.

El chico entrecerró los ojos y la miró con desconfianza.

—¿Cómo sabes que tengo un hada madrina?

—Porque yo soy tu hada madrina. Te lo acabo de decir.

—No, no, yo conozco a mi hada madrina, y no eres tú. Ella brilla como una estrella, y tú... tú ni siquiera pareces un hada.

Camelia suspiró con impaciencia, echó un breve vistazo al pasillo para asegurarse de que estaban solos y entonces desplegó las alas. Las hizo vibrar levemente para que dejaran caer una fina lluvia de polvo dorado y sonrió con satisfacción al ver el gesto asombrado de Simón.

—Soy un hada —reiteró—. Por motivos que no vienen al caso, tu hada madrina habitual no va a poder seguir ayudándote. Así que yo la sustituiré.

Simón pareció confundido; pero, en cuanto hubo asimilado las palabras de Camelia, montó en cólera.

—¿Qué...? ¿Y por qué? ¿Es que no merezco un hada madrina de mayor categoría? Ya sé que no soy un príncipe, pero...

—Escúchame bien —interrumpió Camelia con frialdad—. Tú esperas que tu princesa se fije en ti a pesar de que no eres un príncipe, ¿no es cierto? Esperas que sea capaz de amarte por tus cualidades y no por algo tan superficial como tu aspecto o el tipo de ropa que llevas.

—Sí, pero... —Simón calló de pronto.

—Ah —concluyó Camelia con acidez—. Veo que empezamos a entendernos.

El joven se apoyó contra el flanco del caballo; se había ruborizado levemente, avergonzado.

—No quería ofenderte —murmuró—. Es que todo ha sido muy repentino, y tú...

tú..., bueno, te has presentado aquí por las buenas y no sé quién eres...

—Por tercera vez: soy tu hada madrina. ¿Hace falta que lo vuelva a repetir? —Pero... pero... ¡si ni siquiera tienes varita! —farfulló Simón, todavía confundido.

Camelia le dedicó una de sus breves sonrisas y extrajo su varita de la faltriquera. No era más que una rama de avellano, recta y flexible, sin ningún adorno. De hecho, no valía para nada, pero eso no tenía nada de extraordinario: la varita dorada de Orquídea era igual de inservible.

En realidad, las hadas no necesitaban varitas para hacer magia. Pero habían aprendido con el tiempo que a los mortales les costaba asimilar que pudieran utilizar sus poderes así, sin más.

No comprendían que las hadas eran esencialmente mágicas, y les resultaba más sencillo aceptar que fueran capaces de obrar prodigios si creían que lo hacían mediante algún tipo de objeto mágico. La varita era, por tanto, parte de la puesta en escena. Camelia la encontraba inútil y engorrosa, pero ya no se atrevía a salir de casa sin ella.

De modo que la agitó en el aire y dejó que brotaran de ella unas cuantas chispas. Eso bastó para alarmar a Simón, que retrocedió precipitadamente hasta que su espalda chocó contra la pared de la cuadra.

—De acuerdo, de acuerdo..., te creo. Pero, por favor..., no me conviertas en sapo

—suplicó.

Camelia puso los ojos en blanco. —No voy a hacer algo así. ¿No me has oído? Soy tu hada madrina, estoy aquí para ayudarte. Dejó que Simón terminara de asimilar la situación. Cuando lo vio relajarse un tanto y sentarse, desconcertado y abatido, sobre el suelo de la cuadra, asintió para sí, guardó la varita y sacó su cuaderno de notas y sus anteojos. Se los caló sobre la nariz y buscó una página en blanco en la que escribió el nombre de su nuevo ahijado.

—Bien, comencemos. Tengo entendido que eres plebeyo, pero te has enamorado de una princesa.

Simón dio un respingo, se incorporó, alarmado, y miró a su alrededor. Camelia sacudió la cabeza y lo tranquilizó con un gesto.

—No te preocupes, no nos oye nadie. Y cálmate, ¿quieres? Sé muy bien lo que hago. Así que siéntate otra vez y empieza a contarme tu historia, ¿de acuerdo?

Cotilleos de la corte

Bueno... —titubeó Orquídea, insegura—. Naturalmente, hay siete asientos, pero...

—Pues yo no entiendo por qué seguís preparando siete asientos — comentó Dalia fríamente—. Todas sabemos que no van a venir.

—Es verdad que Azalea ha faltado a las últimas reuniones —se defendió Camelia—. Pero eso no quiere decir nada. ¿Y si se hubiese presentado esta vez?

—Eso mismo dijiste de Magnolia. Durante setenta años.

—¡Bien! Pues discúlpame si, a diferencia de ti, todavía guardo algo de esperanza en mi tierno e ingenuo corazón.

—Por favor, no discutáis —intervino Lila, afligida.

—Chicas, chicas —las llamó al orden Orquídea, haciendo tintinear su cucharilla contra la taza—. Mantened la calma. ¿Qué más da si hay cinco sillas o siete? Comencemos ya la reunión; si tiene que venir alguien más, ya llegará. ¿Estamos de acuerdo?

Todas asintieron, visiblemente aliviadas. Todas menos Dalia, que frunció el ceño y desvió la mirada; pero no añadió nada más, por lo que Orquídea prosiguió: —Algunas de nosotras llevábamos siete años sin vernos; sin duda hemos estado ocupadas, protegiendo a nuestros ahijados en todos los reinos y ayudándolos a cumplir sus sueños para que puedan ser felices y comer perdices. Aunque os informo de que el precio de las perdices se está poniendo por las nubes —añadió, tras un instante de reflexión—. Por si preferís plantear la posibilidad de sustituirlas por codornices, o incluso por cisne asado, en los banquetes de bodas de vuestros ahijados.

—No recomiendo cocinar a los cisnes —terció entonces Camelia—. Sobre todo si vuelan en grupos de seis.

Hubo un breve silencio mientras las demás cavilaban sobre sus palabras.

—Ay, es verdad —dijo Lila con un breve estremecimiento—. Pues entonces, que sea pavo asado.

—¿Pavo? ¡Qué vulgar! —rechazó Orquídea—. No, no; ni pavo, ni cisne; mejor quedémonos con las codornices. Lo tendrás en cuenta para la boda del príncipe Aldemar, ¿verdad, Camelia?

—¡Ah! ¿Aldemar se casa por fin? —preguntó Lila.

—¿Quién es Aldemar? —intervino Gardenia.

—Esperad un momento —cortó Camelia—. El menú de la boda no es asunto mío.

Yo ya hice mi trabajo; de los festejos, que se ocupen los humanos.

Orquídea chasqueó la lengua.

—Querida, qué aburrida eres. No se te puede sacar de casa.

—Ah, pues menos mal que salgo de casa de vez en cuando; si no, no sé quién ayudaría a mis ahijados a encontrar el amor verdadero para que tú puedas disfrutar de tantas bodas y celebraciones fastuosas.

—Y yo te lo agradezco de corazón, Camelia. Pero no está bien que dejes el trabajo a medias. Hay que dar ánimos a los chicos el día de su boda, otorgar dones a sus bebés en los bautizos...

—Pero yo sí que otorgo dones —se defendió ella—. Lo que sucede es que me gusta la discreción, ya sabes.

—Yo lo entiendo y te apoyo completamente —afirmó Lila; Camelia le dirigió una sonrisa de agradecimiento.

La conversación continuó durante buena parte de la tarde. Las hadas se pusieron al día, relatándose unas a otras historias acerca de sus respectivos ahijados, cotilleos de la corte y noticias procedentes de todos los reinos. Como de costumbre, Orquídea fue la que más habló, aunque en realidad, en opinión de Camelia, apenas tenía nada interesante que contar. Gardenia la interrumpía de vez en cuando para dejar caer comentarios intrascendentes acerca del tiempo, del pastel de frambuesas o de los almendros en flor; pero sus compañeras, acostumbradas ya a sus desvaríos, la escuchaban con amabilidad y después la ignoraban educadamente. Camelia no tenía demasiadas ganas de llevar la contraria a Orquídea aquella tarde; en parte porque su papel como anfitriona la había dejado sin fuerzas, pero también porque tenía otras cosas en la cabeza. Lila, por otro lado, era demasiado tímida para intervenir activamente en la conversación; y Dalia se había encerrado en un silencio pétreo prácticamente desde el comienzo de la reunión, por lo que, con la excepción de los comentarios esporádicos de Gardenia, nadie entorpecía el animado monólogo de Orquídea.

Camelia se estaba preguntando por cuánto tiempo más se prolongaría aquella tortura cuando, de repente, la voz de Orquídea dejó de resonar en sus oídos.

Cuando miró a su alrededor, se dio cuenta de que sus cuatro compañeras la observaban fijamente.

—¿Qué? —preguntó, un poco perdida.

—Te preguntaba por Simón, el mozo de cuadra —dijo Orquídea—. ¿Lo has convencido ya de que su amor por Asteria es imposible?

Camelia parpadeó, perpleja.

—¿Cómo dices?

Orquídea suspiró con impaciencia.

—Querida, ¿en qué estabas pensando? Parece que te hayan hechizado. —Yo sé un remedio muy bueno contra los hechizos —apuntó Gardenia. Camelia se esforzó por volver a la realidad.

—Te estaba escuchando —mintió; pero frunció el ceño al recordar lo que su compañera había preguntado—. Pero no entiendo lo que quieres decir. ¿Por qué debería convencer a Simón de que su amor es imposible?

Orquídea se mostró desconcertada.

—Pues porque lo es, Camelia, ya lo sabes. El chico no tiene ninguna oportunidad. Ella empezó a enfadarse.

—¿Cómo que no? ¡Se suponía que me pediste que me encargara de él porque se me dan bien los «asuntos plebeyos», según dijiste!

—Ah, ¿sí? Oh, bueno, puede que lo hiciera, sí; pero el caso es que uno de mis ahijados está buscando esposa, y me ha preguntado por la princesa Asteria. Se trata de un muchacho con posibilidades, ya me entiendes. Es el tercer hijo de un rey, nada menos. No es el primogénito, claro; pero, si se casa con la heredera del reino de Vestur...

—¡Ni hablar! —estalló Camelia—. No voy a permitir que vuelvas a enredar tu varita en este asunto, ¿me oyes? Yo ya he aceptado a Simón como ahijado, y ahora está bajo mi responsabilidad.

—¡Oh, tienes un nuevo ahijado! —exclamó Gardenia, encantada—. ¿Y qué don vas a concederle?

—Yo creo que deberías buscar otra princesa para tu ahijado, Orquídea —intervino entonces Lila—. O al menos esperar a que Simón haya tenido alguna oportunidad con Asteria.

—Oh, de acuerdo, te haré caso —replicó Orquídea—. Todas sabemos lo bien que se te da evitar bodas inconvenientes.

De nuevo, un silencio gélido se apropió de la habitación. Lila inspiró hondo y se irguió, pálida, como si Orquídea le hubiese dado una bofetada.

—Retira lo que acabas de decir —exigió Camelia con los dientes apretados de rabia.

Orquídea alzó la taza para tomar otro sorbo de chocolate, dejando el meñique perfectamente estirado.

—¿El qué? Si es la verdad. Y Lila no debería ofenderse por una cosa tan tonta, a estas alturas. Pero no era un asunto trivial, y todas lo sabían.

Esperando a la persona adecuada

Camelia voló hasta la ventana de la habitación de la princesa. Era de noche y no había luna, por lo que era poco probable que alguien la viera. No obstante, extremó las precauciones cuando se asomó al interior de la estancia. A aquellas horas solía estar ya muy cansada, y no tenía intención de volverse invisible de nuevo, salvo que fuera completamente necesario. Asteria se encontraba en el interior de la alcoba, sentada en un rincón, tañendo suavemente el laúd. Junto a ella, su dama de compañía bordaba en silencio. Camelia suspiró para sus adentros y apuntó con un dedo a la dama de compañía. Esta dejó caer la cabeza a un lado, súbitamente dormida. Asteria la contempló, perpleja.

—Fidelia, ¿te encuentras bien?

Como la mujer no respondió, Asteria apartó su instrumento y la sacudió suavemente, tratando de despertarla. Pero ella se limitó a dejar escapar un leve ronquido.

Aún desconcertada, Asteria se dispuso a zarandearla de nuevo, pero entonces oyó un ligero carraspeo tras ella y se dio la vuelta, sobresaltada.

Camelia tenía por costumbre mantener bajas las alas la primera vez que se presentaba ante un humano, para no asustarlo. No obstante, en esa ocasión las llevaba erguidas y brillantes, y había hecho el esfuerzo de pulir su aspecto físico en general: llevaba suelto el pelo y había cambiado su práctico vestido verde por uno de color azul cielo, salpicado de piedras preciosas brillantes como estrellas. También enarbolaba su varita, convenientemente iluminada.

—¿Quién eres? —preguntó Asteria con curiosidad. No parecía asustada, ni siquiera sorprendida; como si todas las noches se le apareciera un hada en mitad de su alcoba.

—Soy un hada madrina —respondió Camelia, sonriendo. Asteria ladeó la cabeza.

—No sabía que tuviera un hada madrina —comentó.

—Es que no soy tu hada madrina, querida. Vengo en nombre de mi ahijado, que está interesado en ti. Románticamente hablando, para entendernos. Asteria suspiró.

—Ya. Y políticamente hablando, para entendernos todavía mejor.

—Soy consciente de que tienes muchos pretendientes, princesa Asteria de Vestur—la reprendió Camelia—, pero no cometes el error de juzgarlos a todos con el mismo rasero.

—Claro que no. Es evidente que no es lo mismo un conde que un duque. Y deduzco que tu ahijado será, como mínimo, un futuro emperador.

Camelia se esforzó por disimular su desconcierto. No estaba acostumbrada a que la atacaran con sus mismas armas.

Decidió que lo más prudente era no caer en la provocación.

—Eso ya lo averiguarás por tu cuenta cuando él mismo te confiese lo que siente por ti —respondió—. No me corresponde a mí pedir tu mano en su nombre. Faltaría más.

—Entonces ¿a qué debo el honor de tu visita?

Camelia asintió para sí. Por fin la conversación parecía encaminarse hacia donde ella quería.

—Corren rumores de que ya estás comprometida. Disculpa que sea tan directa —añadió con una encantadora sonrisa—; pero, como sin duda entenderás, no tiene sentido que mi ahijado te corteje si ya has elegido a tu futuro esposo.

—Por mí puede ahorrarse cualquier tipo de cortejo —replicó Asteria—, porque no voy a casarme. Ni con él ni con nadie.

—¿Tampoco con el Duque Blanco? —quiso asegurarse Camelia.

—¿Qué parte de «no voy a casarme» no has entendido?

—No hace falta ser grosera. No era una pregunta tan descabellada. Se ha hablado mucho acerca de la visita del duque que, si no me equivoco, continúa alojado en este mismo castillo.

—Veo que estás bien informada.

—Es parte de mi trabajo. Asteria suspiró, pero no dijo nada. Camelia aguardó en silencio. Sabía que, si le daba tiempo suficiente, la princesa terminaría por hablar, aunque solo fuera por llenar con palabras el vacío que se abría en su corazón.

—Quizá he esperado demasiado de la vida, del futuro..., del amor —susurró ella por fin—. Deseos y pensamientos que una princesa no puede permitirse. Cuando era más joven leía novelas románticas y soñaba con encontrar al amor de mi vida. Pero, a mi alrededor, mis padres y sus consejeros hablaban de pactos y alianzas... y por eso juré delante de todo el mundo que jamás me casaría por razones políticas.

Ahora comprendo que mis padres me siguieron la corriente y que solo aguardaban a que mi ingenuidad se fuese evaporando con el tiempo. Porque ahora...

—... te están buscando marido, ¿verdad? —adivinó Camelia—. Porque piensan que ya lo has demorado demasiado y, por otro lado, no pueden arriesgarse a que hagas una elección que..., digamos..., no se ajuste a sus intereses. Pero tú sigues esperando a la persona adecuada, ¿me equivoco?

—No —respondió ella a media voz—. ¿Cómo lo sabes? Camelia se permitió esbozar una de sus medias sonrisas.

—Porque es parte de mi trabajo, querida. Y encuentro muy loable tu deseo de casarte por amor, como debe ser. Pero ¿te has planteado que es posible que alguno de tus pretendientes sea, en efecto, la persona adecuada para ti, aunque no se parezca al príncipe perfecto que has soñado? Asteria compuso un gesto de decepción.

—Entiendo. Volvemos otra vez al mismo punto, ¿no es así? Adelante, cántame las loas de tu ahijado. No estoy escuchando.

«Qué dura es», se dijo Camelia. Pero no se rindió.

—¿Sabes cuánto tiempo llevo ejerciendo como hada madrina? Trescientos años, lustro arriba, lustro abajo —continuó, sin esperar respuesta—. Y he visto muchas cosas, princesa Asteria. He conocido a muchos jóvenes deseosos de correr aventuras y de encontrar el amor en alguna parte. Recuerdo un caso en particular... ¿Quieres que te cuente una historia?

Asteria echó un breve vistazo a su dama de compañía, que seguía profundamente dormida, y se encogió de hombros. —¿Por qué no?

Camelia sonrió.

La raíz del conflicto

Vaya —fue todo lo que pudo decir Camelia, sinceramente impresionada—. Es una opción muy... novedosa.

—¿Por qué? —replicó Asteria, desafiante—. ¿Tan extraño es que una reina gobierne un país? —Bueno, las hadas tenemos una reina desde hace milenios. Pero —añadió, atajando el gesto triunfal que afloraba al rostro de la princesa—, el hecho de que no tenga un rey a su lado no significa que no se haya enamorado nunca. Después de todo, hay muchos elfos agradables y apuestos en nuestro reino, y las hadas, al igual que los humanos, no fueron hechas para estar solas. Por otro lado, ¿conoces a algún rey soltero? También a los príncipes se les busca pareja a edades muy tempranas.

—Bien, pues tenemos un problema. Porque yo me niego a casarme por motivos políticos, y tampoco puedo enamorarme a la fuerza. ¿O vas a hechizarme para que caiga en los ardientes brazos de tu ahijado? —preguntó con sorna.

Camelia hizo titánicos esfuerzos para no ruborizarse.

—Claro que no. Solo intento decirte que mantengas abierto tu corazón. No vale la pena obsesionarse con un amor ideal, pero tampoco debes descartar por completo la posibilidad de que puedas enamorarte en un futuro de alguien de carne y hueso.

—Pues hemos llegado a la raíz del conflicto, hada madrina; porque mis padres empiezan a ponerse nerviosos y me presionan para que elija a un pretendiente de inmediato. La única opción que me queda es proclamar que no voy a escoger a ninguno, y que decidan ellos si confían en mí lo suficiente para permitirme gobernar el reino en solitario... o si prefieren desheredarme, con la esperanza de que mi hermana resulte ser menos díscola y se case a su conveniencia.

—Pero si proclamas a los cuatro vientos que no vas a elegir a nadie y en un futuro cambias de idea..., ¿imaginas cuántos príncipes rechazados podrían sentirse insultados por tu actitud? —hizo notar Camelia—. Una situación como esa podría incluso desembocar en una guerra. Cosas más raras se han visto.

Asteria alzó la cabeza, interesada.

—¿En serio? ¿Qué clase de cosas?

—Bien... —Camelia reflexionó—, recuerdo un caso que pasó hace unos ciento setenta años, lustro arriba, lustro abajo, con una princesa que no sabía reír.

Su afligido padre ofreció su mano a aquel que consiguiera arrancarle una carcajada. Muchos lo intentaron, pero no tuvieron suerte. Hasta que dos príncipes rivales iniciaron una discusión, por algún motivo que no recuerdo, mientras aguardaban su turno para ser presentados ante la princesa. Como no iban armados, porque el protocolo así lo exigía, terminaron peleándose a puñetazo limpio en el mismo salón del trono. Acabaron cayendo los dos de cabeza a la fuente de chocolate que se había preparado para la merienda, y aquello le hizo tanta gracia a la princesa que se echó a reír de forma espontánea. Después, claro, los dos príncipes quisieron casarse con ella. El rey optó por echarlo a suertes, pero el perdedor nunca aceptó el resultado. Cosa lógica, por otra parte, pues un rey que plantea una *queste* está obligado a cumplir sus propias condiciones a rajatabla. El asunto desembocó en una guerra larga y sangrienta. — Camelia suspiró—. Hay que tener mucho cuidado con este tipo de cosas.

—¿Qué es una *queste*? —inquirió Asteria.

—Es una variante de la clásica prueba de valor. Se convoca públicamente una especie de concurso que consiste en realizar alguna gran hazaña que implique una larga búsqueda llena de peligros y dificultades. El premio suele estar a la altura del reto, naturalmente: la mitad de un reino, la mano de una princesa o las dos cosas al mismo tiempo. Pero hace ya mucho tiempo que no se hacen este tipo de pruebas.

—¿Por qué?

—Bueno, llega un momento en que los reinos no pueden dividirse más y, por otro lado, las *questes* dispararon los índices de mortalidad entre los aspirantes a héroe, por lo que los reyes optaron por emparejar a sus hijos de una forma más... civilizada.

—Entiendo —dijo Asteria, pensativa—. Bien; te agradezco tus sabios consejos, hada madrina —concluyó finalmente—. Te garantizo que reflexionaré sobre ellos largo y tendido. Camelia no supo qué responder. Tenía la sensación de que, por alguna razón, había salido perdiendo en la conversación; pero no atinaba a deducir por qué.

—Bien —pudo decir al fin—. Me alegro de que hayamos mantenido esta pequeña charla, princesa Asteria. Estoy segura de que, al final, todo acabará bien.

Ella esbozó una amarga sonrisa.— Tu fe en el futuro resulta reconfortante —comentó.

—Debe de ser porque llevo trescientos años trabajando en favor de los finales felices con notable eficacia, querida mía —replicó Camelia—. Buenas noches; quizá volvamos a encontrarnos, o quizá no —concluyó con un elegante movimiento de su varita.

Asteria quiso responder; pero, en aquel momento, su dama de compañía dejó escapar un suspiro y se despertó de golpe.

—¡Oh! Alteza, ¿qué ha pasado? —murmuró, aún amodorrada—. ¿Me he dormido?

Cuando la princesa se volvió para mirar al hada madrina que la había visitado aquella noche, descubrió que había desaparecido.

Como el rocío bajo la luz del alba

Camelia calló. Simón permaneció en silencio unos instantes, tratando de asimilar todo lo que ella le había relatado.

—Entonces... todos esos príncipes encantados de los cuentos... —aventuró.

—La mayoría fueron hechizados por ella, sí —confirmó el hada—. Dentro de lo que cabe, es una buena cosa que terminara por recluirse en este lugar. Recuerdo la época en que iba hechizando a la gente por ahí...; fue sumamente confuso para todos —reflexionó, perdida en sus pensamientos—. Y todo empeoró cuando se supo que el contrahechizo estaba en el beso de una doncella. No era exactamente así, naturalmente; la fuerza no radicaba en el beso en sí, sino en el amor, ya fuera el de una novia, el de una madre o el de una hermana. Pero algunos estaban muy desesperados. Así que las ranas empezaron a rondar los palacios para chantajear a las jóvenes princesas a cambio de devolverles sus juguetes perdidos; los erizos se ofrecían como guías para reyes desorientados a cambio, cómo no, de la mano de una de sus hijas; y los osos husmeaban dentro de cabañas aisladas en las que habitaban jóvenes doncellas.

—Pero algunos de ellos sí fueron desencantados, ¿no?

—Sí, en efecto. Y aquellas historias maravillosas con final feliz se grabaron para siempre en los cuentos y alimentaron los sueños de cientos de jovencitas, que empezaron a buscar por el mundo príncipes perfectos a los que desencantar. Tendían a pensar que cualquier animal parlante era un joven hechizado...

—¿Y... no es así?

—Por supuesto que no —replicó Camelia, que detestaba que la interrumpieran—; o, al menos, no lo era en aquel entonces, cuando los Ancestrales se dejaban ver con mayor frecuencia. En fin —concluyó, con un suspiro pesaroso—, el conflicto podía limitarse a una escena embarazosa en el caso de las ranas; pero casi siempre terminaba en tragedia cuando la doncella descubría que su adorable oso encantado no estaba encantado en realidad. Y de los lobos ya ni hablamos. Por cada lobo parlante que es un príncipe encantado hay por lo menos cien que son lobos de verdad. Y ni todo el amor del mundo es capaz de cambiar esa circunstancia.

—No es eso lo que dicen los cuentos —murmuró Simón, impresionado.

—Naturalmente que no. Nadie quiere escuchar esas historias, porque no tienen un final feliz. Solo se cuentan a veces como relatos de terror, pero no se ponen por escrito. En primer lugar, porque nadie se molesta en hacerlo..., pero también porque tienen más fuerza si se relatan de

viva voz, en una noche oscura, en torno a una hoguera. Claro que la gente suele pensar que, si no está escrito en alguna parte, no puede ser real. Así que estamos en las mismas —finalizó, encogiéndose de hombros.

Simón no dijo nada. Los dos permanecieron en silencio un largo rato, contemplando las llamas danzantes de la hoguera.

—De modo que terminaron todos aquí —dijo el chico finalmente, pensativo—. En el Bosque Maldito.

—Es un sitio peligroso que es mejor evitar —asintió Camelia—, pero resulta mucho más práctico saber que las criaturas que hay aquí sí son personas encantadas, aunque no se trate de príncipes y princesas en todos los casos.

Simón sacudió la cabeza. —Pero, si no son animales de verdad, ¿por qué no nos hablan? —Sucede una cosa curiosa con los Ancestrales y las personas encantadas. Verás, los Ancestrales son animales; siempre lo han sido, y siempre lo serán, por mucho que a veces nos hablen o se muestren ante nosotros bajo forma humana. Pero las personas encantadas olvidan muy fácilmente que una vez fueron humanos. Al principio conservan el habla y el raciocinio y se esmeran en buscar un remedio a su mal; tratan de mantener sus costumbres, de encontrar un hueco entre los suyos..., pero finalmente terminan exiliándose al bosque, voluntariamente o no. Y, tras un tiempo de vivir como animales, sus recuerdos se acaban desvaneciendo como el rocío bajo la luz del alba.

»Los animales de este bosque nos contemplan con añoranza porque les evocamos algo que han perdido; pero no son capaces de recordar de qué se trata. Ya no saben que fueron humanos una vez. Por eso en los cuentos siempre hay un plazo de tiempo para romper el hechizo que pesa sobre alguien que ha sido encantado; porque, una vez que se habitúa a su nuevo cuerpo, pierde sus recuerdos y su conciencia humana, y ya no hay vuelta atrás.

—Es terrible —comentó Simón con un estremecimiento.

—Sí que lo es. Y ahora supongo que entenderás por qué no voy a permitir que termines encantado en este bosque.

No creo que tu princesa estuviese dispuesta a venir aquí para deshacer el hechizo... o, al menos, no en esta etapa de la relación —añadió rápidamente, al ser consciente de pronto de lo duras que habían sonado sus palabras.

Simón, que continuaba sumido en sus pensamientos, no pareció percatarse de ello. Aun así, Camelia se reprendió a sí misma por su desliz. ¿Qué le estaba pasando? No era propio de ella

dudar del futuro éxito de su misión; tampoco debería haberle contado a Simón todas aquellas cosas acerca de brujas, Ancestrales y encantamientos. La experiencia le decía que el exceso de información confundía a los humanos. Cuando sabían algo, ya empezaban a creer que lo sabían todo, y terminaban metiendo la pata incluso más que cuando no sabían nada. Camelia era muy consciente de eso, y siempre había tenido mucho cuidado con lo que contaba a sus ahijados y lo que prefería reservarse para sí.

«Debe de ser el bosque —pensó—. Me pone nerviosa».

También comenzaba a estar cansada, pero se esforzó por no dejarlo traslucir. Las hadas debían dormir para refrescar su magia, de la misma forma que los humanos dormían para recuperar fuerzas. Pero ella no podía permitírselo aquella noche.

—Duerme —le dijo a Simón—. Yo me quedaré despierta para asegurarme de que no te levantas en sueños para ir a buscar setas.

Él sonrió. —¿Estás segura? —Claro. Yo soy un hada, y tú eres un joven aspirante a héroe que necesita dormir y descansar porque mañana se va a enfrentar a una poderosa bruja en su oscuro y lóbrego castillo.

—Ah, bien —comentó Simón—. Gracias, ahora estoy mucho más tranquilo y seguro que dormiré a pierna suelta.

—No me cabe duda —repuso Camelia con una media sonrisa.

No estamos solos

Alcanzaron el castillo al caer la tarde. El trayecto por el bosque se había desarrollado sin novedad, aunque la fuerza del encantamiento aumentaba a medida que se acercaban. Camelia era consciente de ello, pero Simón no lo intuyó hasta que ella tuvo que arrebatarle de las manos un puñado de arándanos que había recolectado a escondidas.

—Ni siquiera me he dado cuenta de que lo hacía —murmuró el muchacho, turbado.
—No te preocupes —lo tranquilizó Camelia—. Dame la mano; así no habrá peligro de que vuelvas a despistarte. Caminaron, pues, prendidos de la mano durante el último trecho; no hubo que lamentar más incidentes, en parte porque Camelia vigilaba de cerca a Simón, en parte porque el contacto con su hada madrina infundía nuevas fuerzas al joven y lo protegía de la influencia del encantamiento.

Por fin, cuando se hallaron ante las inmensas puertas del castillo, cruzaron una mirada.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Simón.

Camelia respiró hondo. Sacó la varita y tocó brevemente con la punta el pesado aldabón de hierro.

La enorme puerta de doble hoja se abrió de par en par con un chirrido inquietante. Simón dio un respingo.

—¡Vaya! —exclamó, maravillado—. Tu magia es muy poderosa, madrina.

Camelia se ruborizó un poco, pero no hizo ningún comentario. Por algún motivo, no le parecía buena idea explicarle que las puertas se habían abierto en aquel preciso momento solo porque la dueña del castillo así lo había decidido. Se volvió hacia su ahijado para mirarlo fijamente.

—¿Estás completamente seguro de que quieres seguir? Simón le devolvió la mirada, interrogante.

—¿Por qué me preguntas eso ahora? Ya sabes que sí.

Camelia dudó unos instantes antes de explicar: —Verás..., puedo protegerte de los lugares encantados por la bruja, pero no estoy segura de poder hacerlo en un enfrentamiento directo con ella. Y temo... —calló de pronto, inquieta.

—¿Temes que acabe transformado en animal? —adivinó Simón.

—Si eso sucediera..., no habría nada que mi magia pudiese hacer para deshacer el hechizo. ¿Eres consciente de eso? —Perfectamente. Aun así, voy a seguir.

El hada seguía dudando. —Pero no tienes objetos mágicos ni has nacido con la marca del héroe. Y, aunque consiguiésemos ese espejo, no te puedo asegurar que lograras con él la mano de Asteria, y mucho menos, su amor.

—Lo sé, madrina, y no me importa. Me basta con que ella sepa que existo y que la amo. Lo demás, lo dejo en sus manos. Cuando le dije que la decisión era suya, incluso si regresaba con el Espejo Vidente, lo decía completamente en serio.

—Lo sé. —Camelia luchó por ignorar el incómodo nudo de angustia que le oprimía el estómago.

—Y, aunque terminara transformado en un ratón —prosiguió él, ajeno a la inquietud del hada—, no me importa pasar el resto de mi vida en una jaula, dando vueltas en una rueda, a cambio de la oportunidad de poder demostrar lo que siento por ella.

Camelia tenía la boca seca.

—No sería una vida muy larga —acertó a comentar—. ¿Sabes cuántos años vive un ratón?

—Sí —respondió Simón, pero no añadió nada más.

Se limitó a quedarse mirando a Camelia, con expresión resuelta, hasta que ella suspiró y cedió por fin.

—Si lo tienes claro..., entremos, pues. Cuando antes terminemos, mejor para todos.

Simón asintió. Ató el caballo a la verja y siguió a su hada madrina, que ya se internaba en el recibidor.

—No parece que viva nadie aquí —susurró, mirando a su alrededor.

Su voz resonó por todos los rincones de la estancia, húmeda, oscura y desangelada. Camelia reprimió un estremecimiento.

—No cometas el error de creer que estamos solos —le advirtió. Simón abrió la boca para responder, pero no tuvo ocasión de hacerlo: súbitamente, la puerta se cerró con violencia tras ellos, sobresaltándolos a ambos. —¿Qué... qué ha sido eso? —balbuceó Simón. —Ya te he dicho que no estamos solos —le recordó Camelia.

El joven temblaba de pies a cabeza, pero tuvo el valor suficiente para mirarla a los ojos y afirmar: —Muy bien, estoy dispuesto. ¿Qué hacemos ahora?

—Iremos a buscar el espejo. Recuerdo haberlo visto sobre un tocador, en una de las habitaciones del ala oeste. Con un poco de suerte, quizá la bruja nos permita llevárnoslo.

Simón se mostró dubitativo. —¿Tú crees? Camelia se encogió de hombros.

—Bueno —dijo—, tiene un montón de objetos mágicos a los que apenas presta atención.

No creo que lo vaya a echar de menos. Pero su voz no sonó tan convincente como a ella le habría gustado. Recorrieron el castillo, acechados por las sombras y el movimiento fantasmal de las cortinas medio raídas que velaban los ventanales y entorpecían el paso de la luz del día. Subieron por la escalera, atravesaron un largo pasillo y torcieron un par de esquinas sin que ningún ser vivo les saliera al paso. Simón empezaba a relajarse cuando Camelia se detuvo de pronto y dijo: —Es aquí.

Entraron en una habitación que antaño había sido elegante, pero que ahora languidecía bajo una tenue capa de polvo y abandono. Hacía mucho que nadie dormía en la gran cama con dosel, entre sus almohadones de plumón, sus sábanas de seda y su cobertor de terciopelo. En una esquina, el espejo del tocador les devolvió una imagen distorsionada de ellos mismos. Simón inspiró hondo, tratando de conjurar el temor que anidaba en su corazón. Camelia se detuvo solo un instante antes de encaminarse, decidida, hacia los objetos que reposaban sobre el mueble.

Su ahijado la alcanzó y contempló, sobrecogido, lo que ella estaba observando. —¿Ese es el espejo? —preguntó a media voz. Camelia asintió. Se trataba de un espejo de mano, de estilo algo barroco, recamado en oro y rematado con perlas. Junto a él reposaban un peine y un cepillo con el mismo diseño; resultaba indudable que los tres objetos pertenecían al mismo juego. El hada frunció el ceño. —¿Por qué hay también un cepillo y un peine? —quiso saber Simón. Camelia estaba preguntándose exactamente lo mismo. Nunca antes se había fijado en que el espejo formaba parte de un conjunto. Pero los tres objetos eran mágicos, no le cabía duda.

—No lo sé, pero no importa; coge el espejo y larguémonos de aquí.

Simón estiró la mano para hacer lo que el hada le había ordenado; pero sus dedos apenas habían rozado el objeto cuando una voz resonó tras ellos: —Vaya, vaya, vaya...; qué decepción. Yo que creía que veníais a hacerme una visita de cortesía... y resulta que no sois más que una vulgar pareja de ladrones.

Un terrible malentendido

Por el camino avanzaba otro grupo de jinetes, encabezados por el capitán de la guardia real de Vestur... y la princesa Asteria, montada sobre la grupa de Niebla.

El desconcierto se reflejó en el rostro del Duque Blanco tan solo un instante antes de que compusiera un cortés gesto conciliador.

—Alteza —saludó con una exquisita reverencia; hasta su caballo inclinó la cabeza con galantería ante la heredera de Vestur—. Qué agradable sorpresa encontraros tan... lejos de palacio.

Asteria alzó la barbilla y lo ignoró por completo para dirigirse al chambelán. —¿Qué significa esto? ¿Qué pretendíais hacer con estas personas?— Camelia había retrocedido, tratando de pasar desapercibida, en cuanto detectó a la princesa entre los recién llegados. Consideró brevemente la posibilidad de desaparecer o volverse invisible; pero era demasiado tarde para hacerlo sin llamar la atención de todo el mundo, por lo que confió, simplemente, en que Asteria no la reconociera. Después de todo, aquel día vestía ropas sencillas y llevaba las alas bajas para que los humanos las confundieran con una prenda más de su indumentaria.

Si Asteria la identificó como el hada madrina que la había visitado en sus aposentos varias noches atrás, desde luego no lo dejó traslucir.

—Su Alteza Real... —farfulló el chambelán, inclinándose ante ella—. Estamos persiguiendo a un ladrón de caballos. Nada por lo que debáis molestaros.

Ella enarcó una ceja.

—¿De veras? Juraría que ese joven al que acorraláis junto al camino es el caballero real. Es cierto que está un poco más sucio y desaliñado de lo que suele ser habitual en él..., pero no ha cambiado tanto para no poder identificarlo —añadió con mordacidad.

El chambelán enrojeció.

—Alteza, veo que conocíais a este ladronzuelo; es cierto que es el caballero real, pero abusó de vuestra confianza y de la de Su Majestad, el rey, apropiándose de uno de los animales de las cuadras.— ¿Os referís a ese caballo que lleva de la brida? ¿El mismo que yo, personalmente, le di permiso para llevarse?— Simón dio un respingo y se quedó mirando a Asteria, sin comprender lo que estaba pasando. Pero Camelia atrapó la oportunidad al vuelo.— Es lo que

estábamos tratando de explicar a estos señores, alteza —terció—: que Simón se llevó el caballo contando con vuestra autorización explícita. Detectó un brillo divertido en las pupilas de Asteria y comprendió que sí la había reconocido. Los motivos por los cuales se había presentado allí tan oportunamente para salvar a Simón con una mentira tan descarada se le escapaban por completo; pero no pensaba desaprovechar la ocasión de pararle los pies al duque y al chambelán. La princesa dejó escapar un sentido suspiro y movió la cabeza con desaprobación. —Ay... me temo que todo esto ha sido un terrible malentendido. Probablemente debí informar al personal de las caballerizas sobre el préstamo del animal..., pero confieso que no creí que las cosas llegarían a confundirse de este modo. Porque imagino que vos, como chambelán, estaríais sin duda al tanto de que Simón dejó instrucciones precisas a su sustituto para que las cuadras del palacio siguiesen funcionando a la perfección durante su ausencia. ¿Qué ladrón se tomaría la molestia de hacer algo así?

—Uno muy astuto, alteza —terció el duque amablemente. Asteria lo miró con fijeza.— ¿Acaso estáis insinuando que miento? —inquirió con frialdad.— De ninguna manera, princesa. Pero temo que este bribón haya tratado de engañaros... ¿... para arriesgar el cuello robando el caballo menos valioso de los establos reales? Si fuese tan astuto como decís, sin duda a estas alturas ya habría huido muy lejos de Vestur... en lugar de regresar al reino por el camino principal.

El chambelán sacudió la cabeza, confundido.— Todo esto es muy irregular, alteza.— Lo sé, pero prometo enmendarlo: he decidido regalar este caballo al joven Simón, caballero real de palacio, para que no haya lugar a dudas. Chambelán: en cuanto regresemos a casa, enviadme al canciller para que registre mi orden por escrito y le imprima el sello real.

Simón se había quedado sin palabras. Su madrina habló por él.

—Eso es muy generoso por vuestra parte, alteza. Os lo agradecemos profundamente.

Asteria esbozó una leve sonrisa.

—No me cabe duda —comentó—. Hablaremos más tarde, caballero mayor. En cuanto a vos, señor duque —añadió, volviéndose hacia su invitado—, estoy convencida de que mi padre estará muy interesado en saber qué os hizo pensar que dar caza a los ladrones de Vestur entraba dentro de las obligaciones de un invitado de honor de la casa real. ¿No os parece, capitán?

—Ciertamente —respondió el capitán de la guardia con gesto adusto.

—No pretendía interferir en vuestros asuntos —se justificó el duque con una cortés sonrisa de disculpa—. Partí de viaje en una búsqueda que se planteaba larga e incierta... y se dio la

circunstancia de que me encontré con vuestro chambelán por el camino.

—Qué oportuna coincidencia —comentó Asteria con acidez—. Bien, en tal caso... no os entretendremos más. Proseguid con vuestra búsqueda, señor duque. Sin duda será larga e incierta —concluyó con una sonrisa traviesa.

El semblante del duque se ensombreció. Camelia detectó el peligro, pero no estaba en situación de advertir a la princesa..., al menos no en aquel momento.

«¿A qué estás jugando, Asteria?», se preguntó, inquieta.

Agua clara y limpia

Simón, no obstante, le pareció un bosque perfectamente normal. Demasiado silencioso quizá, pero no hasta el punto de resultar siniestro. A simple vista no se apreciaba que estuviese habitado por monstruos, ogros o duendes. Todo parecía plácido y tranquilo; hasta los animales se mostraban más mansos de lo habitual. Liebres, ardillas y venados se quedaban mirándolos desde la espesura, con calma y con cierta tristeza; pero corrían a ocultarse en cuanto Simón trataba de acercarse a ellos y, por otro lado, Camelia no le permitió cazar allí.

El joven podía entender, hasta cierto punto, que su hada madrina manifestase una cierta afinidad con los seres del bosque, y en cualquier caso se alegró de haber cargado sus alforjas con víveres para varios días, tal y como ella le había sugerido.

Lo que le resultaba completamente incomprendible era aquel asunto de los arroyos.

—¡Ni se te ocurra! —bramaba ella cuando lo pillaba inclinándose sobre un remanso para beber. La primera vez, Simón dio un respingo y alzó la cabeza con gesto culpable. A la tercera, se volvió hacia Camelia, irritado.

—Pero ¿por qué? Estoy harto de beber agua embotellada. Ya empieza a tener un sabor algo rancio, ¿sabes? Vamos, mira el arroyo; es agua clara y limpia.

—Está encantada —replicó ella lacónicamente.^[SEP] Simón dejó escapar un resoplido de frustración.^[SEP] —Eso mismo has dicho de todos y cada uno de los cursos de agua con que nos hemos topado. No puede ser que todos estén encantados, ¿verdad?^[SEP] Camelia se limitó a asentir con energía.^[SEP] —Pero yo... —empezó Simón; se interrumpió al ser consciente de lo que estaba a

punto de decir—. Pero yo... me muero por beber —concluyó, desconcertado—. Y llevo agua en las alforjas —añadió, frunciendo el ceño.

—Exacto.^[SEP] El joven contempló el arroyo con aprensión.

—¿Qué puede pasarme si bebo?^[SEP] —Nada bueno, así que la conclusión es obvia: no bebas.^[SEP] Simón sacudió la cabeza.^[SEP] —No, no, no, eso no me vale. Madrina, no basta con que me digas lo que debo o no debo hacer. Yo quiero saber por qué.^[SEP] —¿Es que no te fías de mí?^[SEP] —Claro que sí. Pero tengo que aprender a decidir por mí mismo. Y jamás seré capaz de tomar las decisiones acertadas si me falta información.

Si me hubieses dicho desde el principio que todos los arroyos del bosque están encantados, no

habrías tenido que enfadarte conmigo cada vez que he intentado beber agua de uno de ellos. Porque yo mismo habría llegado a la conclusión de que no era una buena idea. ¿Comprendes? —Bueno, sucede que a veces explicas las cosas y la gente no te escucha —replicó Camelia, irritada—. ¿Crees que no lo he probado antes? «Cuidado, no sigas por ese camino, conduce a la cueva de un ogro»; «Cuidado, esos caballos están hechizados, así que no elijas el corcel negro, mejor escapa en el viejo jamelgo»; «Cuidado, no entres en esa posada, por muy cansado que estés, porque no volverás a salir jamás»; «Cuidado, no te fíes de su belleza, porque no es humana, aunque lo parezca» —recitó—. ¿Crees que me han hecho caso? «Bah, qué sabrá mi madrina del mundo real; es más fácil ir por el camino más corto, es evidente que el corcel corre más que el jamelgo, es absurdo dormir al raso teniendo una buena posada a mano, es insultante lo que está insinuando acerca de mi dulce prometida».

Se detuvo un momento para tomar aire y trató de calmarse un poco. Se dio cuenta entonces de que Simón la observaba, perplejo, y se ruborizó levemente.

—Lo siento —farfulló—. Supongo que no es culpa tuya que algunos de los ahijados que he tenido no fueran demasiado perspicaces.

—Bueno —respondió el joven lentamente—, dame un voto de confianza, ¿de acuerdo? Seguro que también habrás topado con gente capaz de comportarse de forma razonable si les explicas las cosas, así que... ¿qué tal si me cuentas qué pasa con el arroyo encantado?

Camelia tardó unos instantes en responder. Se sentó sobre una roca plana y hundió la mirada en aquellas aguas rumorosas, cristalinas y fatalmente tentadoras.

—De acuerdo —accedió al fin—. ¿Recuerdas a los animales que hemos visto en el bosque? —Simón asintió—. Pues no son animales en realidad. O quizá sea más adecuado afirmar que no lo han sido siempre.

Simón tardó apenas unos instantes en comprenderlo. Cuando lo hizo retrocedió de un salto y se alejó del arroyo, alarmado.^[1] —Entonces... —murmuró, temblando—, me has salvado la vida.^[2] —La vida, no —puntualizó el hada—. Habrías seguido viviendo, aunque bajo la forma de un animal. Digamos que estoy salvando tu humanidad, si quieres entenderlo así.

Súbitamente, Simón se inclinó junto a ella y la tomó de las manos, con los ojos brillantes.

—Muchísimas gracias —exclamó con efusividad—. Si no llega a ser por ti... si hubiese venido al bosque yo solo... jamás habría vuelto a casa.

—Bu-bueno —balbuceó Camelia, desconcertada y ruborizada—. No tiene importancia. Es lo que hacemos las hadas madrinas, después de todo.

Simón le soltó las manos y le dedicó una deslumbrante sonrisa mientras el corazón de Camelia latía con fuerza.

—Aun así, te lo agradezco —insistió—. No es que me hiciera especial ilusión pasar el resto de mi vida en... Espera... Si no hubieses evitado que bebiera..., ¿en qué me habría convertido?

Camelia recuperó por fin la compostura y se encogió de hombros.

—No lo sé; tal vez en un ciervo, o puede que en un pajarillo o en una comadreja. Su creatividad en ese sentido parece no conocer límites —añadió con cierto sarcasmo.

Simón se quedó mirándola.

—¿Quieres decir... que alguien ha encantado todos los arroyos del bosque a propósito?

—Oh, sí. Y las bayas, y los frutos de los árboles, y cualquier cosa que te apetezca comer. Me refiero, claro está, a la dueña del castillo al que tan alegremente nos encaminamos —aclaró.

Simón se estremeció.^[SEP]—Pero ¿quién... de quién estamos hablando?^[SEP]—De una bruja, por supuesto. Quieres saberlo todo, ¿verdad? Bien, pues voy a contarte una historia. Pero, antes de sentarte a escucharla, apártate de ahí y bebe de la alforja; no quiero tener que interrumpirme a mitad para rescatarte porque te ha dado por tirarte de cabeza al agua.

Simón obedeció, todavía pálido. Pero Camelia optó por avanzar un poco más; solo cuando dejaron atrás el arroyo, y tras montar el campamento, ella comenzó a relatar su historia: —Hubo una vez una bruja que se enamoró de un apuesto príncipe. Él, naturalmente, estaba comprometido con una bella princesa, y la rechazó con cajas destempladas. Ella no se lo tomó nada bien; de modo que lanzó un hechizo sobre el príncipe y lo transformó en un horrible monstruo...

—Esta historia ya la conozco —interrumpió Simón—. Tiempo después llegó a su castillo una joven de buen corazón, que se enamoró de él a pesar de su aspecto y...

—No —cortó Camelia, molesta—. Conoces la historia del príncipe monstruoso y de la hermosa joven que deshizo el hechizo. Pero ellos son solo personajes secundarios del cuento que estoy relatando. ¿Acerca de quién trata esta historia?

—De la bruja —recordó Simón. —Exacto.

Un poco de fe

No puedes estar hablando en serio —protestó el hada, un rato más tarde.

Los guardias habían encerrado a Simón de nuevo en el calabozo. El capitán había advertido a Camelia que le permitiría estar unos momentos a solas con su ahijado, pero que después tendría que marcharse. Le devolvería la varita cuando se hallase fuera del recinto del palacio. Camelia se había mostrado de acuerdo; aunque no necesitaba la varita para rescatar a Simón de su encierro, tenía un gran valor sentimental para ella y deseaba recuperarla. El problema era que, con varita o sin ella, Simón no tenía la menor intención de dejarse rescatar.

—Es lo que necesitaba, ¿no lo entiendes? —insistió el muchacho—. Una prueba de valor. Imagina que consigo matar al monstruo. No estamos hablando de una criatura cualquiera, ¿comprendes? Se trata de un reto que ni siquiera el duque ha superado. Si salgo vencedor, demostraré a Asteria, a sus padres y al mundo entero que soy digno del amor de una princesa. —Eres digno de todos modos, Simón —suspiró Camelia—. Y ella lo sabe. No necesitas suicidarte para demostrarlo.

—¡Ten un poco de fe! —se quejó el joven—. ¿Y si realmente logro matar a ese monstruo? Podría suceder, ¿no es así?

—Despierta, Simón. No posees poderes mágicos ni objetos encantados. Por el amor de Melusina, si ni siquiera sabes luchar.

—Pero te tengo a ti. Porque me ayudarás, ¿verdad? —Claro que te ayudaré. Pienso sacarte de aquí y llevarte bien lejos... —¿Cómo? Se han quedado con tu varita...

—No importa, tengo una de repuesto. Pero Simón sacudió la cabeza. —No, madrina, no puedo. Si existe una posibilidad de seguir luchando por Asteria...

Camelia no pudo contenerse por más tiempo.

—¿Hasta cuándo vas a seguir insistiendo? —le espetó—. ¿No se te ha ocurrido pensar que tal vez es ella la que no es digna de ti?

Simón la miró espantado, como si hubiese proferido la más horrible de las blasfemias.

—¿Cómo... cómo puedes hablar así de Asteria? —balbuceó. Camelia suspiró.

—Mira, no dudo de tus sentimientos, porque los has demostrado con creces —

explicó, conciliadora—. Pero, cuando amas a una persona..., no permites que corra tantos riesgos. Y ella..., bueno, ella podría haberte evitado todo esto. A veces, cuando alguien te importa de verdad..., lo mejor que puedes hacer es renunciar a él y dejarlo marchar.

—No, madrina —replicó Simón—. Soy yo quien quiso quedarse. No era una decisión que ella pudiese tomar por mí. Camelia no replicó, pero su expresión denotaba claramente que no estaba de acuerdo con él. —¿Existe alguna posibilidad de que cambies de idea? —preguntó sin embargo. —Rotundamente no. Prefiero morir enfrentándome a la bestia que ejecutado como un vulgar criminal.

—Bueno, una muerte en combate puede ser larga y dolorosa —opinó Camelia—, pero puedo entender que no te haga especial ilusión la idea de colgar en la horca al amanecer. —Se estremeció solo de imaginarlo—. Pero podrías escapar. Di una sola palabra y te llevaré lejos de aquí. Te pondré a salvo...

—No, madrina. Si de verdad quieres ayudarme... —Simón se detuvo un instante y suspiró profundamente—, dime cómo puedo derrotar al monstruo.

Ella frunció el ceño, pensativa. —Ni siquiera sé de qué monstruo se trata —confesó—. No es lo mismo un ogro que una mantícora o un dragón. La estrategia a seguir es totalmente diferente en cada caso. Pero —añadió, antes de que Simón tuviera ocasión de replicar—, conozco a alguien que nos puede orientar al respecto. Iré a preguntarle, ¿de acuerdo? Volveré en cuanto pueda. —¿Te marchas? Ella asintió. —He de hacerlo. Tengo que preparar esta empresa de locos y, por otro lado, ahora que saben que soy un hada no permitirán que me quede a tu lado mucho tiempo. Al menos, no mientras seas prisionero del rey. —Entiendo —murmuró Simón—. Pero... ¿podrías hacerme un favor? ¿Podrías...? —dudó un instante antes de concluir la frase—. ¿Podrías ir a visitar a Asteria y decirle... despedirte de ella en mi lugar?

—Claro que sí —suspiró Camelia, aunque no tenía la menor intención de hacerlo; bastantes problemas le había dado ya a Simón aquella princesita caprichosa y egoísta—. Pero tú, mientras tanto, no hagas ninguna tontería. Lo más probable es que me reúna contigo en la linde del bosque, así que, si me retraso, espérame. Y, sobre todo —concluyó, levantando el índice con tono admonitorio—, que no se te ocurra, bajo ningún concepto, adentrarte en él sin mí.

Marido y mujer

Cuando Simón entró en la alcoba, Asteria estaba amamantando a su hija. Se había obstinado en hacerlo ella misma, en contra de lo que dictaba la costumbre, porque no se fiaba de las amas de cría. Tampoco confiaba en nadie más que en su propia madre y en Fidelia, su doncella más leal; y hasta había seleccionado personalmente a los hombres de su guardia, que ahora aguardaban en el pasillo, a una distancia respetuosa, para dejarle intimidad. Además de su marido y de sus padres, Asteria no permitía que nadie más entrase en sus aposentos; ni siquiera su hermana Delfina, a quien aún no había perdonado la indiscreción que casi le había costado la vida al padre de su hija. Y su ansiedad no se reducía con el paso de los días. Muy al contrario, se angustiaba todavía más al leer la incomprensión en el rostro de sus seres queridos. Incluso Simón estaba comenzando a relajarse, y Asteria opinaba que aquello era un grave error. No debían confiarse jamás. No cuando se trataba de *ella*.

Alzó la mirada para contemplar al joven, que se había detenido junto a la puerta. Simón había cambiado mucho desde su nombramiento como Duque Blanco. En aquellos últimos meses, y en especial desde su boda, se había esforzado por aprender todo lo que un noble de su categoría debía saber. Todavía conservaba un atisbo de aquellos andares toscos y hablaba con un leve acento pueblerino, pero sus modales habían mejorado notablemente, y su forma de vestir, aunque jamás alcanzaría la elegancia de su predecesor, podía calificarse como aceptable. Por alguna razón, también él iba siempre ataviado de blanco. Le había explicado a Asteria que era lo que sus vasallos esperaban de él. A ella no le parecía mal; después de todo, encontraba muy atractivo el intenso contraste que ofrecía su cabello negro con aquellas ropas blancas.

En aquel momento, sin embargo, no estaba de humor para fijarse en los encantos de su marido. —¿Cuándo pensabas decírmelo? —le reprochó, antes incluso de que él pudiese abrir la boca para saludarla. Simón se encogió de hombros. —Ibas a enterarte de todas formas —hizo notar. —¿Cómo no iba a enterarme? ¡Se trata de mi hija!

Simón cerró la puerta tras de sí y avanzó con calma hasta ella. —También es mi hija, Asteria. Pero, dime, ¿pretendes que se quede sin bautizar? Ella reflexionó, sorprendida.

Hasta ese mismo momento no se había planteado aquella cuestión.

—No... —murmuró—. Por supuesto que no. —Entonces ¿cuál es el problema?

—Podríamos organizar un bautizo privado —protestó Asteria—. En realidad, ni siquiera haría falta sacarla de esta habitación. Bastaría con llamar a un sacerdote y... —Asteria —cortó él, con

cierta impaciencia—, eres la heredera de Vestur. Yo no entiendo mucho de estas cosas todavía, pero sí sé lo que el pueblo espera de nosotros con respecto a nuestra hija. El bautizo no es solo un bautizo: es la presentación de Felicia en sociedad. —¿Y por eso piensas enviar invitaciones a todas las cortes del mundo? —replicó ella con amargura—. ¡Ni siquiera estoy segura de que tengamos suficientes platos para todos en la vajilla!

Simón frunció el ceño, evocando sin duda las interminables filas de piezas de porcelana que se guardaban en los aparadores del castillo.

—Yo juraría que... —empezó, pero Asteria lo interrumpió, irritada:

—¡No estamos hablando de platos! —Ah, ¿no? —¡No! Se trata de los asistentes, Simón. ¿Es necesario invitar a tanta gente? —Eso en realidad ha sido idea de tu madre —admitió Simón—. Ella ha elaborado la lista. —Pero no podemos exponer a Felicia a semejante riesgo. Durante la celebración habrá muchos desconocidos en la sala. Cualquiera de ellos podría llevársela en un descuido. —Vigilaremos todos los accesos, Asteria. Reforzaremos la guardia... —¡No será suficiente! *Ella* tiene poderes mágicos, ¿recuerdas? Simón respiró hondo. —Ya hemos hablado de esto otras veces. Fue solo un arrebato; por supuesto que no va a llevarse a nuestra hijita. Es un hada madrina, está en el mundo para ayudar a la gente.

—Yo vi cómo te miró, Simón. Fue algo más que un arrebato. Ni siquiera parecía ella misma. Simón no replicó. Habían mantenido aquella discusión en otras ocasiones y ya había aprendido que no valía la pena continuar con ella porque, cada vez que hablaban del tema, ambos se limitaban a repetir los mismos argumentos una y otra vez, sin avanzar un solo paso en una u otra dirección.

—Bueno —concluyó—, de todos modos la organización del bautizo está en marcha, la lista de invitados ya está confeccionada...

—¡Sin mi consentimiento!

—Sin tu conocimiento —corrigió Simón con suavidad—.

Pero estoy seguro de que le habrías dado el visto bueno. Si no hemos contado contigo es porque... bueno, porque tenías que recuperarte. —Estoy perfectamente recuperada, muchas gracias —informó Asteria con frialdad—. Y en cuanto a las invitaciones... lo siento, pero no doy mi aprobación. Simón arrugó el entrecejo.

—¿Nos hemos olvidado de alguien, acaso? Tienes un árbol genealógico un tanto complicado, la verdad, así que es posible que...

—No —interrumpió Asteria de nuevo—. Lo que ocurre es que sobra gente. Mucha gente, pero especialmente todas las que son como *ella*.

Simón tardó unos instantes en comprender lo que quería decir.

—¿Te refieres a las hadas? Pero hay que invitar a todas las hadas del reino, Asteria. Es la tradición. Ya hubo una en nuestra boda, ¿recuerdas? Y no pasó nada malo. Y en cuando a *ella*..., bueno, ni siquiera se presentó —añadió en voz baja.

—¡E hizo muy bien! —estalló la princesa entonces—. No la queremos aquí. Y, por descontado, no vamos a invitar al bautizo de nuestra hija a la misma criatura que ha amenazado con secuestrarla.

Simón no respondió enseguida. Una parte de él sentía remordimientos por no haber contado con su antigua hada madrina. Era consciente de que, sin su magia y sus consejos, nunca habría obtenido el título de Duque Blanco y la mano de Asteria; sin ella, en definitiva, jamás habría llegado a ser otra cosa que un triste mozo de cuadra. Pero también recordaba el pacto que le había obligado a establecer aquella aciaga noche. Y, aunque no creía en el fondo que el hada fuese a cumplir su promesa, Asteria había plantado en su corazón las semillas del miedo y de la duda.

—Nos salvó la vida, Asteria —le recordó Simón—. Mató al lobo...

—Deberíamos empezar por preguntarnos quién nos llevó a aquella situación, en primer lugar. El joven duque no dijo nada. En su memoria aleteaba ominosamente el jirón de una capa roja. Sacudió la cabeza, resistiéndose aún a creer que su hada madrina pudiese ser tan retorcida. Aun así, hacía tiempo que había decidido que lo mejor para todos sería extirparla de sus vidas para siempre. Por el bien de su hija y la tranquilidad de su esposa.

Y... por si acaso.

—De todas formas —murmuró—, el hecho de que no viniera a nuestra boda quizá signifique que no vamos a volver a verla nunca más —añadió, esperanzado.

Lo cierto era que no se percató en su momento de la ausencia de su hada madrina. Tras su aventura en el bosque, los acontecimientos se habían precipitado. Los caballeros del Duque Blanco le habían jurado fidelidad, instándole a tomar posesión del título cuanto antes, dado que el anterior duque había muerto sin descendencia. Las primeras semanas habían resultado caóticas: tanto que aprender, tanto que asimilar, tanto que organizar...

Después, se había presentado en Vestur para solicitar formalmente la mano de la princesa. Lo había sorprendido la rapidez con que los reyes habían aceptado su petición; era consciente de

que las noticias sobre su hazaña corrían de boca en boca, despertando la admiración de los habitantes del ducado, y también de Vestur y los reinos vecinos. Parecía claro que los vesturenses no verían el cambio de prometido con malos ojos, y poco les importaba que Simón no fuese de sangre noble; su juventud, apostura y valentía, por no hablar del título y las tierras que acababa de obtener, bastaron para despertar las simpatías del pueblo y hacer caer a su predecesor en el olvido. No obstante, el joven jamás habría imaginado que los reyes lo verían del mismo modo. Hasta el último momento creyó que las cosas se torcerían, que cambiarían de opinión o le confesarían que todo había sido un terrible error..., porque, por descontado, un caballero no podía aspirar a obtener la mano de una princesa. Solo cuando ambos salieron juntos de la iglesia, ya como marido y mujer, Simón asumió que era cierto, que su sueño se había hecho realidad... y solo entonces se acordó de su hada madrina. La boda se había organizado con sorprendente celeridad, y su vida había dado tal vuelco en las últimas semanas que, para hacer honor a la verdad, Simón no había tenido tiempo de pensar con calma en todo lo que ello implicaba. Se preguntó entonces si detrás de aquel casamiento tan precipitado no estaría la mano de su madrina, y se sintió culpable por no haber pensado siquiera en invitarla personalmente. Vio al hada rubia en el banquete, la primera madrina que había tenido, que fascinaba a todos los presentes con sus alas cristalinas, su varita mágica y su vestido centelleante, pero no se atrevió a preguntarle por el hada del sencillo traje verde, aquella que lo había acompañado en sus aventuras y lo había ayudado a convertirse en el esposo de la princesa Asteria.

Tiempo después se enteró de que, en realidad, lo que había llevado a los reyes de Vestur a aceptarlo como yerno no habían sido las habilidades de su hada madrina, sino el hecho público y notorio de que ambos jóvenes habían pasado una noche en el bosque, solos. Por descontado, que Simón hubiese heredado el título, las propiedades y las riquezas del Duque Blanco también había sido un aspecto determinante en su decisión.

Una vez pasado todo el trajín de la boda, e instalados ya en su nuevo hogar en el ducado, la pareja acabó por olvidarse de la extraña madrina de Simón. Pero, poco después, Asteria descubrió que estaba embarazada... y evocó aquella noche, meses atrás, en que el hada había matado al Lobo Ancestral a cambio del primer hijo que trajesen al mundo.

Simón estaba convencido de que ella exageraba; pero Asteria insistió en regresar a Vestur, al castillo de sus padres, para dar a luz, porque allí, según decía, se sentía más segura. Sin embargo, su inquietud aumentó con el nacimiento de Felicia, hasta el extremo de que las

primeras noches no durmió, temiendo que en cualquier momento el hada regresara para llevarse a su hijita.

—¿Por qué razón querría *ella* venir a nuestra boda? —planteó entonces Asteria, devolviéndolo a la realidad—. Felicia no había nacido todavía; no había nada que pudiera interesarle. Pero el bautizo... ah, el bautizo es una cosa muy distinta.

Simón se sintió herido e inquieto al mismo tiempo. No le gustaba que su esposa tuviese tal concepto de su hada madrina; pero, por otra parte, le aterrorizaba la simple posibilidad de que ella tuviese razón.

Tomó asiento a su lado y la rodeó con los brazos, tratando de calmarla.

—No pasa nada —le aseguró—. No vamos a invitarla. Los guardias no la dejarán entrar. — Reflexionó un tanto y añadió—: Ni a ella, ni a ninguna otra criatura con extraños poderes. Así que eliminaremos a las hadas de la lista de invitados, ¿de acuerdo? A todas ellas.

Asteria asintió, reticente, pero Simón pudo leer en su rostro lo que pensaba en realidad: «Como si eso pudiese detenerla».

Asuntos sin resolver

El palacio de Orquídea estaba situado en lo alto de un pico montañoso coronado de nubes. Era todo lo que cabría esperar de un palacio habitado por las hadas, o al menos eso pensaban los mortales que habían tenido la fortuna de visitarlo alguna vez.

Pero lo cierto era que la única hada que vivía allí era la propia Orquídea. Su hogar, en contra de lo que se creía, estaba situado muy lejos del país de las hadas. Después de todo, las hadas madrinas debían habitar entre los humanos para poder atender mejor a sus ahijados.

Mantener aquel palacio requería un esfuerzo mágico notable, pero Orquídea estaba acostumbrada y, por otro lado, consideraba que su labor resultaba más eficaz si cuidaba mucho aquel tipo de detalles. Había frecuentado a los mortales bastante más que sus compañeras, y sabía hasta qué punto se dejaban seducir por las apariencias. La mayor parte de las veces, opinaba, sus ahijados no precisaban de su magia en realidad; solamente necesitaban creer que contaban con ella.

Aquella tarde, no obstante, su palacio iba a recibir una visita especial, por lo que se esmeró mucho en engalanar los salones en los que atendería a sus invitadas. Por primera vez en mucho tiempo, no sería la única hada que recorrería aquellos pasillos.

Le costaba recordar cuándo había sido la última vez que le había tocado organizar la reunión de las hadas madrinas. Antes era sencillo calcularlo: había siete hadas, y eran siete los años que transcurrían entre una reunión y la siguiente; de modo, que, cuando despedía a sus amigas al finalizar la velada, sabía que volverían a encontrarse todas allí cuarenta y nueve años después. Pero, desde que el grupo había comenzado a reducirse, los turnos saltaban con mucha rapidez. Suspiró mientras terminaba de adornar la mesa en la que había colocado siete servicios, como tenía por costumbre. En realidad, en aquella ocasión la anfitriona debería haber sido Azalea..., ¿o tal vez Dalia? Orquídea no lo recordaba. Sí sabía que la última reunión, aquella en la que la propia Dalia se había despedido para regresar al país de las hadas, había tenido lugar en la humilde casita que Camelia mantenía en lo profundo del bosque.^[...] Ahora Camelia vivía en un lúgubre castillo rodeado de espinos.^[...] Orquídea inclinó la cabeza, pensativa. ¿Habían pasado ya siete años? Qué deprisa transcurría el tiempo cuando una frecuentaba a los mortales.^[...] Terminó de preparar la sala y, antes de que se diera cuenta, sus amigas estaban ya llamando a la puerta. Orquídea las hizo pasar; Lila entró la primera y dejó su varita en el suelo

del vestíbulo, cuidadosamente apoyada contra una columna. Gardenia le tendió la suya a la anfitriona para que le evitara a su dolorida espalda la tortura de tener que agacharse.

Orquídea contempló las tres varitas alineadas, y recordó con nostalgia la época en que eran siete. Pero no formuló aquel pensamiento en voz alta.

Inusualmente silenciosas, Lila y Gardenia siguieron a su compañera hasta el salón donde ya las aguardaba una exquisita merienda, elegantemente dispuesta sobre un mantel de seda bordado con hilos de oro.

—No tendrías que haberte molestado, Orquídea —murmuró Lila, contemplando la mesa—. Ya sabías que solo íbamos a ser nosotras tres. Y en algún momento habrá que asumirlo, ¿no? Orquídea restó importancia al asunto con un gesto displicente.

—¡Oh, pero si no es molestia! —exclamó, risueña—. Ya sabéis que me encanta mimaros cuando venís de visita. Además —añadió, bajando la voz—, Camelia también solía poner siete platos. Lila abrió la boca para decir algo, pero finalmente cambió de idea y se limitó a asentir, conmovida.

Gardenia ya había tomado asiento y masticaba lentamente una pasta con forma de corazón. Orquídea sonrió, condescendiente, y ella y Lila se sentaron también.

Durante un rato, hablaron de las cosas que les habían sucedido en los años anteriores. Historias de sus ahijados, relatos divertidos, entretenidos y con final feliz. Pero cuando se les acabaron las anécdotas, un largo e incómodo silencio se abatió sobre ellas.

—Tenemos que hablar de Camelia —dijo entonces Lila, sin poder callarse por más tiempo.

—Sí, sí —convino Gardenia con placidez—. Camelia es una buena chica. Aunque anda siempre demasiado atareada.

—Por supuesto —concedió Orquídea automáticamente—. ¿Qué quieres que hagamos? —le preguntó a Lila—. No ha salido de ese castillo en seis años. Ni ella, ni la niña que se llevó, si es que sigue viva.

Lila se estremeció.^[SEP]—No digas esas cosas.^[SEP]—¿Por qué? Eras tú la que quería hablar de Camelia, ¿no es cierto? Pues hablemos —concluyó, desafiante.^[SEP]Lila vaciló y optó por abordar la cuestión desde otro ángulo.^[SEP]—¿Qué sabes de sus antiguos ahijados?^[SEP]Orquídea suspiró.^[SEP]—Uf... tuvo tantos... —se quejó—. Resulta difícil seguir la pista a todos ellos. Pero, la verdad, dejó muchos asuntos sin resolver. Podría haber pensado en eso antes de convertirse en la Emperatriz de las Espinas —comentó con cierto resquemor.

—¿Asuntos sin resolver? —repitió Lila—. ¿Te refieres a Simón?^[SEP]—Su Majestad el rey Simón

de Vestur —corrigió Orquídea.^[11]_[SEP]—Ah, es cierto. Fue una lástima lo del viejo rey Leobaldo.^[11]_[SEP]—Me hubiese gustado presentar mis condolencias a la familia —siguió parlotando Orquídea—, pero no nos invitaron a las exequias. Ni tampoco a la coronación de Simón y Asteria. Parece que en Vestur han decidido que las hadas ya no somos bienvenidas —concluyó, con una mueca de disgusto.

—No es de extrañar; al fin y al cabo, Camelia todavía tiene a la princesita en su poder —murmuró Lila.

—¡No comprendo su obsesión con esa niña! Sobre todo teniendo en cuenta que dejó al resto de sus ahijados sin protección. ¿Cómo se le ocurriría emparejar a Verena de Rinalia con ese príncipe holgazán?

—Dicen que Alteo ha cambiado mucho desde que se casó con ella —apuntó Lila con cierta timidez—. Que es mucho más... enérgico.

—Ya puede serlo —replicó Orquídea desdeñosamente—. Si se ha embarcado en una guerra por los derechos de sucesión de Rinalia, desde luego no la resolverá quedándose en la cama hasta el mediodía.

—¿Es cierto eso que dicen... acerca de la princesa Verena? ¿Es verdad que no puede tener hijos? Orquídea asintió con gravedad.

—Su tío le envió un melocotón envenenado cuando estaba embarazada —explicó en voz baja—. Perdió al bebé, y desde entonces no ha vuelto a quedarse en estado.

—Oh, no —susurró Lila, horrorizada—. ¿Cómo pudo hacer algo así?

—Desde luego —convino Gardenia con gravedad—. ¡Un melocotón! ¿Dónde se ha visto eso?

—Bueno, si le hubiese enviado una manzana, sus intenciones habrían resultado descaradamente obvias hasta para una cabeza de chorlito como Verena —opinó Orquídea.

—Pero Camelia habría sospechado —musitó Lila—. Aunque no se tratase de una manzana.

—Exacto. Y aunque solo fuera porque cualquier hijo de Verena estará por delante de su tío en la línea sucesoria. Todo el mundo dice que cometió un grave error casándose con Alteo antes de su mayoría de edad. Si hubiese heredado la corona de Rinalia antes de convertirse en la reina consorte de Zarcania...

—Camelia ya sabía todo esto —asintió Lila—. No entiendo cómo pudo permitirlo.

—¡Y la que armó en Corleón! —añadió Orquídea, escandalizada—. Con dos príncipes adolescentes que se odian y que luchan por el poder. Esto desencadenará una guerra civil a la larga.

—No lo entiendo —suspiró Lila—. No entiendo qué le pasó para volverse tan...

—... ¿desquiciada? —la ayudó Orquídea—. Tú deberías saberlo. Eras su mejor amiga, ¿no?

Lila se ruborizó.

—Pero últimamente teníamos muy poca relación. A veces tengo la sensación de que hasta Ren la conocía mejor que yo, y... —vaciló un instante.

—¿Sí?

—Bueno..., él insinuó que ella podría... haberse enamorado de Simón. Me refiero a su ahijado, el que es ahora rey de Vestur.

La risa pura y cristalina de Orquídea se desparramó por el salón.

—¡Qué disparate! —exclamó—. ¿Cómo iba Camelia a enamorarse de un humano tan... ordinario?

Lila enrojeció todavía más.^[SEP]—Bueno, hizo con él uno de aquellos viejos pactos... — argumentó.^[SEP]Orquídea se calló de golpe. Ambas recordaron el momento en que Ren les había hablado del trato que Camelia había hecho con Simón, y cómo había derrotado al lobo gracias al poder de la promesa que le había arrancado a su ahijado.

«Un Pacto de la Vieja Sangre —había explicado el zorro, muy alterado—. Hace siglos que nadie recurre a algo así, y hay buenas razones para ello. Es mucho mejor hacer los pactos a la manera de los humanos, aun con todas sus trampas y engaños, que arriesgarse a vincular tu alma a la de un mortal por una promesa que él no desea cumplir. Es algo que los cambia para siempre a los dos. Y no hay vuelta atrás».

Habían discutido mucho al respecto, pero la conclusión a la que llegaban era siempre la misma: Felicia era ahora propiedad de Camelia. Las leyes mágicas le daban la razón. Y, mientras el Pacto de la Vieja Sangre estuviese vigente, el poder del hada sería prácticamente ilimitado cuando se tratara de retener a la niña junto a ella.

—De acuerdo, sí, Camelia selló un pacto con Simón —reconoció Orquídea, devolviendo a Lila a la realidad—. Pero eso no significa que sienta algo por él. Cuando un hada se enamora de un mortal... —se estremeció solo de pensarlo—, pierde sus poderes. No los amplifica.

—Porque un hada enamorada se entrega, Orquídea —replicó Lila con ardor—. Pero Camelia ha hecho lo contrario: ha obligado a Simón a entregarle algo suyo. Algo que los unirá mientras Felicia viva. —Sacudió la cabeza—. No parece casual que se haya instalado en el viejo castillo de Magnolia, ¿no crees? También ella se enamoró, pero transformó ese sentimiento en odio y rencor... y ya vimos en qué se convirtió después.

—No puede ser —insistió Orquídea—. Ambas conocemos a Camelia: es demasiado cabal para cometer una estupidez así.

—No sé —respondió Lila, dubitativa—. Yo pensaba que la conocía, pero... ya no estoy tan segura. Abandona a sus ahijados, sella un Pacto de la Vieja Sangre, se lleva consigo a una princesa recién nacida... Nada de todo esto es propio de ella.

—Y no hay manera de acceder a ese castillo para hacerla entrar en razón. Si pudiéramos...

—Pero eso del pacto no tiene nada que ver con ella —intervino entonces Gardenia.

—¿Qué...? —Lila pestañeó, desconcertada—. ¿Cómo que no tiene que ver con ella? Fue Camelia quien lo estableció...

—No, no, no —insistió Gardenia; las contempló a ambas con una calmada sonrisa antes de explicar—: Es la niña. Ella no forma parte del pacto.

—Claro que sí, es el objeto del pacto.^[SEP]—No, no, no. Es una persona; un sujeto, no un objeto.^[SEP]—No tiene sentido que perdamos el tiempo discutiendo matices lingüísticos —suspiró Orquídea—. Si me permitís una sugerencia...^[SEP]—Espera —cortó Lila—. Creo que ya entiendo lo que quiere decir Gardenia. —La contempló con cierto asombro—. El pacto se hizo sin el consentimiento de la propia Felicia.

—¿Cómo iba a consentir nada? ¡Si ni siquiera había nacido! Y era un bebé cuando Camelia se la llevó.

—Pero ya no lo es —apuntó Lila—. ¿Qué fue lo que dijo el zorro? Que debía crecer lo suficiente para querer marcharse...

—... porque entonces puede que su voluntad sea lo bastante fuerte para convertirse en la tercera voz, en un sujeto del pacto —comprendió Orquídea—. Pero ¿cómo va a querer marcharse, si nunca ha salido del castillo y no conoce otra cosa?

—Hay que llegar hasta ella —decidió Lila—. De alguna manera. Aunque solo sea para mostrarle todo lo que hay en el exterior.

—Nosotras no podemos atravesar la protección mágica de Camelia, ya lo sabes.

—No —convino Gardenia—. Los hechizos de las brujas solo entienden el lenguaje de las brujas. Sus dos compañeras cruzaron una mirada.

—Por lo que sé, Magnolia sigue petrificada en su propio castillo —comentó Orquídea—. Y Camelia se asegurará de que continúe así.

Lila respiró hondo.^[SEP]—Entonces, solo nos queda una opción —declaró.^[SEP]Sobrevino un tenso silencio.^[SEP]—Quizá valga la pena intentarlo —admitió Orquídea finalmente.

Polvo y espinas

Felicia se sintió ofendida ante el desprecio de su madrina. —¡Esto es una varita mágica! —le espetó, agitándola ante ella; su voz sonó algo temblorosa, sin embargo, lo cual restó firmeza a sus palabras—. Me la regaló un hada madrina. Una de verdad. Camelia entornó los ojos y fingió que no le molestaba aquella observación.

—¿En serio? —S-sí —respondió Felicia, insegura de pronto—. Ella dijo... dijo que tiene grandes poderes. Camelia esbozó una media sonrisa sardónica.

—Y luego dicen que yo soy cruel —comentó. Avanzó un paso hacia ella, pero Felicia retrocedió y alzó todavía más la varita. Camelia suspiró, exasperada.

—¿Qué pretendes hacer con eso? Se acabó el juego, Felicia. Me he cansado de ser paciente. No vas a salir del castillo, y no se hable más. ¿O acaso has olvidado lo que sucedió la última vez que abandonaste mi protección? La muchacha se estremeció al evocar a la bruja de la casa de dulce, pero se esforzó en parecer valiente.

—No, pero no me importa —declaró; y las palabras brotaron de sus labios como si recitase un antiguo conjuro olvidado—. Deseo ser libre, y desde hoy renuncio a tu protección.

En cuanto hubo pronunciado esta sentencia, el mundo pareció paralizarse de pronto. Los espinos dejaron de susurrar al otro lado del muro; Camelia palideció y su rostro quedó un instante congelado en una mueca de auténtico horror.

—No... puedes... hacer eso —susurró por fin con un hilo de voz.

Felicia parpadeó y contempló la varita, maravillada. Camelia trató de avanzar hacia ella, pero la muchacha se apresuró a interponerla de nuevo entre ambas y repitió atropelladamente: — ¡Deseo ser libre, y desde hoy renuncio a tu protección!

Camelia lanzó un grito desesperado, se abalanzó sobre ella y le arrebató la varita con una mano, mientras con la otra trató de aferrarla por la muñeca. Cornelio intervino para detenerla. Mientras forcejeaban, el joven exclamó: —¡Dilo otra vez, Felicia! ¡Pronuncia las palabras! Camelia luchó por impedirlo.

Se levantó de pronto un viento huracanado que lanzó a Cornelio hacia atrás, precipitándolo contra el muro, y sacudió los zarzales que rodeaban el castillo. Felicia sollozaba, aterrorizada al ver la varita en manos de su madrina.

Camelia avanzó hacia la muchacha, que retrocedía hacia la puerta abierta y la amenaza de los espinos vivientes. —No puedes hacer eso —le advirtió—. Tu padre te entregó a mí. Me perteneces para siempre.

Felicia estaba paralizada de espanto. El viento sacudía su cabello negro y secaba las lágrimas en sus mejillas. Los zarzales murmuraban a sus espaldas y alargaban sus garras erizadas de espinos, dispuestos a atraparla si trataba de escapar.

—Solo tienes que pedir disculpas —prosiguió Camelia con una torcida sonrisa—, y lo olvidaré todo. Y, en cuanto a esto... —añadió.

Alzó la varita ante ella con la clara intención de romperla. Pero súbitamente su mirada se quedó prendida en el objeto y su boca se abrió en un gesto de genuina sorpresa.

—¿Cómo... cómo ha llegado esto a tus manos? —musitó, anonadada.

Felicia no tuvo fuerzas para responder. Camelia se volvió bruscamente hacia ella, y sus hombros se convulsionaron en una risa desquiciada: —Han sido ellas, ¿verdad? —exclamó con voz aguda—. No podían dejarme en paz. Oh, normalmente se les da muy bien mirar para otro lado, así que... ¿por qué no dejan de atormentarme? ¿Por qué no se han olvidado de nosotras, dime? ¿Por qué?

Felicia no supo qué contestar. Camelia se volvió hacia todos lados, como si esperase ver aparecer a las hadas en cualquier momento.

—¡Sé que me estáis espiando! ¡Salid y dad la cara! ¡Orquídea! ¿Ha sido idea tuya, pretenciosa entrometida?

Prestó atención, pero solo oyó el gemido de los zarzales sacudidos por el viento.

—¡Las leyes de la magia me dan la razón! —bramó Camelia—. En virtud del pacto, la chica me pertenece. ¿No es así? —añadió, volviéndose con brusquedad hacia Felicia—. ¡Vamos, habla! Eres mía, ¿no es cierto?

Felicia estaba muerta de miedo. Camelia se vio de pronto reflejada en sus ojos, y algo se rompió en su interior cuando advirtió que ella, su ahijada, la niña a la que había criado, la miraba ahora con el horror con el que contemplaría a un monstruo que hubiese hallado de pronto bajo su cama.

La soltó, confundida, desbordada por la situación. Quiso volver atrás, devolver al monstruo al lugar del que nunca debería haber salido; pero entonces Felicia entreabrió los labios y dijo con esfuerzo: —Deseo... ser... libre...

Camelia la miró, horrorizada. —... y desde hoy... —prosiguió la muchacha.

—¡No! —gritó el hada; alzó las manos hacia ella para tratar de retenerla, pero Felicia dio un paso atrás y se apresuró a concluir: —¡Renuncio a tu protección!

El viento cesó súbitamente; Camelia jadeó y se tambaleó, como si una fuerza invisible la hubiese golpeado de pronto. Ante su atónita mirada, los zarzales se detuvieron y, con un estremecimiento, se desintegraron y cayeron al suelo, cubriendo el exterior con una lluvia de polvo y espinas.

Un buen maestro

Después de vitorear a sus soberanos, y de que los guardias se llevaran a la bruja de vuelta al calabozo, los vesturenses fueron abandonando la sala para regresar a sus quehaceres. El rey había declarado que la criatura sería incinerada al amanecer en la plaza mayor de la ciudad, y todos se mostraban satisfechos y entusiasmados ante la perspectiva del espectáculo que iban a presenciar.

Rosaura había asistido al proceso entre la multitud que se agolpaba al fondo de la sala; pero, aunque había sido de las primeras personas en salir al patio, ahora se había demorado a propósito hasta quedar entre los últimos rezagados. Sus ojos estudiaban los rostros de los asistentes con inquietud, pero no reconoció a nadie; por fin, cuando los guardias la obligaron a abandonar el castillo para tomar el camino que conducía a la ciudad, se dio por vencida y asumió que la persona a la que buscaba no se hallaba allí. Se encontró con él, sin embargo, cuando ya no lo esperaba. Ren la aguardaba junto a un recodo del camino, pasado el puente de piedra, al pie de un gran castaño. Rosaura se detuvo para mirarlo, maravillada de lo joven que parecía. Siempre había sabido que se trataba de una criatura inmortal, pero era diferente comprobarlo por sí misma, descubrir que todo cambiaba a su alrededor con el paso de los años mientras él permanecía igual.

Se detuvo frente al Ancestral y tragó saliva antes de decir: —Ya han dictado la sentencia. —Lo sé —respondió él. —La van a quemar en la hoguera.

Ren asintió de nuevo, sin una palabra. Rosaura guardó silencio un momento y finalmente murmuró, incómoda: —Entonces... supongo que esto es una despedida. El zorro sonrió. —Ya lo sabías —dijo—. Pero no me echarás de menos. Ya has aprendido todo cuanto podía enseñarte; te irá bien en la vida.

—¿Es una predicción? —quiso saber ella—. ¿Se trata de otro de tus... poderes de Ancestral? Los ojos castaños de Ren relucieron con picardía.

—Tal vez —respondió, deliberadamente ambiguo. La contempló con una sonrisa preñada de cariño y añadió—: Has sido una buena alumna, Rosaura.

—He tenido un buen maestro —respondió ella—. Dime, Ren: ¿no volveremos a vernos? —No lo creo. Se abrazaron con fuerza.

—Te echaré de menos —susurró Rosaura—. Gracias por todo. —Gracias a ti —replicó él—.

Sé feliz, ¿de acuerdo? Y no te fíes de los zorros. Ya sabes que son criaturas volubles y engañosas. Rosaura respondió con una alegre carcajada. —Lo tendré en cuenta. Ren se separó de ella y le dedicó una elegante reverencia antes de dar media vuelta para desaparecer en la espesura. Rosaura lo contempló con el corazón encogido, pero no pudo evitar preguntarse por qué, después de tanto tiempo, el Ancestral había decidido adoptar una forma humana completa, sin aquella cola roja que traicionaba su naturaleza mágica, y de la que tan orgulloso se había sentido siempre.

La tua fata madrina

Quella parte del mondo era composta da tanti piccoli regni. Camelia ricordava i tempi in cui ce n'erano solamente sette, così vasti da contenere fitti boschi, stupefacenti catene montuose e interminabili praterie. E, da quello che le avevano raccontato, quei sette erano in realtà un solo e incommensurabile regno, che le leggende chiamavano il Vecchio o l'Antico Regno. Tuttavia a quei tempi c'erano anche mostri terribili, stregoni malvagi e possenti demoni. Quindi i sovrani presero l'abitudine di offrire la mano delle proprie figlie e metà dei loro regni, come ricompensa agli eroi e agli avventurieri che portavano a termine imprese particolarmente notevoli. Di conseguenza, dopo diversi secoli, c'erano molti più monarchi a capo di territori molto più piccoli di quelli dei loro predecessori.

Vestur era uno di quei piccoli regni. Gli ultimi sovrani l'avevano amministrato in modo intelligente ed efficace, infatti era uno dei regni più ricchi e fiorenti. Si trovava, inoltre, al centro del continente e da lì passavano alcune delle strade commerciali più importanti.

Anche se Camelia era al corrente della situazione politica ed economica di Vestur, era tanto che non visitava il regno, perché non ricordava dove si trovavano esattamente le scuderie del palazzo reale. Pensò quindi di apparire nei giardini del palazzo, in un angoletto discreto. Lasciò cadere le ali per assicurarsi che chi le vedesse, le prendesse per un mantello vaporoso e non per quello che erano veramente. Anche se a Orchidea piaceva stare al centro dell'attenzione, Camelia detestava che la distraessero quando cercava di fare il suo lavoro. E la presenza di una fata madrina, anche se in un palazzo, era sempre un evento. Fece un giro intorno ai giardini alla ricerca delle scuderie; in lontananza passeggiava una donzella seguita da una schiera di servitori. Era troppo giovane per essere Asteria, quindi Camelia dedusse che si trattava di sua sorella minore, la principessa Delfina. Si assicurò che nessuno l'avesse vista e si diresse verso la parte anteriore del palazzo. Lì, di fianco al cortile principale e non lontano dall'ingresso, si trovava il corridoio che conduceva alle scuderie.

Si fermò sulla porta delle scuderie e si guardò intorno. Vide un ragazzino di una decina d'anni che spazzava affannosamente il pavimento, che si fermò appena notò la sua presenza.

«Cerchi qualcuno?» le chiese, di certo confuso di vederla lì.

Quello non poteva essere il figlioccio di Orchidea; Camelia cercò di ricordare se le avesse detto qualche volta il suo nome.

«Simon» disse alla fine. «Cerco Simon».

«In fondo, a sinistra» indicò il bambino.

Camelia proseguì nella direzione che le aveva indicato. A vederla, i cavalli sbuffavano leggermente per salutarla.

Gli animali riconoscevano sempre le fate, ovunque fossero. Perfino quelli che erano stati addomesticati per millenni dai mortali, conservavano quel raro istinto che gli permetteva di riconoscere il soprannaturale molto prima dei suoi padroni umani.

Finalmente Camelia si affacciò in una stalla in cui c'era un giovane che stava spazzolando con foga un bellissimo cavallo roano.

«Buongiorno, sei Simon?» lo salutò.

Il ragazzo si fermò un attimo e si voltò verso di lei, leggermente sorpreso. Aveva più o meno diciassette o diciotto anni, capelli scuri e occhi chiari. Camelia lo squadrò con gli occhi, esaminandolo nei dettagli. Sì, era di bell'aspetto. Poteva ambire ad attirare l'attenzione della principessa, anche se Orchidea aveva ragione: si vedeva da lontano che non aveva nobili natali. Non aveva un portamento elegante e aveva la pelle troppo abbronzata, le spalle troppo larghe e le mani troppo grandi e ricoperte di calli a causa del lavoro. Tornò a concentrarsi sul suo viso; non aveva il naso dritto e aristocratico tipico dei principi e le sue sopracciglia erano troppo spesse sebbene erano arcuate in modo interessante. E i suoi occhi marroni forse tendevano al verde alla luce del sole. E...

«Chi sei?» disse quindi il giovane, facendola sobbalzare.

Camelia sbatté gli occhi un attimo e tornò alla realtà.

«Io?» si schiarì la voce e assunse una posa più professionale. «Bene; se tu sei Simon, allora io sono la tua fata madrina».

Il ragazzo strizzò gli occhi e la guardò con diffidenza.

«Come sai che ho una fata madrina?»

«Perché sono la tua fata madrina. Te l'ho appena detto».

«No, no. Io già conosco la mia fata madrina. E non sei tu. Lei brilla come una stella e tu... tu non sembri neanche una fata».

Camelia sospirò con impazienza, diede un'occhiata al corridoio per assicurarsi che ci fossero solo loro e dispiegò le ali. Le fece vibrare leggermente in modo da far cadere una sottile pioggia di polvere dorata e sorrise con soddisfazione guardando l'espressione stupita di Simon.

«Sono una fata» ribadì. «Per motivi che non ti riguardano, la tua solita fata madrina non sarà più in grado di aiutarti. Quindi la sostituirò io».

Simon sembrò confuso; ma appena sentì le parole di Camelia, si infuriò.

«Cosa? E perché? Non merito una fata madrina di una categoria migliore? So già di non essere un principe, però...»

«Ascoltami bene» interruppe Camelia con freddezza. «Speri che la tua principessa ti dia attenzioni, nonostante tu non sia un principe, giusto? Speri che sia in grado di amarti per le tue qualità e non per qualcosa di superficiale come il tuo aspetto o il tipo di abbigliamento che indossi».

«Sì, ma...» Simon smise di parlare improvvisamente.

«Ah» concluse Camelia con acidità. «Vedo che cominciamo a capirci».

Il ragazzo si appoggiò sul fianco del cavallo; era arrossito leggermente, imbarazzato.

«Non volevo offenderti» mormorò. «È che è successo tutto così velocemente e tu... tu..., ecco, ti sei presentata qui di punto in bianco e non so chi sei...»

«Per la terza volta: sono la tua fata madrina. Hai bisogno che te lo ripeta di nuovo?» «Ma... ma... Non hai neanche la bacchetta!» borbottò Simon, ancora confuso.

Camelia gli rivolse uno dei suoi brevi sorrisi ed estrasse la bacchetta dalla sua borsa. Non era altro che un rametto di nocciolo, dritto e flessibile, senza nessun ornamento. Infatti, non serviva a niente, ma in questo non c'era niente di straordinario: la bacchetta dorata di Orchidea era altrettanto inutile.

In realtà le fate non avevano bisogno della bacchetta per fare magie. Ma con il tempo avevano capito che i mortali erano convinti che potessero utilizzare i loro poteri così, e basta. Non capivano che le fate erano magiche nell'essenza e per loro era più semplice accettare che fossero in grado di fare magie attraverso qualche tipo di oggetto magico. La bacchetta era, quindi, parte della messa in scena. Camelia la trovava inutile e scomoda, ma non si azzardava a uscire di casa senza la bacchetta.

Così la agitò in aria e fece uscire un po' di scintille. Quello bastò per spaventare Simon, che indietreggiò precipitosamente fino a sbattere con la schiena contro la parete della stalla.

«D'accordo, d'accordo... ti credo. Ma per favore..., non mi trasformare in un rospo» supplicò. Camelia girò gli occhi.

«Non farò niente di simile. Non mi hai sentito? Sono la tua fata madrina, sto qui per aiutarti».

Aspettò che Simon finisse di metabolizzare la situazione. Quando lo vide abbastanza rilassato da sedersi, confuso e scoraggiato, sul pavimento della stalla, annuì tra sé e sé, lasciò la bacchetta

e prese il taccuino e gli occhiali. Se li posizionò sul naso e cercò una pagina bianca sulla quale scrisse il nome del suo nuovo figlioccio.

«Bene, cominciamo. Ho capito che sei plebeo, ma che ti sei innamorato di una principessa». Simon fece una smorfia, si sollevò, preoccupato, e si guardò intorno. Camelia scosse la testa e lo tranquillizzò con un gesto.

«Non ti preoccupare, non ci sente nessuno. E calmati, chiaro? So molto bene quello che faccio. Quindi siediti di nuovo e inizia a raccontarmi la tua storia, d'accordo?»

Pettegolezzi di corte

«Bene...» tentennò Orchidea, insicura. «Naturalmente ci sono sette posti, ma...»

«Ma io non capisco perché continuate a preparare sette posti» commentò Dalia freddamente.

«Sappiamo tutte che non verranno».

«È vero che Azalea ha saltato le ultime riunioni» si difese Camelia «Ma non vuol dire niente. E se decidesse di presentarsi questa volta?»

«Hai detto la stessa cosa di Magnolia. Per settant'anni».

«Giusto! Poi scusami se, a differenza tua, ho ancora un po' di speranza nel mio cuore dolce e ingenuo».

«Per favore non litigate» intervenne Lillà, afflitta.

«Ragazze, ragazze» Orchidea richiamò all'ordine, facendo tintinnare il suo cucchiaino sulla tazza. «Mantenete la calma. Che cambia se ci sono cinque o sette sedie? Iniziamo la riunione; se deve arrivare qualcun altro, arriverà. Siamo d'accordo?»

Annuirono tutte, visibilmente sollevate. Tutte tranne Dalia, che aggrottò la fronte e distolse lo sguardo; ma non aggiunse più niente, quindi Orchidea proseguì: «Alcune di noi non si vedono da sette anni; senza dubbio siamo state occupate a proteggere i nostri figliocci in tutti i regni e ad aiutarli a realizzare i loro sogni per renderli felici come una Pasqua. A proposito, vi informo che il prezzo dell'agnello sta arrivando alle stelle» aggiunse dopo un momento di riflessione. «Nel caso decideste di sostituirlo con il coniglio, o addirittura cigni arrosto ai banchetti dei matrimoni dei vostri figliocci».

«Io consiglio di non cucinare i cigni» intervenne Camelia. «Soprattutto se volano in gruppi da sei».

Ci fu un breve silenzio mentre le altre cercavano di comprendere le sue parole.

«Ah, è vero» disse Lillà con un po' di trepidazione. «Allora si può fare il tacchino arrosto»

«Tacchino?! Che volgare!» Orchidea si oppose. «no, no; né tacchino, né cigni; è meglio se rimaniamo con l'agnello. Lo terrai in considerazione per le nozze del principe Aldemar, vero Camelia?»

«Ah! Aldemar si sposa alla fine?» chiede Lillà.

«Chi è Aldemar?» Intervenne Gardenia.

«Aspettate un attimo» le interruppe Camelia «Il menù delle nozze non sono affari miei. Io ho già fatto il mio lavoro; che si occupino gli umani dei festeggiamenti».

Orchidea fece schioccare la lingua.

«Come sei noiosa, cara. Non ti si può far uscire di casa».

«Meno male che esco io di casa ogni tanto; altrimenti non saprei chi aiuterebbe i miei figliocci a incontrare l'amore vero in modo che tu possa approfittare di tanti matrimoni e celebrazioni sfarzose.»

«E io te ne sono grata Camelia. Ma non è corretto lasciare il lavoro a metà. Devi incoraggiare i tuoi figliocci il giorno delle loro nozze, concedere doni ai loro piccoli al battesimo...»

«Ma certo che gli offro doni» si difese Camelia «il fatto è che mi piace la discrezione, già lo sai.»

«Io lo capisco e ti appoggio completamente» affermò Lillà; Camelia le sorrise per ringraziarla. La conversazione continuò per una buona parte del pomeriggio. Le fate si aggiornarono, raccontandosi l'una con l'altra le storie dei propri figliocci, pettegolezzi di corte e notizie da tutti i regni. Come sempre, Orchidea fu quella che parlò più di tutte, anche se in realtà, secondo Camelia, non aveva niente di interessante da raccontare. Gardenia la interrompeva di tanto in tanto per fare commenti insignificanti sul tempo, sulla torta di lamponi o sui mandorli in fiore; ma le sue compagne, abituate ai suoi sproloqui, l'ascoltavano gentilmente e poi la ignoravano educatamente. Quel pomeriggio Camelia non aveva abbastanza voglia di contraddire Orchidea; non solo perché il suo ruolo da padrona di casa l'aveva lasciata senza forze, ma anche perché aveva altre cose per la testa. Lillà, d'altra parte, era troppo timida per intervenire attivamente nella conversazione, e Dalia si era chiusa in un silenzio di pietra, praticamente dall'inizio della riunione, per cui, ad eccezione dei commenti sporadici di Gardenia, nessuno ostacolava il monologo animato di Orchidea.

Camelia si stava chiedendo per quanto altro tempo avrebbe continuato con quella tortura, fino a quando all'improvviso, la voce di Orchidea smise di risuonare nelle sue orecchie.

Quando si guardò intorno, si rese conto che le sue quattro amiche la stavano fissando.

«Come?» chiese, un po' spaesata.

«Ti stavo chiedendo di Simon, lo stalliere» disse Orchidea «Lo hai già convinto che il suo amore per Asteria è impossibile?»

Camelia strizzò gli occhi, perplessa.

«Come dici?»

Orchidea sospirò spazientita.

«A che stavi pensando, cara? Sembra che ti abbiano incantato». «Io ho un rimedio molto buono contro gli incantesimi» disse Gardenia. Camelia si sforzò per tornare alla realtà.

«Ti stavo ascoltando» mentì; ma aggrottò la fronte per ricordare cosa le avesse detto la sua amica. «Ma non capisco dove vuoi arrivare. Perché dovrei convincere Simon che è un amore impossibile?»

Orchidea si mostrò sconcertata.

«Perché lo è, Camelia, lo sai. Il ragazzo non ha nessuna opportunità»

Cominciò ad arrabbiarsi.

«Come no? Fino a prova contraria sei stata tu a chiedermi di occuparmi di lui perché ci so fare con i “problemi dei plebei”!»

«Ah, sì? Oh bene, può essere che tu lo sia, sì; ma la questione è che uno dei miei figliocci sta cercando moglie e mi ha chiesto della principessa Asteria. Si tratta di un ragazzo con potenzialità, non so se mi spiego. È il terzo figlio di un re, niente di meno. Non è il primogenito, vero; ma se si sposasse con l'ereditera del regno di Vestur...»

«Assolutamente no!» esplose Camelia «Non ti permetterò di smanettare con la tua bacchetta in questa faccenda, mi hai sentito? Ho accettato Simon come figlioccio, e ora è sotto la mia responsabilità».

«Oh, hai un nuovo figlioccio!» esclamò Gardenia, entusiasta. «E che dono gli offrirai?»

«Credo proprio che dovrai cercare un'altra principessa per il tuo figlioccio, Orchidea» intervenne poi Lillà. «O almeno aspettare che Simon abbia avuto qualche possibilità con Asteria».

«Ok, d'accordo. Ti darò ascolto» replicò Orchidea «Sappiamo tutti quanto ti riesce bene evitare nozze inconvenienti».

In quella stanza regnò un silenzio gelido, ancora una volta. Lillà inspirò profondamente e si alzò in piedi, pallida, come se Orchidea le avesse dato una sberla.

«Ritira quello che hai appena detto» pretese Camelia con i denti stretti per la rabbia.

Orchidea alzò la tazza per fare un altro sorso di cioccolata calda, lasciando il mignolo perfettamente dritto.

«Cosa? È la verità. E Lillà non dovrebbe offendersi per una cosa così sciocca a questo punto». Ma non era affatto una cosa da poco, lo sapevano tutte.

Aspettando la persona giusta

Camelia volò fino alla finestra della stanza della principessa. Era notte e non c'era la luna, quindi era poco probabile che qualcuno l'avesse vista. Tuttavia, prestò massima attenzione quando si affacciò all'interno della stanza. Solitamente a quell'ora era molto stanca e non aveva intenzione di rendersi invisibile di nuovo, a meno che non fosse strettamente necessario.

Asteria si trovava all'interno della camera da letto, seduta in un angolino, a suonare dolcemente il liuto. Vicino a lei, la sua dama di compagnia ricamava in silenzio. Camelia sospirò e puntò con un dito la dama di compagnia. Quest'ultima si addormentò all'improvviso, lasciando cadere la testa da un lato. Asteria la osservò perplessa. «Fidelia, stai bene?»

La donna non rispose e Asteria lasciò il suo strumento per scuoterla delicatamente, cercando di svegliarla. Ma lei si limitò a fare un leggero verso.

Ancora confusa, Asteria stava per scuoterla di nuovo, ma sentì qualcuno schiarirsi la gola e si girò spaventata.

Camelia aveva l'abitudine di tenere le ali basse quando si presentava per la prima volta a un umano, per non spaventarlo. Tuttavia, in questa occasione le teneva aperte e luminose e aveva cercato di migliorare il suo aspetto in generale: aveva sciolto i capelli e aveva cambiato il solito vestito verde con uno di color azzurro cielo, cosparso di pietre preziose che brillavano come stelle. Sventolava persino la sua bacchetta, opportunamente illuminata.

«Chi sei?» chiese Asteria incuriosita. Non sembrava spaventata né tantomeno sorpresa; come se tutte le notti apparisse una fata nel bel mezzo della sua camera.

«Sono una fata madrina» rispose Camelia sorridendo. Asteria inclinò la testa.

«Non sapevo di avere una fata madrina» commentò.

«Non sono la tua fata madrina, cara. Vengo a nome del mio figlioccio che è interessato a te. Romanticamente parlando, per intenderci». Asteria sospirò.

«Già. E politicamente parlando, per intenderci ancora meglio».

«Sono consapevole che hai molti pretendenti principessa Asteria di Vestur» continuò Camelia, «ma non commettere l'errore di giudicarli tutti allo stesso modo».

«Ovviamente no. È ovvio che un conte è diverso da un duca. E deduco che il tuo figlioccio sarà come minimo un futuro imperatore».

Camelia si sforzò per dissimulare il suo sconcerto. Non era abituata a qualcuno che l'attaccasse con le sue stesse armi.

Pensò che la cosa più prudente sarebbe stata non cedere alle provocazioni.

«Questo lo capirai per conto tuo quando lui stesso ti confesserà ciò che prova per te» rispose
«Non spetta a me chiederti la mano a nome suo. Ci mancherebbe».

«Quindi a cosa devo l'onore della tua visita?»

Camelia fece un cenno. Finalmente la conversazione stava prendendo la strada giusta per arrivare al punto.

«Girano voci che sei già fidanzata. Scusami se sono così diretta» aggiunse con un dolce sorriso;
«ma, come capirai senz'altro, non ha senso che il mio figlioccio ti corteggi se hai già scelto il tuo futuro sposo».

«Per me può risparmiarsi qualsiasi tipo di corteggiamento» replicò Asteria «perché non ho intenzione di sposarmi. Né con lui, né con nessun'altro».

«Neanche con il Duca Bianco?» si assicurò Camelia.

«Quale parte del “non ho intenzione di sposarmi” non hai capito?»

«Non c'è bisogno di essere scortese. Non era una domanda così assurda. Si è parlato molto della visita del duca che, se non sbaglio, sta alloggiando in questo stesso castello».

«Vedo che sei informata bene».

«Fa parte del mio lavoro». Asteria sospirò ma non disse niente. Camelia aspettò in silenzio. Sapeva che, se le avesse dato tempo, la principessa avrebbe finito per parlare, anche solo per riempire con le parole il vuoto che c'era nel suo cuore.

«Forse mi aspettavo troppo dalla vita, dal futuro..., dall'amore» sussurrò alla fine. «Desideri e pensieri che una principessa non può permettersi. Quando ero più giovane leggevo storie romantiche e sognavo di incontrare l'amore della mia vita. Ma intorno a me, i miei genitori e i loro consiglieri parlavano di patti e di alleanze... e per questo giurai davanti a tutti che non mi sarei mai sposata per ragioni politiche.

Ora capisco che i miei genitori mi avevano assecondata, solo perché aspettavano che la mia ingenuità svanisse con il passare del tempo. Perché adesso...»

«...Stanno cercando un marito per te, giusto?» immaginò Camelia. «Perché pensano che hai già tardato abbastanza e, d'altra parte, non possono rischiare che tu faccia una scelta che..., diciamo..., non si adatti ai loro interessi. Ma tu continui ad aspettare la persona giusta, mi sbaglio?»

«No» rispose lei a bassa voce. «Come fai a saperlo?» Camelia fece di nuovo uno dei suoi mezzi sorrisi.

«Perché è il mio lavoro, cara. E trovo molto lodevole il tuo desiderio di sposarti per amore, come dovrebbe essere. Ma hai mai pensato che è possibile che qualcuno dei tuoi pretendenti sia effettivamente la persona giusta per te, anche se non somiglia al principe perfetto che hai sognato?»

Asteria fece un gesto di disappunto.

«Capisco. Torniamo sempre allo stesso punto, non è così? Dai, cantami le lodi del tuo figlioccio. Non sto ascoltando».

“Com’è faticoso”, disse Camelia tra sé e sé. Ma non si arrese.

«Sai da quanto tempo faccio la fata madrina? Trecento anni, su per giù» continuò, senza aspettare una risposta. «Ho visto molte cose, principessa Asteria. Ho conosciuto molti giovani che sognavano di vivere avventure e di incontrare l’amore da qualche parte. Ricordo un caso in particolare... Vuoi che ti racconti una storia?»

Asteria diede un’occhiata alla sua dama di compagnia, che continuava a dormire profondamente e scrollò le spalle. «Perché no?!»

Camelia sorrise.

La radice del conflitto

«Caspita» fu tutto quello che riuscì a dire Camelia, sinceramente impressionata. «È un'opzione molto...innovativa».

«Perché?» replicò Asteria in modo provocatorio. «È tanto strano avere una regina che governa un Paese?»

«Beh, noi fate abbiamo una regina che governa da millenni. Ma...» aggiunse, facendo un gesto trionfale che sfiorò il volto della principessa, «il fatto che non ci sia un re non significa che non si sia mai innamorata. Dopotutto, ci sono molti elfi gentili ed affascinanti nel nostro regno, e le fate, così come gli esseri umani, non sono state fatte per stare sole. D'altra parte conosci qualche re scapolo? Anche i principi cercano moglie in giovanissima età».

«Ok, allora abbiamo un problema. Perché io mi rifiuto di sposarmi per motivi politici, e non posso neanche innamorarmi a forza. O mi farai un incantesimo per farmi cadere tra le calde braccia del tuo figlioccio?» chiese con sarcasmo.

Camelia fece uno sforzo immane per non arrossire.

«Ovviamente no. Sto provando solamente a dirti di tenere aperto il tuo cuore. Non vale la pena ossessionarsi con un amore ideale e allo stesso tempo precluderti completamente la possibilità di poterti innamorare in futuro con qualcuno in carne e ossa». «È così che siamo arrivati alla radice del conflitto, fata madrina; perché i miei genitori cominciano ad essere nervosi e mi fanno pressione in modo che io scelga un pretendente il prima possibile». L'unica possibilità che mi rimane è proclamare che non sceglierò nessuno e lasciare che loro decidano se fidarsi di me tanto da permettermi di governare il regno da sola... o se preferiscono diseredarmi, con la speranza che mia sorella dimostri di essere meno ribelle e si sposi per le loro convenienze.

«Ma se annunci ai quattro venti che non sceglierai nessuno e in futuro cambi idea... ci pensi quanti principi rifiutati potrebbero sentirsi insultati per il tuo comportamento?» le fece notare Camelia. «Una situazione come questa potrebbe addirittura sfociare in una guerra. Sono successe cose anche più strane».

Asteria alzò la testa, incuriosita.

«Davvero? Che tipo di cose?»

«Bene...» rifletté Camelia, «ricordo un caso che successe più o meno centosessant'anni fa, più o meno, con una principessa che non sapeva ridere. Suo padre, afflitto, promise la mano a colui che le avrebbe strappato una risata. Ci provarono in molti, senza risultati. Fino a quando due

principi rivali iniziarono a discutere, per qualche motivo che non ricordo, mentre aspettavano il proprio turno per essere presentati alla principessa. Siccome non erano armati, perché il protocollo richiedeva quello, finirono per prendersi a pugni a mani nude nella sala del trono. Finirono per cadere entrambi con la testa nella fontana di cioccolato che avevano preparato per la merenda, e quella cosa le piacque così tanto che la principessa scoppiò a ridere spontaneamente. Poi ovviamente, i due principi pretendevano di sposarsi con la principessa. Il re decise di estrarre a sorte, ma il perdente non accettò mai il risultato. Cosa logica, d'altra parte, quindi un re che propone una *queste* è obbligato a rispettare le sue stesse condizioni alla lettera. La questione sfociò in una guerra lunga e sanguinosa» sospirò Camelia. «Devi stare molto attenta a questo tipo di cose»

«Cos'è una *queste*?» chiese Asteria.

«È una variante della classica prova di coraggio. Si indice pubblicamente una specie di concorso che consiste nella realizzazione qualche grande impresa che implica una lunga ricerca piena di pericoli e difficoltà. Il premio è spesso all'altezza della sfida, ovviamente: la metà di un regno, la mano di una principessa, o entrambe le cose allo stesso tempo. Ma è già da tanto che non si fanno certi tipi di prove».

«Perché?»

«Allora, arriva un momento in cui i regni non possono più dividersi e, inoltre le *queste* facevano aumentare gli indici di mortalità degli aspiranti eroi, per questo i re decisero di far accoppiare i propri figli in modo più...civilizzato».

«Capisco» disse Asteria, pensierosa «Bene; ti ringrazio per i tuoi saggi consigli fata madrina» concluse. «Ti prometto che ci rifletterò molto e a lungo».

Camelia non sapeva cosa rispondere. Aveva la sensazione che, per qualche motivo, era uscita sconfitta dalla conversazione; ma non riusciva a capire il perché.

«Bene» riuscì a dire alla fine «Sono contenta che abbiamo fatto questa breve chiacchierata, principessa Asteria. Sono sicura che, alla fine, andrà tutto bene».

Lei abbozzò un sorriso amaro. «La tua fede nel futuro è rassicurante» commentò.

«Dev'essere perché lavoro da trecento anni a favore dei finali felici con una notevole efficienza, cara mia» replicò Camelia. «Buonanotte; forse ci incontreremo di nuovo, o forse no» concluse con un movimento elegante della bacchetta.

Asteria voleva rispondere; ma, in quel momento, la sua dama di compagnia fece un sospiro e si svegliò di colpo.

«Oh! Altezza, che è successo?» mormorò ancora assonnata «Mi sono addormentata?»
Quando la principessa si girò per guardare la fata madrina che era andata a trovarla quella sera, scoprì che era sparita.

Come la rugiada con le luci dell'alba

Camelia tacque. Simon restò in silenzio per qualche istante, cercando di assimilare tutto quello che gli aveva raccontato Camelia.

«Quindi...tutti questi principi stregati dei racconti...» azzardò.

«La maggior parte di loro è stato stregato da lei, sì» confermò la fata. «Tutto sommato, il fatto che si sia rinchiusa in quel luogo è stato positivo. Ricordo i tempi in cui faceva incantesimi alla gente in giro...; fu estremamente complicato per tutti», rifletté persa nei suoi pensieri. «E il tutto peggiorò quando si seppe che il contro incantesimo consisteva nel bacio di una donzella. Ma non era esattamente così, ovviamente; la forza non risiedeva nel bacio stesso, bensì nell'amore, che poteva essere quello di una ragazza, di una madre o di una sorella. Ma alcuni erano molto disperati. Così che le rane iniziarono a vagare nei palazzi per ricattare le giovani principesse in cambio di giochi spariti; i ricci si offrivano come guide per i re disorientati, in cambio, naturalmente, della mano di una delle proprie figlie; e gli orsi curiosavano nelle case isolate in cui abitavano le giovani donzelle».

«Ma qualcuno di loro è stato disincantato, vero?»

«Effettivamente sì. E quelle storie meravigliose con il lieto fine restano incise per sempre nei racconti e tenevano accesi i sogni di centinaia di ragazzine, che iniziarono a cercare principi perfetti da disincantare in tutto il mondo. Tenevano a pensare che qualsiasi animale parlante fosse un giovane stregato...»

«E... Non era così?»

«Certo che no,» replicò Camelia, che detestava essere interrotta «o almeno, non lo erano in quel momento, quando gli Ancestrali si facevano vedere con maggior frequenza. Infine,» concluse con un sospiro pensieroso «la disputa poteva concludersi con una scena imbarazzante nel caso delle rane; ma finiva quasi sempre in tragedia quando la donzella scopriva che il suo adorabile orso incantato non era incantato realmente. Per non parlare dei lupi. Per ogni lupo parlante che è effettivamente un principe incantato, ci sono almeno cento che sono veri lupi. E neanche tutto l'amore del mondo sarebbe in grado di cambiare quella circostanza».

«Non è esattamente quello che raccontano le favole» mormorò Simon, stupito.

«Ovviamente no. Nessuno vuole ascoltare quelle storie, perché non hanno un lieto fine. Vengono raccontate a volte come storie di paura, ma non si mettono per iscritto. Innanzitutto

perché nessuno si prende la briga di farlo..., ma anche perché hanno più impatto se vengono raccontate a voce, in una notte buia, attorno a un falò. La gente è abituata a pensare che, se non è scritto da nessuna parte, non può essere reale. Siamo d'accordo» concluse, scrollando le spalle.

Simon non disse nulla. I due rimasero in silenzio per un bel po', contemplando le fiamme danzanti del fuoco.

«Per cui finirono tutti così» disse alla fine il ragazzo, pensieroso «Nel Bosco Maledetto».

«È un posto pericoloso che è meglio evitare» annuì Camelia «ma è molto utile sapere che le creature che vivono qui, sono persone incantate, anche se non si tratta di principi e principesse in tutti i casi».

Simon scosse la testa «Ma, se non sono realmente animali, perché non parlano?»

«Succede una cosa singolare con gli Ancestrali e le persone incantate. Vedi, gli Ancestrali sono animali; lo sono sempre stati e lo saranno sempre, per quanto a volte parlino o si mostrino sotto forma umana. Ma le persone incantatesi dimenticano molto facilmente di essere stati esseri umani. All'inizio continuano a parlare e a ragionare e cercano di trovare un rimedio al proprio male; cercano di mantenere le loro abitudini, di trovare un posto tra la propria gente..., alla fine finiscono per esiliarsi nel bosco, volontariamente o no. E dopo aver vissuto per un po' come animali, i loro ricordi iniziano a svanire come la rugiada alle luci dell'alba».

Gli animali di questo bosco ci osservano con nostalgia perché gli ricordiamo qualcosa che hanno perso, ma non sono in grado di ricordare di cosa si tratta. E non sanno che un tempo sono stati esseri umani. Per questo nelle favole c'è sempre un tempo limitato per rompere l'incantesimo che grava su colui che è stato incantato; perché una volta che si abituano al loro nuovo corpo, perdono i loro ricordi e la coscienza umana e poi non c'è più modo di tornare indietro.

«È terribile» commentò Simon con un sussulto.

«Sì, lo è. E ora credo che capirai il perché non ti lascerò finire incantato in questo bosco.

Non credo che la tua principessa sarebbe disposta a venire qui per annullare l'incantesimo... o, almeno, non in questo momento della relazione» aggiunse velocemente, rendendosi subito conto di quanto fossero suonate dure le sue parole.

Simon, che continuava ad essere immerso nei suoi pensieri, non sembrava rendersene conto. Nonostante ciò, Camelia rimproverò sé stessa per il suo passo falso. A che stava pensando? Non era da lei dubitare del futuro esito della sua missione; non avrebbe dovuto neanche

raccontare a Simon tutte quelle cose su streghe, Ancestrali e incantesimi. L'esperienza le ha insegnato che troppe informazioni confondevano gli umani. Quando sapevano qualcosa, cominciavano a credere di sapere tutto, e finivano per mandare tutto all'aria anche quando non sapevano niente. Camelia era molto consapevole di questo ed era sempre stata molto attenta a quello che raccontava ai suoi figliocci, quindi preferiva tenere tutto per sé.

«Dev'essere il bosco» pensò «Mi rende nervosa».

Cominciava anche ad essere stanca, ma si sforzò a non mostrarlo. Le fate dovevano dormire per ricaricare la propria magia, così come gli umani dovevano dormire per recuperare le forze. Ma quella notte non poteva permetterselo.

«Dormi» disse a Simon «Io resterò sveglia per assicurarmi che non ti alzi nel sonno per andare a cercare funghi».

Lui sorrise «Sei sicura?» «Certo. Io sono una fata e tu sei un giovane aspirante eroe che ha bisogno di dormire e riposare perché domani bisogna affrontare una strega pericolosa nel suo oscuro e lugubre castello».

«Ah, bene» commentò Simon. «Grazie, ora sono molto più tranquillo e sicuro di dormire su sette cuscini».

«Non ho alcun dubbio» rispose Camelia con un mezzo sorriso.

Non siamo soli

Arrivarono al castello al tramonto. Il tragitto nel bosco era proseguito senza novità, anche se la forza dell'incantesimo aumentava man mano che si avvicinavano. Camelia era consapevole di quello, ma Simon non lo intuì fino a quando lei non gli strappò dalle mani una manciata di mirtilli che aveva raccolto di nascosto.

«Non mi sono reso neanche conto di averlo fatto» mormorò il ragazzo, sconvolto.

«Non ti preoccupare» lo tranquillizzò Camelia. «Dammi la mano; così non c'è il rischio che torni a depistarti». Camminarono così, mano nella mano per l'ultimo tratto; non ci furono più incidenti, in parte perché Camelia vigilava Simon da vicino, in parte perché il contatto con la sua fata madrina infondeva nuove forze al giovane e lo proteggeva dall'influenza dell'incantesimo.

Infine, quando si fermarono davanti alle porte immense del castello, si scambiarono un'occhiata.

«E ora che facciamo?» chiese Simon.

Camelia respirò profondamente. Prese la bacchetta e toccò brevemente con la punta il pesante picchiotto di ferro.

L'enorme porta a doppia anta si spalancò con un cigolio inquietante. E Simon sobbalzò.

«Caspita!» esclamò meravigliato. «La tua magia è molto potente, madrina».

Camelia arrossì un po', ma non fece nessun commento. Per qualche motivo, non le sembrava una buona idea spiegargli che le porte si erano aperte in quel preciso istante solo perché l'aveva deciso la padrona del castello. Si voltò verso il suo figlioccio per guardarlo intensamente.

«Sei completamente sicuro che vuoi continuare?» Simon la guardò, con uno sguardo interrogativo.

«Perché me lo chiedi adesso? Sai già che lo voglio».

Camelia vacillò un istante prima di spiegare: «Vedrai..., posso proteggerti dai posti incantati dalla strega, ma non sono sicura di poterlo fare in uno scontro diretto con lei. E temo...» si interruppe improvvisamente, preoccupata.

«Temi che possa finire trasformato in un animale?» intuì Simon.

«Se dovesse succedere..., non ci sarebbe niente che la mia magia possa fare per sciogliere l'incantesimo. Sei consapevole di questo?» «Perfettamente. Ma voglio proseguire lo stesso».

La fata aveva ancora dei dubbi. «Ma non hai oggetti magici e non sei neanche nato con il marchio dell'eroe. E anche se dovessimo trovare quello specchio, non posso assicurarti che otterrai la mano di Asteria, né tantomeno il suo amore».

«Lo so, madrina. Non mi interessa. Mi basta che lei sappia che esisto e che la amo. Il resto, è tutto nelle sue mani. Quando ho detto che la decisione sarebbe stata la sua, anche se fossi tornato con lo Specchio Veggente, lo dicevo del tutto seriamente».

«Lo so» Camelia faceva fatica a ignorare il groppo di angoscia che le chiudevava lo stomaco.

«E, anche se venissi trasformato in un topo» proseguì lui, del tutto ignaro della preoccupazione della fata «non mi importa di passare il resto della mia vita in gabbia, di girare in una ruota, se ho la possibilità di dimostrare quello che provo per lei».

Camelia aveva la bocca secca.

«Non sarà una vita molto lunga» riuscì a indovinare «Lo sai quanti anni vive un topo?»

«Sì» rispose Simon, ma non aggiunse nient'altro.

Si limitò a fissare Camelia, con un'espressione determinata, fino a quando lei sospirò e finalmente cedette.

«Se sei sicuro..., allora, entriamo. Prima finiamo, meglio sarà per tutti».

Simon annuì. Legò il cavallo al cancello e seguì la sua fata madrina che stava già per entrare nell'ingresso.

«Sembra che non viva nessuno qui» sussurrò, guardandosi intorno.

La sua voce risuonò in tutti gli angoli della stanza umida, oscura e spoglia. Camelia cercò di non rabbrivire.

«Non commettere l'errore di credere che siamo soli» lo avvertì. Simon aprì la bocca per rispondere, ma non ebbe l'occasione di farlo: improvvisamente la porta si chiuse violentemente dietro di loro, facendo sussultare entrambi. «Che... Che cosa è stato?» balbettò Simon. «Ti ho già detto che non siamo soli» gli ricordò Camelia.

Il giovane tremava dalla testa ai piedi, ma trovò il coraggio sufficiente per guardarla negli occhi ed affermare: «Molto bene, sono pronto. Che facciamo ora?»

«Andremo a cercare lo specchio. Ricordo di averlo visto su una toeletta, in una delle stanze dell'ala ovest. Con un po' di fortuna, forse la strega ci permetterà di portarlo».

Simon era titubante. «Tu credi?» Camelia scrollò le spalle.

«Bene,» disse «ci sono un sacco di oggetti magici, ai quali a malapena ci si fa caso. Non credo che le mancherà il nostro». Ma la sua voce non sembrava molto convincente come pensava che

fosse. Attraversarono il castello, inseguiti dalle ombre e il movimento spettrale delle tende un po' consumate che adornavano le grandi finestre e impedivano il passaggio della luce del sole. Salirono le scale, attraversarono un lungo corridoio e girato un paio di angoli senza che nessuno essere vivente gli andasse incontro. Simon stava iniziando a rilassarsi quando Camelia si fermò all'improvviso e disse: «È qui».

Entrarono in una stanza che un tempo era stata elegante, ma che ora languiva sotto un leggero strato di polvere e abbandono. Era molto tempo che nessuno dormiva in quel grande letto a baldacchino, tra i cuscini in piuma, le lenzuola di seta e la coperta di velluto. In un angolo, lo specchio della toeletta rifletteva un'immagine distorta di loro stessi. Simon ispirò profondamente, cercando di evocare il timore che annidava nel suo cuore. Camelia si fermò solo un momento prima di avviarsi, in modo deciso, verso gli oggetti che erano disposti sul mobile.

Il suo figlioccio la raggiunse e pensò, intimorito, a quello che stava osservando Camelia. «È questo lo specchio?» chiese a mezza voce. Camelia annuì. Si trattava di uno specchio a mano, in stile barocco, rifinito in oro e adornato con perle. Di fianco, giacevano un pettine e una spazzola con lo stesso motivo; i tre oggetti facevano parte senza dubbio della stessa serie. La fata aggrottò la fronte. «Perché ci sono anche un pettine e una spazzola?» volle sapere Simon. Camelia si stava chiedendo esattamente la stessa cosa. Non aveva mai notato che lo specchio faceva parte di un set. Ma i tre oggetti erano magici, su questo non aveva dubbi.

«Non lo so, ma non importa; prendi lo specchio e allontaniamoci da qui».

Simon allungò la mano per fare quello che la fata gli aveva ordinato; ma appena le sue dita toccarono l'oggetto, risuonò una voce dietro di loro: «Bene, bene, bene...; che delusione. E io che pensavo che foste venuti a farmi una visita di piacere...invece sembrate essere solo una vecchia coppia di ladri».

Un terribile malinteso

Lungo la strada avanzavano un altro gruppo di cavalieri, guidati dal capitano della guardia reale di Vestur... e la principessa Asteria, montata sulla groppa di Niebla.

Un istante prima che il Duca Bianco facesse un gesto conciliatore, sul suo volto si leggeva un certo sconcerto.

«Altezza» salutò con un'elegante reverenza; persino il suo cavallo inclinò la testa con galanteria davanti all'ereditera di Vestur. «Che gradevole sorpresa incontrarci così... lontani dal palazzo».

Asteria alzò il mento e lo ignorò completamente mentre si dirigeva dal ciambellano. «Che significa tutto questo? Che pretendete di fare a queste persone?» Camelia fece un passo indietro, cercando di passare inosservata, appena vide la principessa tra i nuovi arrivati. Per un attimo pensò alla possibilità di sparire o rendersi invisibile; ma ormai era troppo tardi per farlo senza attirare l'attenzione di tutti, perciò sperò semplicemente che Asteria non la riconoscesse. Dopotutto quel giorno indossava abiti semplici e aveva le ali basse in modo che gli umani le confondessero per un accessorio del suo abbigliamento.

Se Asteria si fosse accorta che era la stessa fata madrina che era andata a trovarla nelle sue stanze qualche sera prima, non lo diede a vedere.

«Sua Altezza Reale...» farfugliò il ciambellano, inclinandosi al suo cospetto. «Stiamo dando la caccia a un ladro di cavalli. Niente per cui dobbiate disturbarvi»

Lei alzò un sopracciglio.

«Davvero? Giurerei che quel ragazzo che avete bloccato lungo la strada sia lo stalliere reale. È vero che un po' più sporco e trasandato del solito..., ma non è cambiato tanto da non poterlo riconoscere» aggiunse con acidità.

Il ciambellano arrossì.

«Altezza, vedo che conoscete questo ladruncolo; è vero che è lo stalliere reale, ma ha approfittato della vostra fiducia e di Sua Maestà, il re, per appropriarsi di uno degli animali della stalla». «Vi riferite a al cavallo che tiene per le briglie? Lo stesso cavallo che io personalmente gli ho dato il permesso di prendere? Simon fece un sobbalzo e guardò Asteria, senza capire quello che stava pensando». Ma Camelia prese la palla al balzo. «È quello che stavamo cercando di spiegare a questi signori, altezza» disse «Che Simon prese il cavallo con la vostra autorizzazione esplicita». Notò una luce divertita negli occhi di Asteria e capì che sì,

l'aveva riconosciuta. I motivi per i quali si era presentata lì così opportunamente per salvare Simon con una bugia così sfacciata le sfuggivano del tutto; ma non aveva intenzione di perdere l'occasione di fermare il duca e il ciambellano. La principessa lasciò sfuggire un sospiro e scosse la testa con disapprovazione.

«Oh... temo che si tratti di un terribile malinteso. Probabilmente avrei dovuto informare il personale delle scuderie del prestito dell'animale..., ma confesso che non avrei pensato che le cose si sarebbero complicate in questo modo. Perché immagino che voi, come ciambellano, sarete senza dubbio a conoscenza che Simon ha lasciato istruzioni precise al suo sostituto, affinché le scuderie del palazzo continuassero a funzionare alla perfezione durante la sua assenza. Quale ladro si prenderebbe la briga di fare una cosa del genere?»

«Uno molto astuto, altezza» disse il duca con gentilezza. Asteria lo scrutò. «Stai insinuando che stia mentendo per caso?» chiese con freddezza. «Assolutamente no, principessa. Ma temo che questo furfante abbia cercato di ingannarvi...» «...Per rischiare la testa rubando il cavallo meno importante delle scuderie reali? Se fosse stato così astuto come dite, a quest'ora sarebbe senza dubbio fuggito molto lontano da Vestur... al posto di ritornare nel regno dalla strada principale».

Il ciambellano scosse la testa, confuso. «Tutto questo è molto illecito, altezza». «Lo so, ma prometto di rimediare: ho deciso di regalare questo cavallo al giovane Simon, stalliere reale del palazzo, affinché non ci siano dubbi. Ciambellano, appena torniamo a casa, inviatemi il cancelliere in modo che possa mettere il mio ordine per iscritto e imprimere il sigillo reale».

Simon era rimasto senza parole. La sua madrina parlò per lui.

«È molto generoso da parte vostra, altezza. Vi ringraziamo vivamente».

Asteria fece un leggero sorriso.

«Non ho dubbi» commentò «Parleremo più tardi, stalliere maggiore. In quanto a voi, signor duca» aggiunse rivolgendosi al suo invitato, «sono convinta che mio padre sarà molto interessato di sapere che voi abbiate pensato che dare la caccia ai ladroni di Vestur rientrasse nei vostri obblighi a invitato d'onore della casa reale. Non credete, capitano?»

«Certamente» rispose il capitano della guardia con l'aria austera.

«Non avevo intenzione di interferire nelle vostre questioni» si giustificò il duca con un cortese sorriso per scusarsi. «Sono partito per una ricerca che si prospettava lunga e incerta... e ho incontrato per caso il vostro ciambellano lungo il cammino».

«Che strana coincidenza» commentò Asteria in modo acido. «Bene, in ogni caso... non ci intratterremo di più. Proseguite con la vostra ricerca, signor duca. Sarà senza dubbio lunga e incerta» concluse con un sorriso malizioso.

Il volto del duca si offuscò. Camelia percepì il pericolo, ma non era nella posizione giusta per avvertire la principessa..., al meno non in quel momento.

“A che gioco stai giocando, Asteria?” si chiese preoccupata.

Acqua limpida e pulita

Tuttavia, a Simon, sembrava un bosco totalmente normale. Forse troppo silenzioso, ma non a tal punto da sembrare inquietante. A prima vista non sembrava che fosse abitato da mostri, orchi o gnomi. Sembrava tutto così sereno e tranquillo; persino gli animali si mostravano più docili del normale. Lepri, scoiattoli e cervi si fermavano a guardarli dai cespugli, tranquilli ma con un velo di tristezza; ma correvano a nascondersi quando Simon cercava di avvicinarsi e comunque Camelia non gli permetteva di cacciare lì.

Il ragazzo poteva capire che, in un certo senso, la sua fata madrina avesse una certa affinità con gli esseri del bosco e si rallegrava di aver caricato le bisacce con i viveri per qualche giorno, così come gli aveva suggerito Camelia.

Era invece completamente incomprensibile la questione dei ruscelli.

«Non osare!» ruggiva lei quando beccava a inclinarsi in un ristagno per bere. La prima volta, Simon sobbalzò e alzò la testa con un'espressione colpevole. La terza volta, si voltò irritato verso Camelia.

«Ma perché? Sono stufo di bere quell'acqua imbottigliata. Comincia ad avere sapore di stantio, lo sai? Dai, guarda il torrente. È acqua limpida e pulita».

«È incantata» rispose laconicamente. Simon si lasciò sfuggire un sospiro di frustrazione. «hai detto la stessa cosa di ogni corso d'acqua che abbiamo incrociato. Non è possibile che siano tutti incantati, o no?» Camelia si limitò ad annuire con energia. «Ma io...» cominciò Simon; si interruppe rendendosi conto di quello che stava per dire. «Ma io... Sto morendo di sete» concluse perplesso. «E porto l'acqua con le bisacce» aggiunse, aggrottando la fronte.

«Esattamente». Il ragazzo osservò il ruscello con apprensione.

«Che mi può succedere se bevo?» «Niente di buono, quindi la conclusione è ovvia: non bere». Simon scosse la testa. «No, no, no, non mi sta bene. Madrina non basta dirmi cosa devo o non devo fare. Io voglio sapere il perché». «Non ti fidi di me?» «Certo che sì. Ma devo imparare a decidere da solo. E non sarò mai capace di prendere le giuste decisioni se non so tutto. Se mi avessi detto dall'inizio che tutti i ruscelli del bosco sono incantati, non ti saresti dovuta arrabbiare con me ogni volta che ho provato a bere quell'acqua. Perché ci sarei arrivato da solo alla conclusione che non sarebbe stata una buona idea. Capisci?». «Ma succede che a volte spieghi le cose e la gente non ti ascolta» rispose Camelia, irritata. «Credi che non mi sia mai successo? “Fai attenzione, non continuare su questa strada, porta alla tana di un orco”; “fai

attenzione, quei cavalli sono incantati, quindi non scegliere lo stallone nero, è meglio il vecchio ronzino”; “fai attenzione, non entrare in quella taverna, per quanto potrai essere stanco, non uscirai mai da lì”; “fai attenzione, non ti fidare della sua bellezza perché non è umana, anche se sembra che lo sia”» recitò. «Credi che mi abbiano dato retta? “Bah, cosa ne potrà sapere la mia madrina del mondo reale; è più semplice prendere la strada più corta, è ovvio che lo stallone corra più velocemente del ronzino, è assurdo dormire all’aperto con una taverna a portata di mano, è offensivo quello che stai insinuando sulla mia dolce promessa sposa”».

Si fermò un momento per prendere aria e cercò di calmarsi un po’. Si rese conto che Simon la stava fissando in modo perplesso e arrossì leggermente.

«Mi dispiace» farfugliò. «Credo che non sia colpa tua se alcuni dei miei figliocci non erano abbastanza perspicaci».

«Bene» rispose il giovane lentamente «dammi un voto di fiducia, ok? Sono sicuro che avrai avuto a che fare anche con gente in grado di comportarsi in modo razionale se gli spieghi le cose, perciò... che ne dici di raccontarmi che succede con il ruscello incantato?»

Camelia ci mise un po’ per rispondere. Si sedette su una roccia piatta e rivolse lo sguardo in quelle acque rumorose, cristalline e dannatamente invitanti.

«D’accordo» acconsentì alla fine «Ti ricordi gli animali che abbiamo visto nel bosco?» Simon annuì. «Bene, in realtà non sono animali. O meglio, non lo sono sempre stati».

Simon impiegò un po’ per capirlo. Quando ci arrivò fece un salto all’indietro e si allontanò dal ruscello, spaventato. «Quindi...» mormorò tremando. «Mi hai salvato la vita». «La vita no,» puntualizzò la fata «Avresti continuato a vivere, anche se sotto forma di un animale. Diciamo che sto salvando la tua umanità, se vogliamo metterla così».

All’improvviso Simon si inclinò verso di lei e le prese le mani, con gli occhi lucenti.

«Molte grazie» esclamò in modo affettuoso. «Se non fosse stato per te... Se fossi venuto da solo... non sarei mai tornato a casa».

«Be-bene» balbettò Camelia, confusa e arrossita. «Non ha importanza. È quello che facciamo noi fate madrine dopotutto».

Simon lasciò le sue mani e le dedicò un sorriso smagliante mentre il cuore di Camelia batteva forte.

«Grazie comunque» insistette. «Non mi avrebbe fatto molto piacere passare il resto della mia vita in... Aspetta... Se non mi avessi impedito di bere... in cosa mi sarei trasformato?»

Camelia si ricompose e scrollò le spalle.

«Non lo so; può essere in un cervo, o forse in un uccello o in una donnola. La sua creatività da questo punto di vista sembra non avere limiti» aggiunse con un certo sarcasmo.

Simon si fermò a guardarla.

«Vuoi dire che... qualcuno ha stregato tutti i ruscelli del bosco di proposito?»

«Oh, sì. E le bacche, e i frutti degli alberi, e qualsiasi cosa che potresti mangiare. Ovviamente mi riferisco alla padrona del castello in cui ci stiamo allegramente dirigendo» chiarì.

Simon rabbrivì. «Ma chi... di chi stiamo parlando?» «Di una strega, ovviamente. Vuoi sapere tutto, vero? Bene, allora ti racconto una storia. Ma prima di sederti ad ascoltarla, spostati da qui e bevi dalla bisaccia; non vorrei dovermi interrompere a metà per salvarti perché hai cercato di tuffarti di testa in acqua».

Simon obbedì, ancora pallido. Ma Camelia scelse di avanzare un po' di più; solo quando superarono il ruscello e dopo essersi seduti, lei cominciò a raccontare la sua storia «C'era una volta una strega che si innamorò di un bel principe. Lui, naturalmente, era promesso a una bella principessa, e la rifiutò in malo modo. Lei non la prese affatto bene, perciò lanciò un incantesimo sul principe e lo trasformò in un orribile mostro...»

«Io conosco questa storia» la interruppe Simon. «Dopo un po' arrivò nel suo castello una ragazza dal cuore buono, che si innamorò di lui nonostante il suo aspetto e...»

«No» interruppe Camelia, infastidita. «Conosci la storia del principe mostro e della bella ragazza che sciolse l'incantesimo. Ma loro sono solo personaggi secondari della storia che sto raccontando. Di chi parla questa storia?»

«Della strega» ricordò Simon. «Esatto».

Un po' di fiducia

«Non stai parlando seriamente» protestò la fata, un poco dopo.

Le guardie avevano rinchiuso di nuovo Simon in prigione. Il capitano aveva avvertito Camelia che l'avrebbe fatta stare per qualche minuto da sola con il suo figlioccio e che poi sarebbe dovuta andare via. Le avrebbe restituito la bacchetta solo quando avesse valicato i cancelli del palazzo. Camelia era d'accordo; anche se non aveva bisogno della bacchetta per liberare Simon dalla prigione, ma aveva un grande valore sentimentale per lei e voleva recuperarla. Il problema era che, con la bacchetta o senza, Simon non aveva la minima intenzione di farsi liberare.

«È quello che serviva, non lo capisci?» insistette il ragazzo. «Una prova di coraggio. Immagina se riesco a uccidere il mostro. Non stiamo parlando di una creatura qualunque, capisci? Si tratta di una sfida che neanche il duca è riuscito a superare. Se ne esco vincitore, dimostrerò ad Asteria, ai suoi genitori e al mondo intero che sono degno dell'amore della principessa».

«Sei degno a prescindere, Simon» sospirò Camelia «E lei lo sa. Non c'è bisogno di suicidarti per dimostrarglielo».

«Abbi un po' di fiducia!» lamentò il ragazzo. «E se riesco a uccidere veramente quel mostro? Potrebbe succedere, vero?»

«Svegliati, Simon. Non possiedi poteri magici né oggetti incantati. Per l'amore di Melusina, non sai neanche combattere».

«Ma io ho te. Mi aiuterai, vero?» sbottò. «Ovvio che ti aiuterò. Voglio cacciarti da qui e portarti molto lontano...» «Come? Hanno preso la tua bacchetta...»

«Non fa niente. Ne ho una di riserva» Ma Simon scosse la testa.

«No madrina, non posso. Se c'è anche una sola possibilità di continuare a lottare per Asteria...» Camelia non riuscì più a trattenersi.

«Per quanto altro tempo insisterai?» sbottò. «Non hai pensato che forse è lei a non essere degna di te?»

Simon la guardò sconvolto, come se avesse pronunciato la più orribile delle blasfemie.

«Come... Come puoi parlare così di Asteria?» balbettò. Camelia sospirò.

«Guarda, non dubito dei tuoi sentimenti, perché li hai dimostrati abbondantemente» spiegò «ma quando ami una persona..., non le permetti di correre tanti rischi. E lei..., beh, lei avrebbe potuto evitarti tutto questo. A volte, quando qualcuno ti importa davvero..., la cosa migliore da fare è rinunciare a lui e lasciarlo andare via».

«No, madrina» rispose Simon «Sono io che voglio rimanere. Non era una decisione che poteva prendere lei per me». Camelia non rispose, ma dalla sua espressione si vedeva che non era d'accordo con lui. «Assolutamente no. Preferisco morire affrontando il mostro piuttosto che essere giustiziato come un criminale qualunque».

«Bene, una morte in battaglia può essere lunga e dolorosa,» affermò Camelia «ma posso capire che non ti faccia particolarmente piacere l'idea di andare al patibolo all'alba». Rabbrivì solo al pensiero. «Ma potresti scappare. Dì una sola parola e ti porterò lontano da qui. Ti metterò in salvo...»

«No madrina, se vuoi aiutarmi veramente...» Simon si bloccò un momento e sospirò profondamente «dimmi come posso sconfiggere il mostro».

Lei aggrottò la fronte, pensierosa. «Non so neanche di che mostro si tratta» confessò. «Non è la stessa cosa combattere contro un orco, una manticora o un drago. La strategia è totalmente diversa in ogni caso. Ma,» aggiunse prima che Simon avesse modo di replicare «conosco qualcuno che ci può aiutare per questo. Glielo chiederò, ok? Tornerò il prima possibile».

«Te ne vai?» Lei annuì.

«Devo farlo. Devo preparare quest'impresa folle e, d'altra parte, ora che sanno che sono una fata non mi lasceranno stare accanto a te per molto tempo. O almeno, fino a quando sarai prigioniero del re».

«Capisco» mormorò Simon «Ma...mi puoi fare un favore? Potresti...?» Esitò un attimo prima di terminare la frase. «Potresti andare a fare visita ad Asteria e dirle... salutarla da parte mia?»

«Certamente» sospirò Camelia, anche se non aveva la minima intenzione di farlo; Simon e quella principessina capricciosa ed egoista avevano già dato abbastanza problemi. «Ma tu, nel frattempo, non fare nessuna sciocchezza. È molto probabile che ci rivedremo ai confini del bosco, quindi se dovessi tardare, aspettami lì. E, soprattutto,» concluse alzando l'indice con tono ammonitorio «che non ti venga in mente, per nessuna ragione, di addentrartici senza di me»

Marito e moglie

Quando Simon entrò nella camera da letto, Asteria stava allattando sua figlia. Si era ostinata a volerlo fare da sola, al contrario di quelle che erano le usanze, perché non si fidava delle balie. Né si fidava tantomeno di nessun altro che non fossero sua madre o Fidelia, la sua domestica più fedele; e aveva fatto una selezione anche delle guardie, che ora stavano aspettando in corridoio, a debita distanza, per lasciarle un po' di intimità. Asteria non permetteva a nessuno di entrare nelle sue stanza oltre a suo marito e ai suoi genitori; e neanche a sua sorella Delfina, alla quale non aveva ancora perdonato l'indiscrezione che stava per costare la vita al padre di sua figlia. E la sua ansia non diminuiva con il passare dei giorni. Al contrario, si angustiava ancora di più quando leggeva l'incomprensione sul volto dei suoi familiari. Anche Simon stava cominciando a rilassarsi e Asteria credeva che fosse un grave errore. Non avrebbero mai dovuto fidarsi. Non quando si trattava di *lei*.

Alzò lo sguardo per osservare il ragazzo, che era rimasto accanto alla porta. Simon era cambiato molto dalla sua nomina a Duca Bianco. Negli ultimi mesi, e in particolare dal suo matrimonio, si era sforzato a imparare tutto quello che un nobile del suo rango avrebbe dovuto sapere. Tuttavia, conservava un accenno di camminata rozza e parlava con un leggero accento provinciale, ma le sue maniere erano migliorate notevolmente e il suo modo di vestire, anche se non avrebbe mai raggiunto l'eleganza del suo predecessore, poteva essere considerato accettabile. Per qualche motivo, anche lui era sempre vestito di bianco. Aveva spiegato ad Asteria che era ciò che i suoi vassalli si aspettavano da lui. A lei non dispiaceva; dopotutto trovava molto attraente il forte contrasto dei suoi capelli neri con quegli abiti bianchi.

In ogni caso, in quel momento, non era dell'umore giusto per osservare il fascino di suo marito. «Quando pensavi di dirmelo?» lo rimproverò ancor prima che lui potesse aprire bocca per salutarla. Simon scrollò le spalle. «Ho cercato di dirtelo in ogni modo» le fece notare. «Come facevo a non saperlo? Si tratta di mia figlia!»

Simon chiuse la porta alle sue spalle e avanzò verso di lei. «È anche mia figlia, Asteria. Ma, fammi capire, preferisci che non venga battezzata?» lei rifletté, sorpresa.

Fino a quel momento non si era posta quel problema.

«No...» mormorò «Certo che no». «Allora qual è il problema?»

«Potremmo organizzare un battesimo privato» protestò Asteria. «In realtà, non ci sarebbe neanche bisogno di farla uscire da questa stanza. Basterebbe chiamare un sacerdote e...» «Asteria,» la interruppe, quasi del tutto spazientito «è l'ereditera di Vestur. Io non me ne intendo ancora molto di queste cose, ma so quello che si aspetta il popolo da noi per quanto riguarda nostra figlia. Il battesimo non è solo un battesimo: è l'ingresso di Felicia in società». «E per questo pensi di mandare l'invito a tutte le corti del mondo?» replicò amareggiata «Non sono nemmeno sicura che abbiamo abbastanza piatti per tutti in cucina!»

Simon aggrottò la fronte, ricordandosi delle pile interminabili di pezzi di porcellana riposti nelle credenze del castello.

«Io giurerei che...» cominciò, ma Asteria lo interruppe, irritata «Non stiamo parlando seriamente di piatti» «Ah, no?» «No! Si tratta dei partecipanti, Simon. È necessario invitare tutta quella gente?» «Questa in realtà è stata un'idea di tua madre» confessò Simon «Ha stilato lei la lista». «Ma non possiamo esporre Felicia a un rischio del genere. Durante i festeggiamenti ci saranno molti sconosciuti in sala. Chiunque tra loro potrebbe portarsela via in un momento di distrazione». «Vigileremo tutti gli accessi, Asteria. Rinforzeremo la guardia...» «Non sarà sufficiente! *Lei* ha poteri magici, te lo ricordi?» Simon respirò profondamente. «Abbiamo già parlato di questa cosa altre volte. È stata solamente una scenata, sicuramente non ci porterà via la nostra bambina. È una fata madrina, vive per aiutare la gente».

«Io l'ho visto come ti guardava Simon. Era più che una scenata. Non sembrava neanche lei». Simon non rispose. Avevano avuto quella discussione in altre occasioni e aveva capito che non valeva la pena continuare, perché ogni volta che toccavano l'argomento, entrambi si limitavano a ripetere le stesse cose all'infinito, senza fare neanche un passo verso un'altra direzione.

«Bene» concluse «in ogni caso l'organizzazione del battesimo è in corso, la lista degli invitati è già pronta...»

«Senza il mio consenso!»

«Senza il tuo consenso». ripeté Simon con dolcezza.

«Ma sono sicuro che avresti dato il via libera. Se non ne abbiamo parlato con te è perché... beh, perché dovevi riprenderti». «Mi sono ripresa perfettamente, molte grazie». lo informò Asteria con freddezza. «E in quanto agli inviti... mi dispiace, ma non avrete mai la mia approvazione». Simon alzò il sopracciglio.

«Ci siamo dimenticati di qualcuno per caso? Hai un albero genealogico così complicato, è vero, quindi è possibile che...»

«No». Lo bloccò nuovamente Asteria. «È che ci saranno troppe persone. Molta gente, ma specialmente tutte quelle che sono come *lei*».

Simon impiegò un po' a capire dove voleva arrivare.

«Ti riferisci alle fate? Ma bisogna invitare tutte le fate del regno, Asteria. È la tradizione. Una è venuta anche al nostro matrimonio, te lo ricordi? E non è successo niente di male. E per quanto riguarda *lei*... Beh, non si è neanche presentata» aggiunse a bassa voce.

«E ha fatto bene!» scoppiò a quel punto la principessa. «Non la vogliamo qui. Ed è scontato che non verrà invitata al battesimo di nostra figlia la stessa creatura che ha minacciato di sequestrarla».

Simon non rispose subito. Una parte di lui si sentiva in colpa per non aver coinvolto la sua vecchia fata madrina. Era consapevole che, senza la sua magia e i suoi consigli, non avrebbe mai ottenuto il titolo di Duca Bianco e la mano di Asteria; senza di lei, insomma, non sarebbe rimasto altro che un triste stalliere. Ma ricordava anche il patto che era stato obbligato a stringere in quella notte buia. E, anche se non credeva fino in fondo che la fata avrebbe rispettato la sua promessa, Asteria aveva piantato nel suo cuore i semi della paura e del dubbio.

«Ci ha salvato la vita, Asteria» le ricordò Simon. «Ha ucciso il lupo...»

«Dovremmo iniziare a chiederci chi ci ha messo in quella situazione, prima di tutto».

Il giovane duca non disse nulla. Nella sua memoria aleggiavano minacciosamente i brandelli di un mantello rosso. Scosse la testa, stentando persino a credere che la sua fata madrina potesse essere così contorta.

Nonostante ciò, aveva deciso da tempo che la cosa migliore per tutti sarebbe stata quella di tagliarla per sempre via dalla sua vita. Per il bene di sua figlia e la tranquillità di sua moglie.

E... per sicurezza.

«Ad ogni modo,» mormorò «il fatto che non sia venuta al nostro matrimonio forse significa che non la rivedremo mai più» aggiunse, speranzoso.

La cosa certa era che a suo tempo non si rese conto dell'assenza della sua fata. Dopo l'avventura nel bosco, le vicende sono precipitate. I cavalieri del Duca Bianco gli avevano giurato fedeltà, esortandolo a prendere possesso del titolo quanto prima, dato che il duca precedente era morto senza eredi. Le prime settimane erano state caotiche: tanto da imparare, tanto da assimilare, tanto da organizzare...

Poi si era presentato a Vestur per chiedere formalmente la mano della principessa. L'aveva sorpreso la rapidità con cui i re avevano accettato la sua richiesta; era consapevole che le

vicende sulla sua impresa correvano di bocca in bocca, suscitando l'ammirazione degli abitanti del ducato e dei regni vicini. Era chiaro che i vesturiani non avrebbero visto il cambiamento del promesso sposo di cattivo occhio e poco gli importava che Simon non fosse di sangue nobile; la sua giovinezza, il suo portamento e il suo coraggio, per non parlare del titolo e delle terre che aveva appena ottenuto, bastarono per guadagnarsi la simpatia del popolo e lasciar cadere il suo predecessore nel dimenticatoio. Nonostante ciò, il ragazzo non avrebbe mai immaginato che anche i re l'avrebbero visto con gli stessi occhi.

Fino all'ultimo momento pensò che le cose si sarebbero stravolte, che avrebbero cambiato idea o che gli avrebbero confessato che si trattava di un terribile errore..., perché, naturalmente, uno stalliere non avrebbe potuto aspirare a ottenere la mano di una principessa. Solo quando uscirono insieme dalla chiesa, già come marito e moglie, Simon realizzò che era tutto vero, che il suo sogno era diventato realtà... e solo allora si ricordò della sua fata madrina. Le nozze erano state organizzate con una velocità sorprendente e la sua vita era stata stravolta nelle ultime settimane, in cui, a onor del vero, Simon non aveva avuto tempo di pensare con calma a tutto ciò che implicava quel cambiamento. Si chiese quindi se dietro a quel matrimonio così precipitoso non ci fosse stato lo zampino della sua fata madrina e si sentì in colpa per non aver neanche pensato di invitarla personalmente. Vide la fata bionda al ricevimento, la prima che aveva avuto, che affascinava tutti gli invitati con le sue ali cristalline, la sua bacchetta magica e il suo vestito scintillante, ma non ebbe il coraggio di chiederle della fata dal semplice vestito verde, quella che l'aveva accompagnato nelle sue avventure e l'aveva aiutato a diventare il marito della principessa Asteria.

Dopo un po' di tempo, venne a sapere che in realtà quello che aveva portato i re di Vestur ad accettarlo come genero, non erano state le abilità della fata madrina, bensì il fatto pubblico e noto che i due giovani avevano passato la notte nel bosco, da soli. Ovviamente, anche il fatto che Simon avesse ereditato il titolo, le proprietà e le ricchezze del Duca Bianco era stato determinante nella decisione.

Una volta superata la frenesia del matrimonio ed essersi sistemati nella loro nuova dimora nel ducato, la coppia finì per dimenticarsi della strana fata madrina di Simon. Ma, dopo poco, Asteria scoprì di essere incinta... e si ricordò di quella notte di qualche mese prima, in cui la fata uccise il Lupo Ancestrale in cambio del primo figlio che avrebbero messo al mondo. Simon era convinto che lei esagerava; ma Asteria insistette per tornare a Vestur, al castello dei suoi genitori, per partorire, perché diceva di sentirsi più sicura lì. Tuttavia, la sua inquietudine

aumentò con la nascita di Felicia, a tal punto che le prime notti non dormì per paura che da un momento all'altro la fata sarebbe potuta tornare per portare via la sua bambina.

«Per quale motivo *lei* avrebbe voluto presenziare al nostro matrimonio?» disse allora Asteria, facendolo tornare alla realtà. «Felicia non era ancora nata; non c'era niente che le interessasse. Ma il battesimo... Ah, il battesimo è una cosa molto diversa».

Simon si sentì ferito e impaurito allo stesso tempo. Non gli piaceva che sua moglie avesse quell'opinione della sua fata madrina; ma, d'altra parte, era terrorizzato alla sola idea che lei potesse avere ragione. Si sedette accanto a lei e l'abbracciò, cercando di calmarla.

«Non ti preoccupare» la rassicurò. «Non la inviteremo. Le guardie non le permetteranno di entrare». Rifletté un po' e aggiunse: «Né a lei, né a nessun'altra creatura con strani poteri. Quindi cancelleremo le fate dalla lista degli invitati, d'accordo? Tutte».

Asteria annuì, restia, ma Simon riuscì a leggere sul suo volto quello che stava pensando realmente: "Come se riuscissi a fermarla".

Questioni in sospeso

Il palazzo di Orchidea era situato in cima a una montagna coperto dalle nubi. Era tutto quello che ci si aspetterebbe da un palazzo abitato da fate, o almeno quello pensavano i mortali che avevano avuto la fortuna di visitarlo qualche volta.

Ma la cosa certa era che l'unica fata che viveva lì era proprio orchidea. Casa sua, al contrario di quello che si credeva, si trovava molto lontano dal paese delle fate. Dopotutto, le fate madrine dovevano abitare tra gli umani per poter occuparsi al meglio dei suoi figliocci.

Mantenere quel palazzo richiedeva uno sforzo magico notevole, ma Orchidea era abituata e inoltre, riteneva che il suo lavoro risultasse più efficace se si curava molto di quel tipo di dettagli. Aveva frequentato i mortali molto di più delle sue compagne e sapeva fino a che punto si lasciavano sedurre dalle apparenze. La maggior parte delle volte, pensava che i suoi figliocci non avessero bisogno della sua magia in realtà; ma avevano solo bisogno di credere che potevano contare su di lei.

Quel pomeriggio, tuttavia, il suo palazzo avrebbe ricevuto una visita speciale quindi si impegnò molto per abbellire i soloni in cui avrebbe servito i suoi ospiti. Per la prima volta in molto tempo, non sarebbe stata l'unica fata a percorrere quei corridoi.

Faceva fatica a ricordare quando era stata l'ultima volta che le fosse toccato organizzare la riunione delle fate madrine. Prima era facile calcolarlo: c'erano sette fate e sette erano gli anni che trascorrevano tra una riunione e l'altra; in questo modo, quando salutava le sue amiche a fine serata, sapeva che si sarebbero rincontrate lì quarantanove anni dopo. Ma, da quando il gruppo aveva cominciato a ridursi, i turni saltavano molto velocemente. Sospirò mentre finiva di adornare la tavola apparecchiata per sette, come era solita fare. In realtà, in quell'occasione la padrona di casa sarebbe dovuta essere Azalea..., o forse Dalia? Orchidea non se lo ricordava. Sapeva che l'ultima riunione, quella in cui proprio Dalia si era congedata per tornare al paese delle fate, si era tenuta nell'umile casetta che Camelia aveva nel cuore della foresta. Ora Camelia viveva in un lugubre castello circondato da spine. Orchidea inclinò la testa, pensierosa. Erano passati già sette anni? Quanto scorreva velocemente il tempo quando frequentava i mortali. Finì di preparare la sala e, prima che se ne rendesse conto, le sue amiche stavano già bussando alla porta. Orchidea le fece entrare; Lillà entrò per prima e posò con cura la bacchetta

sul pavimento dell'ingresso, appoggiata a una colonna. Gardenia pose la sua alla padrona di casa per evitare alla sua schiena dolorante la tortura di doversi chinare.

Orchidea guardò le tre bacchette allineate e ricordò con nostalgia l'epoca in cui erano sette. Ma non lo disse ad alta voce.

Stranamente silenziose, Lillà e Gardenia seguirono la loro compagna fino al salone in cui l'attendeva già una squisita merenda, disposta elegantemente su una tovaglia di seta ricamata con fili d'oro.

«Non avresti dovuto disturbarti, Orchidea» mormorò Lillà, osservando la tavola. «Sapevi già che saremmo venute solo noi tre. Dovrai accettarlo prima o poi, no?»

Orchidea minimizzò il problema con un gesto sprezzante.

«Oh, ma se non ti dispiace» esclamò, sorridente. «Sai già che mi piace coccolarvi quando venite a farmi visita. Poi,» aggiunse abbassando la voce «anche Camelia era abituata a mettere sette piatti». Lillà aprì la bocca per dire qualcosa, ma alla fine cambiò idea e si limitò ad annuire, commossa.

Gardenia aveva già preso posto e masticava lentamente un dolce a forma di cuore. Orchidea sorrise, accondiscendente, e si sedettero anche lei e Lillà.

Parlarono per un po' di quello che era successo negli anni precedenti. Storie dei propri figliocci, racconti divertenti e con il lieto fine. Ma quando finirono gli aneddoti, si abbatté su di loro un lungo e scomodo silenzio.

«Dobbiamo parlare di Camelia» disse poi Lillà, non riuscendo più a stare zitta.

«Sì, sì» convenne Gardenia con piacere. «Camelia è una brava ragazza. Anche se è sempre troppo impegnata».

«Certo» disse Orchidea automaticamente. «Che vuoi che facciamo?» chiese a Lillà. «Non esce da quel castello da sei anni. Né lei, né la bambina che portò con sé, se è ancora viva».

Lillà rabbrivì. «Non dire certe cose» «Perché? Sei stata tu a voler parlare di Camelia, non è così? Allora parliamone» concluse in modo provocatorio. Lillà vacillò e scelse di affrontare la questione da un altro punto di vista: «Cosa sapete dei suoi vecchi figliocci?» Orchidea sospirò. «Uff... Ne aveva tanti...» si lamentò. «È difficile restare aggiornati su tutti loro. Ma è vero, ha lasciato molte questioni in sospeso. Potrebbe aver pensato a quello prima di trasformarsi nell'Imperatrice delle Spine» commentò con un certo risentimento.

«Questioni in sospeso?» ripeté Lillà. «Ti riferisci a Simon?» «Sua Maestà il re Simon di Vestur» rettificò Orchidea. «Ah, giusto. È stato un peccato per il buon vecchio re Leobaldo. Mi sarebbe

piaciuto dare le mie condoglianze alla famiglia» continuò a blaterare Orchidea «ma non ci invitarono al funerale. Né tantomeno alla coronazione di Simon e Asteria. Pare che a Vestur abbiano deciso che noi fate non sono le benvenute» concluse con una smorfia di disgusto.

«Non c'è da stupirsi; in fin dei conti Camelia ha ancora la principessina in suo possesso» mormorò Lillà.

«non capisco la sua ossessione per questa bambina! Soprattutto sapendo di aver lasciato tutti gli altri suoi figliocci senza protezione. Come le è venuto in mente di far accoppiare Verena di Rinalia con quel principe fannullone?»

«Dicono che Alteo sia cambiato molto da quando si sposò con lei» sottolineò Lillà con una certa timidezza. «Che sia molto più... energico».

«Ora può esserlo» replicò Orchidea con disprezzo. «Se è iniziata una guerra per i diritti di successione di Rinalia, senza dubbio non la risolverà stando a letto fino a mezzogiorno».

«Ma è sicuro quello che dicono... sulla principessa Verena? È vero che non può avere figli?» Orchidea annuì con gravità.

«Suo zio le inviò una pesca avvelenata quando era incinta» spiegò a bassa voce «perse il bambino e da allora non è più rimasta incinta».

«Oh, no» sussurrò Lillà, inorridita. «Come può aver fatto una cosa del genere?»

«Di sicuro» convenne Gardenia con gravità. «Una pesca! Dove si è già visto?»

«Beh, se fosse stata una mela, le sue intenzioni sarebbero state spudoratamente ovvie, persino per una testa di rapa come Verena» affermò Orchidea.

«Ma Camelia lo avrebbe sospettato» mormorò Lillà. «Anche se non si fosse trattato di una mela». «Esatto. E se non altro perché un eventuale figlio di Verena sarebbe davanti a suo zio nella linea di successione. Tutti dicono che ha commesso un grave errore a sposarsi con Alteo prima della sua maggiore età. Se avesse ereditato la corona di Rinalia prima di diventare la regina consorte di Zircania...»

«Camelia già sapeva tutto questo» disse Lillà. «Non capisco come ha fatto a permetterlo».

«E quello che ha fatto Corleon!» aggiunse Orchidea, scandalizzata. «Con due principi adolescenti che si odiano e che lottano per il potere. Alla fine si scatenerà una guerra civile».

«Non capisco» sospirò Lillà «Non capisco cosa le è successo per diventare tanto...»

«...pazza?» l'aiutò Orchidea. «Tu dovresti saperlo. Eri la sua migliore amica, o no?» Lillà arrossì.

«Ma ultimamente non avevamo molto rapporto. A volte ho la sensazione che Ren la conosceva meglio di me e...» vacillò un momento.

«Sì?»

«Beh, lui insinuò che lei potesse... essersi innamorata di Simon. Parlo del suo figlioccio, quello che ora è il re di Vestur»

La risata pura e cristallina di Orchidea si disperse nel salone.

«Che assurdità!» esclamò. «Come poteva innamorarsi di un umano così... ordinario?»

Lillà arrossì ancora di più. «Allora, strinse con lui uno di quei vecchi patti...» raccontò. Orchidea di fermò di colpo. Entrambe ripensarono al momento in cui Ren gli aveva parlato dell'accordo che Camelia aveva fatto con Simon, e come aveva ucciso il lupo, grazie al potere della promessa che aveva strappato al suo figlioccio.

«Un Patto dell'Antico Sangue» aveva spiegato la volpe, molto arrabbiata. «Erano secoli che nessuno ricorreva a una cosa del genere, e ci sono buone ragioni per quello. È molto meglio fare patti come gli umani, nonostante i loro imbrogli e i loro inganni, piuttosto che rischiare di vincolare la tua anima a quella di un mortale per una promessa che lui non vuole fare. È una cosa che cambia per sempre entrambi. E non c'è modo di tornare indietro».

Avevano discusso molto a riguardo, ma la conclusione a cui arrivavano era sempre la stessa: Felicia ora era di proprietà di Camelia. Le leggi della magia le davano ragione. E, fino a quando il Patto dell'Antico Sangue era in vigore, il potere della fata era praticamente illimitato quando si trattava di tenere la bambina con lei.

«D'accordo, sì, Camelia strinse un patto con Simon» riconobbe Orchidea, riportando Lillà alla realtà. «Ma questo non significa che provi qualcosa per lui. Quando una fata si innamora di un mortale...» rabbrivì solo al pensiero «perde i suoi poteri. Non li amplifica».

«Perché una fata innamorata si arrende, Orchidea» replicò Lillà con ardore. «Ma Camelia ha fatto il contrario: ha obbligato Simon a darle qualcosa di suo. Qualcosa che li avrebbe uniti fino a quando Felicia è viva». Scosse la testa. «Non è casuale che si sia stabilita nel vecchio castello di Magnolia, non credi? Anche lei si innamorò, ma trasformò quel sentimento in odio e rancore... e abbiamo visto in cosa si è trasformata alla fine».

«Non può essere» insistette Orchidea. «Conosciamo entrambe Camelia: è troppo corretta per fare una sciocchezza del genere».

«Non lo so» rispose Lillà, scettica. «Io pensavo di conoscerla, ma... ora non ne sono molto convinta. Abbandona i suoi figliocci, stringe un Patto dell'Antico Sangue, rapisce una neonata... Niente di tutto questo è tipico di lei».

«E non c'è modo di accedere a quel castello per farla ragionare. Se potessimo...»

«Ma quello del patto non ha niente a che vedere con lei» intervenne Gardenia.

«Che?» Lillà sbatté le palpebre «Come non ha a che vedere con lei? È stata Camelia a stringerlo...»

«No, no, no» insistette gardenia; le guardò entrambe con un sorriso posato prima di spiegare: «È la bambina. Lei non fa parte del patto».

«Certo che sì, è l'oggetto del patto». «No, no, no. È una persona; un soggetto, non un oggetto».

«Non ha senso che perdiamo tempo a discutere delle sfumature linguistiche» sospirò Orchidea.

«Se mi permettete un suggerimento...» «Aspetta» la bloccò Lillà. «Credo di aver capito cosa vuole dire Gardenia» la guardò con un certo stupore. «Il patto è stato fatto senza il consenso di Felicia stessa».

«E come avrebbe fatto ad acconsentire? Non era nemmeno nata! Ed era un bebè quando Camelia l'ha portata via».

«Ma ora non lo è» sottolineò Lillà. «Cosa aveva detto la volpe? Che sarebbe dovuta crescere abbastanza da voler andare via...»

«...perché così può darsi che la sua volontà sia abbastanza forte da trasformarsi nella terza voce, in un soggetto del patto» capì Orchidea. «Ma come può voler andare via, se non è mai uscita dal castello e non conosce altro?»

«Bisogna arrivare a lei» decise Lillà. «In qualche modo. Anche se è solo per farle vedere tutto quello che c'è all'esterno».

«Noi non possiamo attraversare la protezione magica di Camelia, lo sai».

«No» convenne Gardenia. «Gli incantesimi della strega capiscono solo il linguaggio delle streghe». Le sue due compagne si scambiarono un'occhiata.

«Da quello che so, Magnolia è ancora pietrificata nel suo castello» commentò Orchidea. «E Camelia si assicurerà che continui ad esserlo».

Lillà respirò profondamente. «Allora ci resta solamente un'opzione» dichiarò. Seguì un certo silenzio. «Forse vale la pena provare» confessò alla fine Orchidea.

Polvere e spine

Felicia si sentì offesa al disprezzo della sua madrina. «Questa è una bacchetta magica!» le spiegò, agitandola davanti a lei; la sua voce suonava un po' tremante, ma comunque restò convinta delle sue parole. «Me l'ha regalata una fata madrina. Una vera». Camelia strinse gli occhi e finse che quell'osservazione non la infastidiva.

«Davvero?» «S-sì» rispose Felicia, che tornò ad essere insicura. «Lei disse... disse che possiede grandi poteri». Camelia fece un mezzo sorriso sarcastico.

«E poi dicono che sono cattiva» commentò. Fece un passo verso di lei, ma Felicia indietreggiò e alzò ancora di più la bacchetta. Camelia sospirò, esasperata.

«Che pensi di fare con quella cosa? Game over, Felicia. Mi sono stufata di essere paziente. Non uscirai dal castello, e non se ne parla più. Oppure ti sei dimenticata di cosa è successo l'ultima volta che hai rinunciato alla mia protezione?» La ragazza rabbrivì al solo pensiero della strega della casa dei dolci, ma si sforzò di sembrare coraggiosa.

«No, ma non mi importa» affermò. Le parole uscirono dalla sua bocca come se stesse recitando un'antica stregoneria dimenticata. «Desidero essere libera e, da oggi rinuncio alla tua protezione».

Appena pronunciò quella sentenza, il mondo sembrava essersi fermato all'improvviso. Le spine smisero di sussurrare dall'altra parte del muro; Camelia impallidì e per un attimo il suo volto rimase pietrificato con un'espressione di puro terrore.

«Non... puoi... fare questo» sussurrò alla fine con un filo di voce.

Felicia sbatté le palpebre e fissò la bacchetta, meravigliata. Camelia cercò di andarle incontro, ma la ragazza si precipitò ad alzarla di nuovo tra loro e ripeté precipitosamente: «Desidero essere libera e, da oggi rinuncio alla tua protezione!»

Camelia lanciò un grido disperato, si avventò sopra di lei e con una mano le strappò la bacchetta, mentre con l'altra cercò di afferrarla dal polso. Cornelio intervenne per fermarla. Mentre si dimenavano, il ragazzo esclamò: «Dillo un'altra volta, Felicia! Pronuncia le parole». Camelia lottò per impedirglielo.

All'improvviso si alzò un vento impetuoso che spinse Cornelio all'indietro, facendolo sbattere contro il muro e agitò i rovi che circondavano il castello. Felicia piangeva terrorizzata vedendo la bacchetta nelle mani della sua madrina.

Camelia avanzò verso la ragazza, che retrocedette fino alla porta aperta e la minaccia i rovi viventi. «Non puoi farlo» l'avvertì. «Tuo padre ti ha lasciata a me. Tu apparterrai per sempre a me».

Felicia era paralizzata dal terrore. Il vento agitava i suoi capelli neri e asciugava le lacrime sulle sue guance. I rovi bisbigliavano alle sue spalle e allungavano gli artigli ricoperti di spine, pronti a catturarla se avesse cercato di scappare.

«Devi solo chiedere scusa,» proseguì Camelia con un ghigno «e io dimenticherò tutto. E, in quanto a questa...» aggiunse.

Alzò la bacchetta con il chiaro intento di romperla. Ma all'improvviso il suo sguardo si soffermò sull'oggetto e aprì la bocca con un'espressione di genuina sorpresa.

«Come... Come ha fatto ad arrivare nelle tue mani?» mormorò, sbalordita.

Felicia non trovò le forze per rispondere. Camelia si voltò bruscamente verso di lei e la sua schiena si contorse in una risata isterica: «Sono state loro, vero?» esclamò con una voce acuta.

«Non riescono a lasciarmi in pace. Oh, normalmente sono molto brave a fare finta di niente, quindi... perché non la smettono di tormentarmi? Perché non si sono dimenticate di noi? Dimmi, perché?»

Felicia non sapeva cosa rispondere. Camelia si guardò intorno, come se stesse aspettando di vedere apparire le fate da un momento all'altro.

«So che mi state spiando! Uscite e metteteci la faccia! Orchidea! È stata una tua idea, prepotente ficcanaso?»

Prestò attenzione, ma sentì solo il mugolio dei rovi agitati dal vento.

«Le leggi della magia mi danno ragione!» strillò Camelia. «In virtù del patto, la ragazza appartiene a me. Non è così?» aggiunse, voltandosi bruscamente verso Felicia. «Dai parla! Sei mia, non è così?»

Felicia era spaventata a morte. All'improvviso Camelia vide il suo riflesso negli occhi di Felicia e dentro di lei si ruppe qualcosa quando si accorse che, la sua figlioccia, la bambina che aveva cresciuto, ora la guardava con lo stesso terrore con cui guarderebbe un mostro trovato all'improvviso sotto il suo letto.

La lasciò andare, confusa, sopraffatta dalla situazione. Vorrebbe tornare indietro, riportare il mostro nel posto dal quale nessuno sarebbe dovuto uscire; ma a quel punto Felicia aprì la bocca e disse con fatica: «Desidero... essere... libera...»

Camelia la guardò, terrorizzata. «... e da oggi...» proseguì la fanciulla.

«No!» gridò la fata; allungò le mani verso di lei per cercare di trattenerla, ma Felicia fece un passo indietro e si affrettò a concludere: «Rinuncio alla tua protezione!»

Il vento cessò all'improvviso; Camelia ansimò e barcollò, come se una forza invisibile l'avesse colpita all'improvviso. I rovi si fermarono e, con un fremito, si disintegrarono e crollarono a terra sotto i suoi occhi, coprendo l'esterno con una pioggia di polvere e spine.

Un buon maestro

Dopo aver acclamato i loro sovrani e aver osservato le guardie mentre portavano di nuovo la strega in cella, i vesturiani iniziarono ad abbandonare la sala per tornare alle proprie faccende. Il re aveva dichiarato che la creatura sarebbe stata bruciata all'alba nella piazza principale della città, e sembravano essere tutti soddisfatti ed entusiasti in vista dello spettacolo a cui avrebbero assistito.

Rosaura aveva preso parte al processo tra la folla che si accalcava in fondo alla sala; ma, anche se era stata una delle prime persone a uscire in cortile, ora aveva tardato di proposito fino a rimanere tra gli ultimi arrivati. I suoi occhi scrutavano i volti della gente con inquietudine, ma non riconobbe nessuno; alla fine, quando le guardie la obbligarono ad abbandonare il castello per prendere la strada verso la città, si diede per vinta e pensò che la persona che stava cercando non era lì. Eppure lo incontrò proprio quando non se l'aspettava. Ren la stava aspettando dietro a una curva, dopo il ponte di pietra, ai piedi di un grande castagno. Rosaura si fermò per guardarlo, meravigliata da quanto sembrasse giovane. Aveva sempre saputo che fosse una creatura immortale, ma constatarlo di persona era diverso, scoprire che intorno a lui tutto cambiava con il passare degli anni, mentre lui restava uguale.

Si fermò di fronte all'Ancestrale e deglutì prima di dire: «Hanno già emesso la sentenza». «Lo so» disse. «La metteranno al rogo».

Ren annuì di nuovo, senza dire una parola. Rosaura osservò in silenzio per un attimo e alla fine, imbarazzata, mormorò: «Quindi... Suppongo che questo sia un addio». La volpe sorrise. «Lo sapevi già» disse «Ma non ti mancherò. Hai già imparato tutto quello che avrei potuto insegnarti; ti servirà nella vita».

«È una profezia?» volle sapere lei «Si tratta di uno dei tuoi... poteri da Ancestrale?»
gli occhi castani di Ren splendevano con malizia.

«Forse» rispose, intenzionalmente ambiguo. La guardò con un sorriso pieno di dolcezza e aggiunse: «Sei stata un'alunna modello, Rosaura».

«Ho avuto un buon maestro» rispose lei. Ma dimmi Ren: «Ci rivedremo?» «Non credo». Si abbracciarono con forza.

«Mi mancherai» sussurrò Rosaura. «Grazie di tutto». «Grazie a te» rispose lui.

«Sii felice, d'accordo? E non ti fidare delle volpi. Sai già che sono creature volubili e ingannevoli». Rosaura rispose con un'allegria risata. «Lo terrò a mente». Ren si allontanò da lei

e le dedicò un'elegante reverenza prima di girarsi e sparire tra i rovi. Rosaura lo guardò con il cuore pesante, ma non poté fare a meno di chiedersi perché, dopo tanto tempo, l'Ancestrale aveva deciso di assumere una forma umana completa. Senza quella coda rossa tradiva la sua natura magica, di cui si era sempre sentito orgoglioso.

4. Comentario

4.1 La traducción y el proceso traductivo

Según la definición de Taber y Nida

“La traducción consiste en reproducir en la lengua receptora el mensaje de la lengua fuente por medio del equivalente más próximo y más natural, primero en lo que se refiere al sentido, y luego en lo que atañe al estilo”¹ (Taber & Nida, 1971: 11)

La traducción, por lo tanto, es un proceso que conduce de un texto original, también llamado *prototexto*, a su realización en el mismo código o en un código diferente, denominado *metatexto*.

En *Dire quasi la stessa cosa* (2003), Umberto Eco explora el tema de la traducción y analiza las complejidades y los desafíos relacionados con el proceso de traducción de una lengua a otra. Según Eco, traducir significa decir la misma cosa en otra lengua, pero no siempre es fácil establecer que significa “decir lo mismo”. De hecho, considera que también es complicado comprender qué quiere transmitir un texto y cómo transmitirlo al lector en la lengua de destino. Por lo tanto, llega a la conclusión que, al no poder decir lo mismo, hay que decir *casi* lo mismo. El traductor debe ser consciente que el casi a veces puede representar una gran brecha entre texto de partida y texto de llegada.

“Tradurre significa ‘limare via’ alcune delle conseguenze che il termine originale implicava. In questo senso, traducendo non si dice mai la stessa cosa. L’interpretazione che precede ogni traduzione deve stabilire quante e quali delle possibili conseguenze illative che il termine suggerisce possano essere limate via. Senza mai essere del tutto certi di non aver perduto un riverbero ultravioletto, un’allusione infrarossa.” (Eco, 2003: 93-94)

¹ Traducción de Valentín García Yebra. *Traducción, academias y terminología*. Real Academia Española.

Eco reflexiona sobre la necesidad de fidelidad por parte de los autores, quienes lidian con la idea de que la traducción es una de las formas de interpretación que debe centrarse en recuperar no tanto la intención del autor, sino la intención del texto. Destaca cómo los autores pueden preocuparse por que se respeten los aspectos formales y estilísticos, mientras que los traductores deben equilibrar estos elementos para garantizar comprensión y fluidez del texto traducido.

Lo importante no es tanto la fidelidad a nivel literal, sino más bien la capacidad del traductor para mantener la intención del autor, incluso si se ve obligado a alejarse del texto original. De hecho, Eco sostiene que:

“Capire il sistema interno di una lingua e la struttura di un testo dato in quella lingua, e costruire un doppio del sistema testuale che, sotto una certa descrizione, possa produrre effetti analoghi nel lettore, sia sul piano semantico e sintattico, metrico, fonosimbolico, e quanto agli effetti passionali a cui il testo fonte tendeva”.
(Eco, 2003: 16)

Desde la primera mitad del siglo pasado, se han desarrollado teorías sobre la estructura del lenguaje que subrayan el fenómeno de la imposibilidad de traducir. De aquí surge el concepto de negociación: para obtener algo, se renuncia a otra cosa como compensación, de manera que se satisfagan tanto el texto de origen, como el texto de destino.

Eco continúa diciendo que, si la traducción se tratara únicamente de la relación entre dos lenguas, entendidas como dos sistemas semióticos, entonces un diccionario bilingüe sería suficiente para lograr una traducción perfecta. Esto, sin embargo, se contradice con el sentido común, que considera al diccionario solo como una herramienta para traducir, y no como la traducción misma.

“La traduzione non avviene tra sistemi, bensì tra testi” (Eco, 2003: 37)

Otro elemento importante en la traducción es la diferencia entre un texto escrito y un texto cerrado. Este último tiene una estructura rígida, como una guía telefónica o una tabla de horarios, que se compone principalmente por números y términos específicos. Estos términos, aunque complejos, tienen un significado universal, libre de malentendidos u otras interpretaciones; por lo tanto, son más fáciles de traducir e interpretar para el traductor. Eco se centró principalmente en este punto, afirmando que el autor de textos cerrados no tiene libertad de interpretación y, sobre todo, su libertad de acciones es limitada. Sin embargo, mientras que el traductor está condicionado y dirigido hacia una cierta interpretación, el

lector puede escapar fácilmente de esta obligación. (Eco, 1979: 126)

Nida, por su parte, pone el acento en el principio de equivalencia y lo distingue en formal y dinámica:

Formal equivalence focuses attention on the message itself, in both form and content. In such a translation one is concerned with such correspondences as poetry to poetry, sentence to sentence, and concept to concept. Viewed from this formal orientation, one is concerned that the message in the receptor language should match as closely as possible the different elements in the source language. [...] The type of translation which most completely typifies this structural equivalence might be called a “gloss translation” in which the translator attempts to reproduce as literally and meaningfully as possible the form and content of the original. [...] Such a translation would require numerous footnotes in order to make the text fully comprehensible. [...] In contrast, a translation which attempts to produce a dynamic rather than a formal equivalence is based upon “the principle of equivalent effect”. [...] A translation of dynamic equivalence aims at complete naturalness of expression, and tries to relate the receptor to modes of behaviour relevant within the context of his own culture; it does not insist that he understand the cultural pattern of the source-language context in order to comprehend the message. (Nida, 1964: 159)

Se identifican la equivalencia formal, que concentra la atención en el mensaje mismo, tanto por su forma como por su contenido, y la equivalencia dinámica, que se preocupa en transmitir el mismo efecto en los lectores.

En cuanto al proceso de traducción, un traductor que aborda un texto infantil deberá proceder, en general, como si estuviera traduciendo un libro para adultos, con la conciencia de que, en algunos casos, deberá explicar o modificar el texto para proporcionar al niño información que, dada su joven edad, probablemente no comprendería, especialmente cuando se trata de problemas relacionados con la especificidad cultural de un pueblo. Muchos estudiosos se han ocupado de la traductología, entre ellos Belén González Cascallana en su ensayo *Translating Cultural Intertextuality in Children's Literature*. La autora afirma que los elementos de especificidad cultural no solo abarcan comida, costumbres o unidades de medida de una determinada cultura, sino también el patrimonio cultural y el imaginario colectivo de un pueblo. (Cascallana, 2005: 122)

Es importante considerar también el libro de Zohar Shavit, *Poetics of Children's Literature*, que se basa en las investigaciones de Itamar Even-Zohar y Gidon Toury, donde se introduce el concepto de *manipulación*. Shavit observa que, debido a la posición marginal que ocupa la literatura infantil dentro del polisistema literario, el traductor tiende a adaptar

el texto según lo que la cultura de llegada considera adecuado para un niño, tanto desde un punto de vista ético como educativo, así como en relación con sus capacidades de comprensión y lectura. (Even Zohar, 1978: 33)

El primer paso que realiza el traductor es leer el texto original, de modo que lo asimile mentalmente. A partir de ese momento ocurre un proceso de traducción desde un código de tipo verbal a un código de tipo mental que Vygotskij define como *lenguaje interno*. Se produce, por lo tanto, una primera interpretación involuntaria, que da lugar a interpretaciones subjetivas. Es inevitable que el traductor interiorice conceptos y palabras de acuerdo con su propia cultura y bagaje cultural, además de otros factores como el estado emocional y la experiencia. En este caso, además de una traducción de tipo interlingüístico, ocurre una traducción de tipo intersemiótico. (Vygotskij, 1934: 347)

En cuanto a la percepción de las palabras, Russel supone que nadie es capaz de reconocer las palabras si no forman parte de su propia cultura o de su experiencia personal directa. Jakobson, por su parte, rebate esta idea afirmando:

"Noi distinguiamo tre modi di interpretazione di un segno linguistico, secondo che lo si traduca in altri segni della stessa lingua, in un'altra lingua, o in un sistema di simboli non linguistici. Queste tre forme di traduzione debbono essere designate in maniera diversa: 1) la traduzione endolingvistica o riformulazione consiste nell'interpretazione dei segni linguistici per mezzo di altri segni della stessa lingua; 2) la traduzione interlinguistica o traduzione propriamente detta consiste nell'interpretazione dei segni linguistici per mezzo di un'altra lingua; 3) la traduzione intersemiotica o trasmutazione consiste nell'interpretazione dei segni linguistici per mezzo di sistemi di segni non linguistici". (Jakobson, 1966: 57)

La segunda parte del proceso de traducción es la reelaboración mental de un texto, que es la parte más inmediata en la mente del traductor. Este, de hecho, al leer el prototexto, ya piensa en cómo proyectarlo en la lengua y la cultura de llegada, es decir, en el metatexto. En esta etapa la lectura será más crítica, se prestará más atención a la dominante del texto y se reflexionará sobre las soluciones más eficaces para el metatexto, a través de un análisis traductológico. Solo después de la realización de este análisis y la comprensión del mensaje, se llega a la verdadera interpretación.

La fase final del proceso de traducción es la puesta en práctica, o *resa*, cuyo objetivo es transformar el lenguaje interno de Vygotskij, generado tras la lectura y comprensión del

prototexto, en un metatexto que preserve parte del sentido original, trasladado a otra lengua y, sobre todo, a otra cultura.

Osimo afirma que en el momento en que se comienza a producir un texto, rara vez se tiene consciencia de que se está llevando a cabo un proceso de traducción y, por lo tanto, una traducción intersemiótica. Durante la redacción, se produce un cambio de código: de verbal a escrito.

4.2 Los riesgos de la traducción

La práctica de la traducción puede presentar muchos problemas, que implican ir más allá de la correspondencia entre palabras de diferentes lenguas, ya que no se debe considerar solo la palabra en sí, sino el texto en su totalidad. Entre texto de partida y el texto de llegada hay muchas variables que explican la razón por qué un mismo texto de partida puede ser traducido en diferentes versiones, que varían según la sensibilidad del traductor, a las diferencias culturales, a las características del lenguaje y a la interpretación, y sobre todo en la función de la variabilidad entre significante y significado en las lenguas.

Según algunos estudiosos, los traductores de textos infantiles tendrían mayor libertad respecto a los traductores de textos para adultos, en términos de cambios, ampliaciones y omisiones. Sin embargo, hay que considerar que estos cambios se realizan para hacer el texto más funcional para el público infantil de la cultura de llegada, así como para hacer el texto más funcional en términos de habilidades de lectura y comprensión para niños. Los ajustes más comunes se refieren a la simplificación de la trama, útil para no crear confusión en el lector y para hacer la narrativa más clara. En estos casos, los traductores no son más que mediadores lingüísticos, gracias a los cuales los textos son comprendidos en la lengua de llegada a través del lenguaje, las convenciones, los códigos y las referencias típicas de la cultura de llegada.

Por otro lado, hay el riesgo de que los textos para la infancia estén sujetos a demasiadas formas de adaptación, lo que resulta en la pérdida de los rasgos típicos de la cultura de origen,

que podrían ser tanto interesantes como educativos para el lector de la lengua de llegada. Un grado excesivo de domesticación, de hecho, perjudica la fidelidad al texto original.

4.3 Enfoque traductivo

El enfoque traductivo es un tema que siempre ha sido muy discutido. Friedrich Schleiermacher, en *Los diferentes modos de traducir*, destaca las dificultades de la traducción y los métodos para enfrentarlas. Su concepción de la traducción no se refiere exclusivamente a la relación entre dos lenguas diferentes, sino que también puede manifestarse dentro de una misma comunidad lingüística. Si la comprensión dentro de una misma lengua puede resultar compleja, será aún más difícil abordar lenguas diferentes durante el proceso de traducción. En este sentido, Schleiermacher propone dos opciones para el traductor: dejar de lado al autor y acercarse al lector, o dejar de lado al lector y acercarse al autor. Su teoría, por lo tanto, se basa en el concepto de “fatiga”. En el primer caso esta carga recae sobre el lector, quien se encontrará con términos y aspectos ajenos a su propia cultura; en el segundo caso, la carga recae sobre el traductor, quien deberá modificar y suavizar los aspectos característicos de la cultura de origen y adaptarlos a la cultura de llegada para facilitar la comprensión por parte del lector. (Schleiermacher, 1993: 42)

Schleiermacher, además, enfatiza la función educativa de la traducción y promueve el encuentro entre culturas, asumiendo un papel tanto político como ético. Según él, cuando un pueblo no es capaz de captar las sutilezas que caracterizan a otra cultura, debe ser “educado” para la comprensión a través de paráfrasis y modificaciones que estimulen el interés por esa cultura en particular.

Lawrence Venuti establece la distinción entre dos formas de traducción: *foreignizing translation* o traducción extrañante y *domesticating translation* o traducción domesticante; hoy en día, definidas respectivamente como *source oriented* y *target oriented*. Con estas dos tipologías de enfoques a la traducción, Venuti se refiere a cuanto se neutraliza una traducción para que se ajuste a la lengua y cultura de llegada, o cuánto se subrayan las diferencias con

el texto original. (Venuti, 1995: 20-61)

Con la traducción extrañante, el traductor mantiene la alteridad del texto, asumiendo el riesgo de que el lector pueda tener dificultades para comprender el texto de llegada. Por el contrario, con la traducción domesticante, el traductor hace que el texto sea más familiar y accesible para el lector mediante alteraciones y adaptaciones culturales, aunque esto conlleva el riesgo de perder información.

Definir cuál es la mejor solución, por lo tanto, es difícil de establecer. La definición de traducción sugiere adherirse lo más posible al texto original, buscando transmitir la intención del mensaje del autor. Sin embargo, este enfoque no siempre puede ser adoptado, ya que es necesario tener en cuenta muchos factores que varían según el contexto, de las exigencias del texto y de las limitaciones impuestas por el tipo de traducción.

Al respecto, Eco, en el capítulo “Source vs target” en *Riflessioni teorico-pratiche sulla traduzione*, afirma que:

“Di fronte alla domanda se una traduzione debba essere *source* o *target oriented*, ritengo che non si possa elaborare una regola, ma usare i due criteri alternativamente, in modo molto flessibile, a seconda dei problema posti dal testo a cui ci si trova di fronte”. (Eco, 1979: 125)

Por lo tanto, se utilizará un enfoque orientado al público cuando se quisiera recrear el sentido del texto y un enfoque orientado a la fuente para permanecer fiel a la intención del autor.

Para la traducción del siguiente elaborado se ha adoptado principalmente un enfoque orientado a la fuente, con el fine de permanecer fiel a la intención de la autora. Los nombres propios de los protagonistas de la novela no han sido traducidos, para mantener intacta, aunque en mínima parte, la cultura del texto de partida y para no afectar la comprensión de los textos. Las únicas excepciones, en las que se ha decidido optar por una traducción literal, han sido: Ancestrales y Lobos Ancestrales, ya que no son nombres propios, sino nombres que indican grupos de criaturas. Por lo tanto, se han traducido como: Ancestrali y Lupi Ancestrali. Otro caso en el que se ha optado por la traducción es el de los nombres de las hadas madrinas: Camelia, Orquídea, Gardenia, Azalea, Magnolia, Lilà y Dalia. Durante el proceso de traducción, se ha observado que todos los nombres de las hadas madrinas

corresponden a nombres de flores, que en italiano son: camelia, orquidea, gardenia, azalea, magnolia, lillà y dalia. Por lo tanto, se ha optado por una traducción literal, para permitir también a los lectores italianos captar este detalle del texto, a pesar de que algunos de ellos son iguales en ambos idiomas.

Objeto de dudas ha sido el nombre propio *Melusina*, una mujer-hada o sirena legendaria presenta en el folclore europeo, en particular en las tradiciones francesa y alemana. El nombre aparece en la expresión “por el amor de Melusina”, utilizada con el objetivo de enfatizar la fuerza emocional de una situación. A pesar de que es una expresión que aparece en algunas obras literarias, no es de uso común en el lenguaje italiano, especialmente entre los adolescentes. Por lo tanto, surgió la duda sobre si era más correcto utilizar un enfoque orientado a la fuente o uno orientado al público. Finalmente, se decidió emplear un enfoque orientado a la fuente, ya que, si bien utilizar un nombre diferente podría haber facilitado la comprensión del lector, no era estrictamente necesario conocer al personaje para entender el sentido de la expresión. Mantener la referencia a Melusina preserva, por lo tanto, el significado original y la intensidad evocativa de la frase.

4.4 Puntos de resistencia y microestrategias traductivas

Independientemente del texto, al traducir es inevitable enfrentarse a puntos de resistencia. Se pueden encontrar dificultades no solo a nivel lexical, es decir, si no existe el equivalente de un término en la lengua de llegada, sino también a nivel retórico, cuando el autor utiliza figuras retóricas propias de la lengua de partida. En el primer caso, una de las soluciones posibles podría ser la paráfrasis, a través de la cual se busca explicar el concepto utilizando palabras existentes en la lengua de llegada. En el segundo caso, es necesario comprender primero el sentido y la intención que el autor quería atribuir al texto, y luego buscar una solución que reproduzca el significado en la lengua de llegada.

Paola Faini, en su obra *Tradurre. Manuale teorico e pratico*, se refiere a las microestrategias traductivas, es decir, a intervenciones específicas de diferente naturaleza en

el texto de partida, útiles para resolver los puntos de resistencia. Existen dos tipos de microestrategias: soluciones directas y soluciones mediante traducción oblicua. Las soluciones directas son aquellas que indican un grado mínimo o nulo de manipulación del texto de partida, como el préstamo, el calco y la traducción literal. Las soluciones mediante traducción oblicua implican un grado más elevado de manipulación del texto de partida, como la transposición o recategorización, la modulación, la equivalencia y la adaptación. (Faini, 2004: 35)

La transposición implica establecer una equivalencia entre los enunciados modificando la categoría gramatical; la modulación consiste en cambiar el punto de vista y ajustar la perspectiva (por ejemplo de una frase activa a una pasiva, de afirmativa a negativa, de personal a impersonal); la equivalencia, por otro lado, se aplica a los modismos o expresiones idiomáticas, los cuales deben adaptarse a la lengua de llegada según su significado; en fin, la adaptación se utiliza cuando se enfrentan los *realia*, es decir, palabras características de una cultura específica, que se sustituyen por elementos socioculturales propios de la cultura de llegada.

Este párrafo, por lo tanto, tiene la intención de exponer los puntos de resistencia encontrados durante la redacción de la traducción y tiene como objetivo lo de explicar qué microestrategias se han adaptado para resolverlos.

En uno de los capítulos analizados, *No estamos solos*, hay varios puntos de resistencia. En este caso, se optó por una modificación de las categorías gramaticales mediante la transposición.

El hada seguía dudando. (Gallego, 2015: 146)

La fata aveva ancora dei dubbi.

En este caso, la transformación de seguía en *aveva* representa una transposición de la forma progresiva a la forma imperfecta, permitiendo expresar de manera más directa y natural el concepto de duda. La inclusión de *ancora*, ayuda a resaltar la persistencia de la incertidumbre, otorgando así una mayor fluidez y coherencia al texto traducido, sin alterar el significado original. Estas modificaciones se han adoptado para mejorar la experiencia de lectura, favoreciendo una mayor identificación con los sentimientos del personaje.

La misma solución ha sido utilizada por otra oración, cuya estructura aparece con frecuencia en el texto:

Si lo tienes claro..., entremos, pues. Cuando antes terminemos, mejor para todos. (Gallego, 2015: 147)

Se sei sicuro..., allora, entriamo. Prima finiamo, meglio sarà per tutti.

En esta traducción, la expresión *quando antes terminemos* se ha traducido como *prima finiamo*, que no solo mantiene el significado original, sino que también simplifica la estructura. La modificación de *mejor para todos* a *meglio sarà per tutti*, es una forma más coloquial y fluida de expresar el concepto, lo que hace que la frase sea más inmediata y natural en italiano.

En el capítulo Marido y mujer, en cambio, encontramos otro punto de resistencia resuelto con la microestrategia de la transposición. El constructo español *en definitiva* se ha traducido como *insomma*, una expresión que en italiano tiene una función resumida similar, pero que resulta más coloquial. Además, la frase *jamás habría llegado a ser otra cosa* que se ha simplificado en *non sarebbe rimasto altro che*, eliminando una parte del verbo original sin alterar su significado.

Sin ella, en definitiva, jamás habría llegado a ser otra cosa que un triste mozo de cuadra. (Gallego, 2015: 322)

Senza di lei, insomma, non sarebbe rimasto altro che un triste stalliere.

Un punto de resistencia importante es la frase *ya me entiendes*, traducida al italiano como *non so se mi spiego*, en el capítulo *Cotilleos de corte*. La elección de cambiar la expresión fue motivada por la necesidad de mantener el tono coloquial e informal del texto original, adaptándolo a una fórmula más idiomática de la lengua italiana. Esta traducción, aunque se desvía ligeramente en la forma, conserva el significado implícito y el registro del original, permitiendo una mejor comprensión por parte del lector italiano.

Además, se han dado varios casos en los que frases originalmente explícitas se han vuelto implícitas en el texto de llegada, como las siguientes:

1. Asteria echó un breve vistazo a su dama de compañía, que seguía profundamente dormida, y se encogió de hombros. (Gallego, 2015: 101)

Asteria diede un'occhiata alla sua dama di compagnia, che continuava a dormire profondamente e scrollò

le spalle.

2.—Por supuesto que no —replicó Camelia, que detestaba que la interrumpieran—; o, al menos, no lo era en aquel entonces, cuando los Ancestrales se dejaban ver con mayor frecuencia. (Gallego, 2015: 139)

«Certo che no,» replicò Camelia, che detestava essere interrotta «o almeno, non lo erano in quel momento, quando gli Ancestrali si facevano vedere con maggior frequenza».

3. Pero las personas encantadas olvidan muy fácilmente que una vez fueron humanos. (Gallego, 2015: 139)

Ma le persone incantatesi dimenticano molto facilmente di essere stati esseri umani.

Estos ejemplos son una clara demostración de cómo en la lengua española prevalecen las frases explícitas, que resaltan el estilo directo típico de la cultura española, a diferencia del italiano, que tiende a utilizar frases más implícitas para favorecer un tono más matizado y alusivo.

El punto de resistencia más importante dentro del texto ha sido la expresión *felices y comer perdices*, cuya traducción literal en italiano es *felici e mangiare pernici*. Por lo tanto, una traducción literal tendría poco sentido en italiano, por lo que se optó por la modulación como microestrategia más adecuada para resolver la dificultad. La primera expresión italiana considerada fue *felici e contenti*, ya que transmite el mismo significado que la autora da al texto español. Sin embargo, esta opción fue descartada porque en la frase siguiente se retoma el término *perdices* para introducir un nuevo tema. Por lo tanto, traducir como *felici e contenti* y luego hacer referencia a las perdices inmediatamente después no tendría sentido en italiano, evidenciando que no podía ser una solución adecuada. Se pensó entonces en la expresión *felici come una Pasqua*, modificando el término *perdices* de la frase siguiente por *agnello*, un alimento comúnmente asociado a la Pascua en la cultura italiana. El término *cordiciones*, en cambio, fue traducido como *conigli*, que también son más familiares en la tradición italiana. Inevitablemente, se perdió la rima presente en el original español ("*felices*" y "*perdices*"); sin embargo, la adaptación permite mantener el sentido general y la fluidez narrativa.

Algunas de nosotras llevábamos siete años sin vernos; sin duda hemos estado ocupadas, protegiendo a nuestros ahijados en todos los reinos y ayudándolos a cumplir sus sueños para que puedan ser felices y comer perdices. Aunque os informo de que el precio de las perdices se está poniendo por las nubes —añadió, tras un instante de reflexión—. Por si preferís plantear la posibilidad de sustituir las por codornices, o incluso por cisne asado, en los banquetes de bodas de vuestros ahijados.

«Alcune di noi non si vedono da sette anni; senza dubbio siamo state occupate a proteggere i nostri figliocci in tutti i regni e ad aiutarli a realizzare i loro sogni per renderli felici come una Pasqua. A proposito, vi informo che il prezzo dell'agnello sta arrivando alle stelle» aggiunse dopo un momento di riflessione. «Nel caso decideste di sostituirlo con il coniglio, o addirittura cigni arrosto ai banchetti dei matrimoni dei vostri figliocci». (Gallego 2015: 63-64)

A lo largo de la traducción, se encontró el término *queste*. Este término es un neologismo inventado por la autora para referirse a una prueba de coraje que se convoca públicamente y que consiste en realizar alguna gran hazaña que implique una larga búsqueda llena de peligros y dificultades. El premio suele estar a la altura del reto: la mitad de un reino, la mano de una princesa o las dos cosas al mismo tiempo. En el texto se explica exactamente qué es una *queste*, por lo tanto, se optó por utilizar la microestrategia del calco, dejando el término *queste* también en italiano.

Dentro del texto, son muy importantes los tiempos verbales y su uso. Predomina el uso del imperativo y del condicional. En cuanto al uso del condicional, es importante recordar que, en la lengua española, para expresar una acción futura que depende de un verbo en pasado se utiliza el condicional presente; en la lengua italiana, en cambio, es necesario utilizar siempre el modo condicional, pero en tiempo pasado. Algunos ejemplos son:

—. Pero tú, mientras tanto, no hagas ninguna tontería. Lo más probable es que me reúna contigo en la linde del bosque, así que, si me retraso, espérame. (Gallego, 2015: 267)

«Ma tu, nel frattempo, non fare nessuna sciocchezza. È molto probabile che ci rivedremo ai confini del bosco, quindi se dovessi tardare, aspettami lì».

El capitán había advertido a Camelia que le permitiría estar unos momentos a solas con su ahijado, pero que después tendría que marcharse. Le devolvería la varita cuando se hallase fuera del recinto del palacio. (Gallego, 2015: 170)

Il capitano aveva avvertito Camelia che l'avrebbe fatta stare per qualche minuto da sola con il suo figlioccio e che poi sarebbe dovuta andare via. Le avrebbe restituito la bacchetta solo quando avesse valicato i cancelli del palazzo.

Por último, como ya se mencionó en el análisis del capítulo II, en el relato examinado hay expresiones idiomáticas y frases hechas, las cuales se han traducido utilizando la microestrategia de la modulación, partiendo del significado de las frases para luego encontrar

un equivalente en la lengua de llegada, a veces diferente de la expresión de la lengua de partida.

Algunos ejemplos son:

Felices y comer perdices

[...] y ayudándolos a cumplir sus sueños para que puedan ser felices y comer perdices. (Gallego, 2015: 63)

[...] e ad aiutarli a realizzare i loro sogni per renderli felici come una Pasqua.

Poner por las nubes

Aunque os informo de que el precio de las perdices se está poniendo por las nubes. (Gallego, 2015: 63)

A proposito, vi informo che il prezzo dell'agnello sta arrivando alle stelle.

Meter la pata

Cuando sabían algo, ya empezaban a creer que lo sabían todo, y terminaban metiendo la pata incluso más que cuando no sabían nada. (Gallego, 2015: 140)

Quando sapevano qualcosa, cominciavano a credere di sapere tutto, e finivano per mandare tutto all'aria anche quando non sapevano niente.

Lustro arriba, lustro abajo

—¿Sabes cuánto tiempo llevo ejerciendo como hada madrina? Trescientos años, lustro arriba, lustro abajo. (Gallego, 2015: 18)

«Sai da quanto tempo faccio la fata madrina? Trecento anni, su per giù»

A pierna suelta

Gracias, ahora estoy mucho más tranquilo y seguro que dormiré a pierna suelta. (Gallego, 2015: 141)

«Grazie, ora sono molto più tranquillo e sicuro di dormire su sette cuscini».

Colgar en la horca

[...] pero puedo entender que no te haga especial ilusión la idea de colgar en la horca al amanecer. (Gallego, 2015: 266)

«[...] ma posso capire che non ti faccia particolarmente piacere l'idea di andare al patibolo all'alba».

Dejar en el olvido

[...] bastaron para despertar las simpatías del pueblo y hacer caer a su predecesor en el olvido. (Gallego, 2015: 323)

[...] bastarono per guadagnarsi la simpatia del popolo e lasciar cadere il suo predecessore nel dimenticatoio.

Dad la cara

¡Salid y dad la cara! (Gallego, 2015: 447)

Uscite e mettete la faccia!

Se acabó el juego

—¿Qué pretendes hacer con eso? Se acabó el juego, Felicia. Me he cansado de ser paciente. (Gallego, 2015: 445)

«Che pensi di fare con quella cosa? Game over, Felicia. Mi sono stufata di essere paziente».

Conclusión

El trabajo tuvo como objetivo principal la traducción y el análisis de algunos capítulos de la novela *Todas las Hadas del Reino*.

Se optó por la traducción de esta obra, ya que el texto presentaba un verdadero desafío debido a los numerosos juegos de palabras, modismos y expresiones idiomáticas del original. La intención de la candidata era enfrentarse a la traducción de un texto dirigido a un público adolescente, lo que no solo exige una especial atención al lenguaje y su claridad, sino que también implica la capacidad de mantener el interés y la implicación de los jóvenes lectores.

El objetivo principal ha sido proporcionar una propuesta de traducción de los textos, tratando de mantener la intención del autor y de reflejar de la mejor manera las sutilezas lingüísticas y estilísticas del texto original. Por lo tanto, ha sido fundamental consultar manuales y libros teóricos sobre la traducción, con el fin de desenvolverse de la mejor manera en situaciones complejas.

Confrontarse con este tipo de texto después de un análisis detallado ha sido fundamental para la candidata, ya que le permitió comprender tanto la importancia como el valor de la fidelidad, así como la necesidad de respetar las decisiones del traductor. Además, destacó cómo la traducción no es simplemente una transferencia de contenidos de un idioma a otro, sino un acto creativo que exige sensibilidad y adaptación a las especificidades del idioma de destino.

Este trabajo representa una verdadera experiencia similar a la laboral. De hecho, se han llevado a cabo todas las etapas que un traductor realiza en el proceso de traducción: comprender, investigar, encontrar soluciones; cada fase se ha abordado con esmero, proporcionando con una oportunidad de crecimiento personal y una experiencia formativa útil tanto para el futuro académico como profesional.

Por último, con este trabajo se pretende contribuir a la difusión del género fantástico y dar visibilidad a una obra que merece ser conocida también por los lectores italianos. Además, se espera fomentar una mayor apertura hacia las obras extranjeras, enriqueciendo así el panorama literario italiano.

Bibliografia

- Acebo García, S. 2017. *Diccionario de Lengua española. Manual de Sinónimos y Antónimos*. 3ª ed. Barcellona: Larousse.
- Arqués, R., Padoan, A. 2017. *Il Grande dizionario di Spagnolo*. 6° ed. Milano: Zanichelli.
- Austral, 2006. *Diccionario de sinónimos y antónimos*. Barcellona: Espasa.
- Bassnet, S., 2014. *Translation studies*. London: Routledge.
- Bassnett, S., Lefevere A., 1990. *Translation, History and Culture*. London: Routledge.
- Basso, S. 2010. *Sul tradurre. Esperienze e divagazioni militanti*. Milano: Mondadori.
- Bazzochi, G., Tonin, R., 2016. *¿Mi traduciuna storia? Riessioni sulla traduzione per l'infanzia e per ragazzi*. Bologna: Bononia University Press.
- Beckett, S. L., (2008) *Crossover fiction*, London/New York: Routledge.
- Bellatalla, L., 2017. *Letteratura per l'infanzia in Italia oggi: tra produzione e saggistica*. In V. 8 N. 12 suppl., 2016 *Aspetti e problemi della professionalità e della pratica docente in Europa*.
- Cascallana, B.G. 2006. *Translating Cultural Intertextuality in Children's Literature* tratto da Van Coillie & Verschueren, *Children's Literature Translation*. Manchester: St. Jerome Publishing.
- Echavarría, C., 2015. *Reseña de novedades El Templo#45*. El templo de mil puertas.
- Eco, U. 1979. *Riflessioni Teorico-pratiche sulla traduzione*. Tratto da Nergaard S., *Teorie Contemporanee della Traduzione*. Milano: Bompiani.
- Eco, U. 2003. *Dire quasi la stessa cosa. Esperienze di traduzione*. Milano: Bompiani.
- Even-Zohar, I. 1978. *La posizione della letteratura tradotta all'interno del polisistema letterario*. Titolo originale: *The position of Translated Literature within the Literary Polysystem*. 1978. Tratto da *Papers in Historical Poetics*, in Benjamin Hrushovski and Itamar Even-Zohar (eds.), *Papers on poetics and Semiotics* 8. 1978. Tel Aviv: University Publishing Projects.
- Gallego, L., 2015. *Todas las Hadas del Reino*. Spagna: Montena.
- Graffi, G., Scalise, S. 2013. *Le lingue e il linguaggio*. Introduzione alla linguistica. Bologna: il Mulino Manuali.
- Faini, P. 2008. *Tradurre. Manuale teorico e pratico*. 2ª ed. Roma: Carocci.
- Jakobson, R. 1959. *On Linguistic Aspects of Translation*. In *On Translation*. Cambridge, Massachusetts: Reuben Arther Brower.

- Jakobson, R. 1995. *On language*. Cambridge: Harvard University Press.
- Márquez, G.G. 2012. *Diccionario Clave. Diccionario de uso del español actual*. 9ª ed. Milano: Hoepli.
- Marrone, G. 2005. "Fantasy". In *Enciclopedia dei ragazzi*. In Treccani. Roma: Istituto dell'Enciclopedia Italiana.
- [https://www.treccani.it/enciclopedia/fantasy_\(Enciclopedia-dei-ragazzi\)/](https://www.treccani.it/enciclopedia/fantasy_(Enciclopedia-dei-ragazzi)/) (ultima cons. 30 settembre 2024)
- Nida, E.A., 1964. *Towards a Science of Translating*. Leiden: E.J. Brill
- Nobile, A., 2019. *Questioni di letteratura giovanile*. Roma: Edizione Anicia.
- Osimo, B. 2011. *Manuale del traduttore*. 3ª ed. Milano: Hoepli.
- Pederzoli R., Illuminati V., 2020. *Traduzione, Infanzia e genere* in Adriano Ferraresi, Roberta Pederzoli, Sofia Cavalcanti, Randy Scansani (eds.). *metodi e ambiti nella ricerca sulla traduzione, l'interpretazione e l'interculturalità*. MediAzioni.
- Poggi, I., 1995. *Le interiezioni*. In Renzi, Salvi & Cardinaletti 1988-1995, 3 voll. Bologna: il Mulino.
- RAE (Real Academia Española). 2014. *Diccionario de la lengua española*. 23ª ed. Madrid: Real Academia Española.
- <https://dle.rae.es/>
- RAE (Real Academia Española). 2018. *Nueva gramática de la lengua española*. Manual. 3ª ed. Spagna: Real Academia Española.
- Ratti, D., e G. Biorci. 2008. *Dizionario dei sinonimi e dei contrari*. 2ª ed. Milano: Zanichelli.
- Sapir, 1972. *Cultura, linguaggio e personalità. Linguistica e antropologia*. Torino: Einaudi
- Shavit Z., 2009. *Poetic's of Children's Literature*. Athens: The University of Georgia Press.
- Schleiermacher, F. 1993. *Sui diversi metodi del tradurre*. Tradotto da G. Moretto. Napoli: Bibliopolis.
- Taber, C.R., Nida E.A., 1971. *La traduction. Théorie et méthode*. Londra: Alliance Biblique Universelle.
- Venuti, L. 1995. *The translator's invisibility*. Londra: Routledge.
- Vygotskij, L.S. 1934. *Pensiero e linguaggio: ricerche psicologiche*. Roma: GLF Editori Laterza.
- Zingarelli, N., M. Cannella, e B. Lazzarini. 2018. *loZingarelli2018. Vocabolario della lingua italiana*. 12ª ed. Milano: Zanichelli.